EL MARIDO INFIEL

UN THRILLER PSICOLÓGICO



JAMES CAINE

EL MARIDO INFIEL

Un Thriller Psicológico

James Caine

Copyright © 2026 James Caine

Todos los derechos reservados

Los personajes y los acontecimientos que se describen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado por el autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso y por escrito de la editorial.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Prólogo
Capítulo 1

PRÓLOGO

Al ver a la pareja sobre la cama, con sus ojos vacíos perdidos en la nada, no estoy tan segura de si esto era realmente lo que quería. Esto no era lo que había planeado.

Una cosa es pensar en el asesinato. Otra es trazar una estrategia sobre cómo hacerlo y que no te pillen. Y el nivel definitivo es llevarlo más allá de la planificación y cometerlo de verdad. Pero esto era lo que yo quería. Sangre. Muerte. Asesinato. Justicia. Mi venganza.

Justicia para los infieles.

Lucho por contener las lágrimas, pero unas pocas se escapan de mis párpados. Si esto es lo que quería, ¿por qué estoy triste?

No es esto lo que había planeado, no exactamente. Fui muy meticulosa con cómo quería que transcurriera la noche, pero nada ha salido como se suponía que debía salir.

La pareja de fallecidos está dispuesta sobre la cama, con sus extremidades entrelazadas. Hacen una pareja bastante hermosa, incluso en la muerte. Lo que arruina el momento son las expresiones de miedo grabadas en sus rostros, que se contorsionaron así en sus últimos instantes de vida.

La imagen se me queda grabada más de lo que pensaba.

Me quedo mirando sus pechos desnudos, inclinándome sobre la cama para examinar el símbolo del corazón que tienen grabado. Una gran X tacha cada uno de ellos.

El Asesino Rompecorazones ha vuelto.

Respiro hondo y miro la mesilla de noche junto a la cama. Encima hay un cúter ensangrentado. En la otra mesilla hay algo

peor. Algo más que no había planeado. Me doy cuenta al instante de qué es lo que ha salido mal.

Observo las miradas muertas de la pareja y bajo la cabeza. Si esto es lo que quería, ¿por qué las lágrimas siguen resbalando por mi cara? Estoy más que confundida.

Al darme cuenta de que no debería quedarme aquí mucho más tiempo, respiro hondo para recomponerme. Ahora no es momento de cavilar. Tengo que irme.

Mi hija todavía está en casa de mi padre. Tengo que volver con él rápidamente. Necesito establecer mi coartada. Necesito recomponerme, ahora más que nunca, para no cometer ningún error.

Un fuerte golpe en la puerta principal me sobresalta.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —gritan mientras los golpes se vuelven más fuertes y mis ojos se agrandan.

La policía está aquí. ¿Cómo? No es posible. ¿Quién los ha llamado?

—¡Abran la puerta! —brama la voz profunda del oficial. Soy incapaz de responder. En su lugar, me quedo paralizada, mirando los cuerpos sobre la cama.

Esto no es lo que había planeado.

CAPÍTULO 1

Emma

—Siempre tendrás un hogar conmigo, Emma. No lo olvides —dice mi hermana Julie con su habitual tono cariñoso pero condescendiente. Es de esos que gritan: «Deberías volver a mi casa. Lo que estás haciendo no funciona y vas a fracasar de todos modos, así que vuelve y ahórrate la vergüenza de ser tú misma».

A mi hermana le gusta fingir que es mucho mayor y más sabia que yo, a pesar de que solo me saca nueve meses. Por muy agradecida que estuviera cuando viví con ella los últimos años, nada me gustaría más que gritarle que el sueño de nadie es vivir en el sótano a medio terminar de su hermana.

—Gracias —digo en cambio, apartando el móvil de los labios un breve instante para no dejar escapar lo que estoy pensando.

Julie es la definición de una buena hermana. De verdad que siempre está ahí para mí, pase lo que pase. Sin importar lo que haya hecho o cómo haya metido la pata, ella me apoya. La quiero por eso, pero a veces desearía que simplemente diera un paso atrás y me dejara tomar mis propias decisiones sin dar su opinión.

—¿Cómo va la búsqueda de empleo? —continúa Julie.

Casi suelto un suspiro al teléfono. Cuando llamó, al principio no quería contestar. Estaba buscando trabajo por internet, revisando mis correos para ver si había recibido alguna respuesta a los currículos que envié. Pero nada.

—Va bien —digo, siendo escueta.

—Mmm —murmura Julie. Estoy esperando a que me pregunte cuántos currículos envié ayer, o si he hecho un seguimiento

con algún empleador, o si he asistido a alguna feria de empleo. Puede que Windsor, en Ontario, no sea la ciudad más grande, pero hay mucho trabajo si realmente lo quiero.

—Lo estoy intentando, Julie —digo con un ligero tono de fastidio—. De verdad. No es fácil, ¿vale? Te juro que a mi hermana le gusta fingir que es mi madre. Puede que ella tenga su vida organizada, esté casada, tenga un trabajo decente y me haya dado al sobrino más mono del mundo, pero hoy no estoy de humor para sentirme humillada.

—Yo no he dicho nada —dice Julie con inocencia.

Me siento en el sofá del salón y suspiro. —Lo sé, pero puedo sentir tus pensamientos. Son todos negativos.

—Tengo una idea fantástica, querida hermana. —Julie se ríe —. Quizá puedas conseguir un trabajo de adivina, ya que sabes de antemano lo que voy a decir.

No necesito cartas del tarot ni una bola de cristal para ver cómo irá el resto de la conversación. Hará un montón de comentarios sutiles sugiriendo que el único plan real en mi vida debería ser vivir en su sótano en el campo. Un lugar donde todo huele a estiércol todo el día y los solteros de oro brillan por su ausencia.

No, gracias.

Ya lo hice durante años. Aunque vivir allí era tranquilo y me encantaba pasar tiempo con mi sobrino, Rowan, la vida en la ciudad es lo que mejor me va. Si soy sincera conmigo misma, también odiaba vivir debajo de alguien que tenía la vida perfecta.

Una por la que yo mataría.

Una casa grande con una valla blanca literal rodeando sus tierras, una zona boscosa alrededor de su propiedad para dar interminables paseos por senderos y explorar. Incluso su marido es guapo. A pesar de haber cogido unos kilos y mostrar las primeras etapas de calvicie en la coronilla, David es un hombre atractivo.

Un hombre decente. Un buen padre.

Fiel. No tienes que cuestionarte si David estará ahí para Julie. Se da por hecho. Él haría cualquier cosa por ella.

Cuando vivía con ellos, David y yo teníamos una tensión extraña entre nosotros. Cuando reflexiono sobre ello, no creo que fuera por nada que él hiciera. Podía ser un poco engreído a veces. Le gustaba mencionar que es doctor, y yo le respondía que solo es quiropráctico. Se rio la primera vez que hice ese chiste, pero con el tiempo le hizo menos gracia.

A veces pienso que me molestaba la idea de lo que él representaba. Un hombre fiable que estaría a tu lado. Este tipo de hombre era un mito para mí hasta hace poco.

Durante mucho tiempo, pensé que un hombre como David no estaba en mi destino. Hace unos meses, si hubiera tenido una bola de cristal o hubiera sido una adivina profesional, probablemente te habría dicho que me quedaría soltera para siempre.

Eso fue hasta que Owen Pearson llegó a mi vida.

Solo pensar en él ahora me hace sonreír. Creo que por eso he cogido la llamada de Julie con tanta confianza hoy. Estoy lista para hablarle de él; bueno, más o menos.

—Es que me preocupas, Emma —dice mi hermana, y noto el cariño en su voz mientras lo dice—. ¿Sigues viviendo en el centro? —Suspira—. Es una zona tan turbia. Quiero ir a visitarte a la ciudad, pero es que no es seguro.

No me molesto en entrar otra vez en esa conversación. Me va a decir lo plagada de delincuencia que está la zona y yo le diré que sé cuidarme sola. Ella dirá que el condado de Essex es agradable, limpio y libre de crímenes. En lugar de responder y participar en una conversación que sé que acabará mal, cambio de tema.

—Bueno, estoy saliendo con alguien —digo, mordiéndome el labio.

Mi hermana da un chillido. —¡Huy, ahora mismo quiero los detalles! Cuéntamelo todo, hermana.

—Es alto, moreno y guapo, justo como me gustan.

Julie se ríe. —¿Y ese misterioso hombre alto, moreno y guapo tiene nombre?

—Te lo diré algún día —le digo—. Sé que es una superstición, pero parece que cada vez que le cuento a mi hermana algo de mi

vida personal que va bien, todo se tuerce. Es casi como si contarle algo que me hace feliz lo condenara de inmediato.

Julie suspira. —Vale, entonces, ¿es algo serio?

—Llevamos viéndonos casi cuatro meses.

—¡Cuatro meses! —grita Julie—. ¿Tanto tiempo llevas sin hablarme de tu nuevo hombre? ¡Y encima ni siquiera me das un nombre! —Suena herida de verdad.

—Es que quería asegurarme de que la cosa iba en serio con él.

No tengo un buen historial con los hombres. Las citas en general parecen ser algo en lo que fracaso cada vez que se me presenta la oportunidad.

—No os rindáis con el amor —nos decía mi madre a Julie y a mí cuando éramos niñas. Aunque el matrimonio y la vida de nuestra madre fueron un desastre absoluto, de algún modo el entusiasmo de mi madre por no rendirse se me quedó grabado.

Con la cantidad de hombres terribles con los que he estado, a veces me pregunto por qué no me he rendido todavía.

—Es comprensible —dice Julie—. Parece que atraes a tíos... *especiales*.

Me río de su comentario, pero por dentro me escuece. Julie tiene una forma de ser juguetona al tiempo que sus palabras hieren por su realismo.

—Bueno, háblame del hombre misterioso —dice—. ¿A qué se dedica?

¿Por qué es esa la primera pregunta que hace? No es «cuéntame cómo os conocisteis» o «por qué te gusta», sino cuánto dinero gana. Cuál es su cargo laboral, para poder medir cuánto respeto debo mostrarle. Me entran ganas de restregarle por la cara que Owen no es un médico de mentira, como David, pero me muerdo el labio.

Por suerte, esta vez tengo una buena respuesta que satisfará incluso las críticas de mi hermana sobre el tipo de hombres con los que suelo estar.

—Es agente inmobiliario —digo.

—Ah —dice Julie—. Qué bien. ¿Le va bien? —No puedo evitar suspirar—. ¿Qué? —insiste Julie—. Solo tengo curiosidad.

—Mira, Julie —digo en tono de broma—, que sepas que parece que le va bastante bien en Windsor.

Pongo la llamada en altavoz y miro una foto que hice el mes pasado de la parada del autobús cerca de mi apartamento. En el banco hay un anuncio que promociona los servicios inmobiliarios de Owen, con él luciendo su atractiva sonrisa. «La vida de tus sueños empieza conmigo», dice el anuncio a su lado. Siempre me río cuando lo veo; la ironía de las palabras hace que me dé un vuelco el corazón, porque es verdad. Desde que llegó a mi vida, mi mundo parece perfecto. Le envié a Owen como broma una foto mía sentada junto a su cara, señalando las palabras con los brazos.

Antes de conocerlo en persona, había visto el anuncio del banco muchas veces. Miraba su precioso rostro y me sentía conmovida. Quizá fueran las palabras que prometía su anuncio.

En el anuncio parecía un hombre tan hecho y derecho con su traje azul marino. Cuando salí a dar un largo paseo por la orilla del río en el centro, acabé en un barrio antiguo con la mayoría de las casas de estilo victoriano construidas a principios del siglo XX.

En el jardín delantero de una de las casas más grandes había un cartel de venta con la cara de Owen. Era la misma imagen utilizada en el anuncio de la parada de autobús. Me intrigó de inmediato. Como si fuera el destino que nos conociéramos, encima del cartel habían puesto las palabras «Jornada de puertas abiertas». Había globos atados a la puerta principal.

No pude evitarlo.

—En realidad, lo conocí en una jornada de puertas abiertas que organizó para una de sus propiedades —le confieso a Julie.

—¿Estás buscando casa? —dice ella, confundida.

Me río. Menciono cómo vi un anuncio suyo y me quedé prendada. —Cuando vi que tenía una jornada de puertas abiertas, no pude evitarlo. Necesitaba verlo en persona.

—Entonces ¿cómo era en persona? Supongo que su imagen no estaba totalmente retocada si estás con él.

—Todavía más guapo en persona. Es alguien especial. Quizá la próxima vez que vengas a la ciudad puedas conocerlo.

Julie silba. —¿Mi hermana quiere que conozca a su novio?

Me río. —Así es. —Estoy tan sorprendida como ella.

—Bueno, espero que si lo hago, puedas decirme cómo se llama. —Se ríe—. Pero sería fantástico. Ni siquiera recuerdo la última vez que conocí a un chico con el que estuvieras. —Hay una breve pausa—. ¡Ah, espera, sí! Aquel tipo tan desgarbado. Aaron no sé qué.

Suspiro. —Aaron Wiers.

Se ríe otra vez. —Eso, Aaron Wiers. Era un flacucho. Y, a pesar de tener la energía más incómoda que he visto nunca en un hombre, fue él quien rompió contigo. Dijo que se mudaba a otra provincia, pero luego lo ves en la ciudad al mes siguiente.

De algún modo, mi hermana siempre se las apaña para arruinarme las buenas noticias.

Oigo el sonido lejano de mi sobrino al fondo. —¿Es Rowan?

—Sí —dice Julie—. Él también quiere hablar contigo.

Le pasa el teléfono a mi sobrino, que no dice nada enseguida. Solo tiene cinco años y, aunque no dice ni una palabra, puedo imaginar su carita sonriente mientras se lleva el teléfono al oído con torpeza, como si yo estuviera en la misma habitación que él.

—¿Rowan? —digo al teléfono—. ¿Estás ahí?

Hay una pausa antes de que diga: —Hola, tita —con su vocecita aguda. Oírlo hablar siempre me alegra el día.

—¿Cómo estás, peque? —le digo—. Te echo de menos. Espero poder verte pronto.

—Yo también te echo de menos. Gracias por mi juguete.

—¡Le encanta su nuevo camión de juguete! —grita Julie de fondo—. No ha parado de jugar con él desde que lo recibió.

—Oh —digo, y mi sonrisa se ensancha—. De nada, Rowan.

No es un camión de juguete cualquiera. Está basado en un camión llamado Gravedigger que vimos en un espectáculo de *monster trucks* hace ocho meses. Rowan alucinó en el evento en directo mientras el enorme camión aplastaba vehículos más

pequeños. Tenía muchas ganas de comprarse una camiseta de Gravedigger, pero no quedaban de su talla después del espectáculo.

—¿Así que te gusta tu camión Gravedigger? —le pregunto. Empieza a hacer sonidos de motor revolucionado y me río.

—¡No para de chocar contra otros juguetes con él, Emma! —grita mi hermana.

Hay otra pausa antes de que Rowan diga algo. Puedo oír a Julie susurrándole algo.

—Mamá quiere que te pregunte cuándo vas a volver a mudarte aquí.

Me río de la desesperación de mi hermana. —Pásatelo bien jugando con tu nuevo juguete, peque. Puedes pasarme con tu madre otra vez.

—Adiós, tita —dice Rowan. Puedo oírlo salir corriendo antes de que Julie empiece a hablar.

—Se supone que no debía decirte que yo le había pedido que dijera eso —dice mi hermana.

—Ja, ja —digo moviendo la cabeza—. Me va bien en Windsor, de verdad. Ya verás. Las cosas están mejorando. Por una vez, estoy muy ilusionada.

Hay una pausa. —Me alegro por ti —dice Julie. Oigo el sonido lejano de Rowan haciendo sonidos de motor otra vez—. Además, a Rowan de verdad le encanta ese juguete. Ni siquiera era su cumpleaños ni nada, así que los dos nos sorprendimos cuando lo recibió por correo. Ha estado obsesionado con él desde entonces.

Sonrío. —Bueno, hace un mes le oí decir cuánto quería volver al espectáculo de *monster trucks*. Quería comprarle algo. Un regalo en un momento inesperado siempre es mucho mejor.

Hay otra pausa. —¿Qué pasa? —pregunto.

—Sé que estás sin trabajo ahora mismo. No tenías por qué comprarle nada.

Suspiro. —Quería hacerlo, Julie. Soy la tía a la que le toca mimar a su sobrino. Tengo ahorros. Estaré bien.

—No deberías gastar mucho más del dinero de tu herencia. Si tienes problemas, siempre puedes...

—Volver a vuestra casa —concluyo.

Ella se ríe. —Bueno, es verdad. Estoy segura de que a tu hombre misterioso no le importaría ir a buscarte al campo para vuestras citas.

Enciendo la televisión, pasando por los pocos canales que pillo con la antena. No estoy segura de si es para huir de mi conversación con Julie o para distanciarme de mis propios sentimientos.

Un programa de noticias locales despierta mi interés de inmediato.

El presentador sonríe a la cámara mientras baraja un montón de papeles frente a él. —Se cumplen cinco años desde que se descubrió la primera víctima del Asesino de Corazones Rotos, y la policía sigue sin tener pistas sobre la identidad del asesino. Las autoridades sugieren que el Asesino de Corazones Rotos es responsable de al menos cinco muertes: cuatro hombres y una mujer. Todas las víctimas comparten el mismo símbolo tallado: un corazón con una X encima. Mientras la policía aún...

—¡Oye! —grita Julie por el teléfono—. ¿Me oyes?

Dejo de prestar atención a la voz del presentador para escuchar a mi hermana. —Perdona.

—Te oigo ver la tele mientras hablas conmigo. ¿Acaso quieres colgar?

—No —le digo—. Quiero hablar contigo, de verdad. Es que siento que no te alegras por mí. Las cosas me van bien aquí, a pesar de no tener trabajo.

Junto al presentador hay una imagen de un hombre. Una que probablemente conozca cada persona que viva en Windsor, o incluso en Canadá. Ryan Benots. La primera víctima del Asesino de Corazones Rotos. Los medios de comunicación estuvieron bombardeando con su cara durante meses después de que hallaran su cadáver. Cuando se descubrieron más cuerpos con el mismo símbolo grabado en la piel, la atención mediática creció aún más y traspasó la frontera canadiense.

De repente, el mundo se interesó por el asesino al que los medios bautizarían como el Asesino de Corazones Rotos.

—Lo siento, Emma —dice Julie. Su disculpa me sorprende—. Es que estoy...

—Preocupada —digo—. Lo sé, y te quiero por ello.

Se oye una respiración pesada al otro lado del teléfono y por un momento pienso que mi hermana puede estar llorando. —Me pegué un susto tremendo cuando viniste con nosotros hace unos años. Sé que las cosas en tu vida iban mal. Yo solo... quiero que estés a salvo y seas feliz. Prométeme que volverás a las reuniones si vuelves a tener pensamientos oscuros.

—Te lo prometí hace meses, pero te lo repito. Si las cosas se ponen feas, iré a una reunión —respiro hondo—. Puede que no tenga un buen trabajo ni el mejor apartamento, Julie, pero de verdad soy feliz.

—Tenía pensado ir a la ciudad la semana que viene —dice ella—. ¿Quizás pueda conocerlo?

—Seguro que puedo organizarlo —le digo—. Él también me ha estado preguntando si podía conocerte. Y en el peor de los casos, si no puede verte ese día, te llevaré a la parada de autobús donde lo conocí.

Mientras Julie se ríe, las imágenes de las cinco víctimas del Asesino de Corazones Rotos aparecen en la pantalla del televisor. Mi sonrisa se desvanece al mirarlas.

El presentador baraja un montón de papeles sobre la mesa. —La policía desconoce quién es el Asesino de Corazones Rotos. Se ofrece una recompensa de sesenta mil dólares por cualquier información que conduzca al arresto del asesino. Si tiene alguna información, por pequeña que crea que sea, llame al número que aparece debajo. Las víctimas de este asesino merecen justicia. Los amigos y las familias de aquellos que fueron arrebatados brutalmente de este mundo merecen justicia.

CAPÍTULO 2

Karen

Me quedo mirando el cuchillo de cocina que tengo en la mano, con esa sustancia roja que gotea sobre la encimera. Me tiene hipnotizada. Estoy completamente absorta en mis pensamientos. El mundo a mi alrededor es solo ruido.

Lo único real es el cuchillo que sostengo.

—Mami —me llama Chloe desde la mesa de la cocina—. Tengo hambre. ¿Dónde está mi tostada?

Mi hija de cuatro años rompe el hechizo y yo suspiro. —Cielo, ¿cuál es la palabra mágica?

—¡Gracias! —dice con su dulce vocecita, intentando compensar sus exigencias previas.

—Esa no —digo con una sonrisa—. La otra palabra mágica.

—¡Por favooor! —Alarga la palabra todo lo posible.

Termino de quitarle la corteza a su sándwich de crema de cacahuete y mermelada. Ya sé lo que pasará si no lo hago: un chillido agudo de asco por darle pan con corteza. Sé que estos años son preciosos, pero a veces una niña de cuatro años puede volver loca a cualquiera.

Le pongo el plato delante y ella sonríe de oreja a oreja. —Gracias, mami. —Mira hacia la televisión del salón moviendo la cabeza al ritmo de la música que canta Peppa Pig. Pronto empieza a cantar ella también. Le recuerdo que se centre en comer, pues si no lo hago se olvidará por completo de la comida que me ha exigido que le preparara.

Dejo el cuchillo manchado de mermelada en el fregadero y tiro la corteza a la basura, que, para mi desgracia, está a rebosar.

Ese es el trabajo de Owen, pero no voy a darle la lata con eso. Odia que lo haga.

De pronto, una mano grande me rodea la cintura. Un agarre firme encuentra su lugar en mi trasero. —Buenos días —dice Owen, besándome en la mejilla y apretando la mano.

Sonrío. Estoy segura de que, si me viera la cara, estaría roja como un tomate. Owen tiene esa capacidad conmigo. Solo hace falta una mirada de mi apuesto marido para ponerme a mil por hora. Cuando está feliz, su rostro rebosa tanta luz que puedes sentir su felicidad. Funciona con muchas expresiones faciales. Me encanta cuando me dedica una mirada lujuriosa, de esas que exigen que me quite la ropa, y suelo hacerlo con poca resistencia.

Pero hace tiempo que no veo esa cara.

Me doy la vuelta y lo beso, y sus labios hacen que me flaqueen las piernas. Casi me dan ganas de decirle a Chloe que se suba el sándwich a su habitación porque mami y papi tienen que hablar en la cocina antes de que él se vaya a trabajar.

Owen mira su reloj y chasquea la lengua. —Voy a llegar tarde. Tengo que ir al centro para una reunión.

—¿Al centro? —digo, confundida.

Él asiente. —Una reunión con los dueños de esa vieja casa de estilo victoriano. Es preciosa.

—Es la segunda que te sale por esa zona.

Él sonríe. —Ese anuncio en la parada del autobús está dando sus frutos. La gente rica que vive allí pasa por delante todo el tiempo. Así es como me encontró esta pareja de ancianos. —Esboza una sonrisa burlona—. Probablemente compraron esa casa por menos de veinte mil. Ahora vale más de un millón. —Niega con la cabeza—. Te veo esta noche.

Me da otro beso rápido y se marcha antes de que pueda decir mucho más que un «adiós».

Lo observo a través de la ventana de la cocina mientras sube al coche. Mientras sale del camino de entrada, nuestras miradas se cruzan. Le saludo con la mano, pero él aparta la vista. Pronto se

aleja por la carretera y me deja a solas con nuestra hija... y la basura.

Suelto un suspiro, saco la bolsa del cubo pequeño y la ato. Cuando abro la puerta principal, Chloe me mira con una ceja arqueada.

—¿Adónde vas, mami? —pregunta.

Suspiro de nuevo. —A sacar la basura. Vuelvo enseguida. —Ella asiente. Miro hacia la carretera en la dirección por la que se ha ido Owen y luego vuelvo a mirar a mi hija—. Vamos a ir a visitar al abuelo pronto.

—¿Otra vez? —dice Chloe.

Me muerdo el labio, esperando no entrar en otra lucha de poder infantil esta mañana. ¿Por qué no puede ponérmelo fácil? A veces tengo ganas de gritar y sacudirla, exigiéndole que haga lo que le digo por una vez.

Chloe sonríe. —¡Sí! ¡El abuelo! —Deja el sándwich en su plato—. Estoy llena, mami. —Solo les ha dado tres mordiscos al sándwich que le he hecho. En menos de una hora exigirá más comida, pero eso será problema de mi padre.

—Vale, Chloe —digo—. Sube a cambiarte. Nos vamos ahora mismo.

Chloe sonríe y está a punto de levantarse de la mesa cuando le recuerdo que se limpie los dedos pegajosos con la servilleta y que se lave las manos con jabón. Pone una mueca y suspira sonoramente, como si le hubiera pedido que emprendiera un viaje épico a través del país para ir al baño cuando está a solo unos pasos.

En lugar de dejar que eso me afecte, salgo de la casa y cierro la puerta tras de mí.

El contenedor de basura ya está en la esquina para su recogida. Owen se ha acordado al menos de eso hoy. Abro la tapa y tiro la bolsa blanca encima, empujándola con la mano hacia abajo para asegurarme de que no se salga nada. Hago una mueca al sentir algo pegajoso. Al mirar, veo restos de mermelada de fresa entre mis dedos. Frunzo el ceño con asco. Parece que yo también tendré que emprender la aventura de lavarme las manos con jabón.

Al volver a mi casa, veo a mis vecinos en el camino de entrada. Jason y Alice Bahers. Se mudaron hace unos seis meses. Una pareja joven, recién casados, de menos de un año. Parecen una pareja tan hermosa. Ambos son guapísimos. No he hablado mucho con ellos, solo el cortés hola y adiós de rigor. Chloe ha hablado más con Alice Bahers que yo. Una vez estuvo jugando con tiza en el camino de entrada, dibujando un corazón grande y una cara sonriente. Cuando salí a ver cómo estaba, Alice y mi hija estaban hablando. Puedo ver vívidamente la sonrisa radiante que Chloe le dedicó a Alice.

No sé por qué, pero eso también me dio celos.

No he sentido más que envidia de esa pareja desde que se mudaron. Incluso ahora, la esposa acompaña a su marido al coche, con su almuerzo en la mano, vestida con un vaporoso vestido veraniego. Siempre se ve impecable cuando la veo. Los dos se besan íntimamente antes de que Jason suba al coche. Se saludan con la mano mientras él se aleja por la carretera.

Su sonrisa se desvanece al notar que la miro. —Buenos días, Karen —me dice.

Hay una breve pausa antes de que me recuerde a mí misma que debo responder. —Hola, Alice —le digo, fingiendo mi propia sonrisa.

—Hace un día precioso —dice ella, retocándose el vestido.

No puedo evitar fijarme en lo guapa que es. En lo joven que es. En lo perfecta que se ve en este momento. Estoy segura de que en unos meses su barriga empezará a crecer. Me sorprende que no esté embarazada todavía. Los Bahers no son tímidos. De hecho, creo que más bien disfrutan «olvidándose» convenientemente de cerrar las cortinas cuando empiezan a ponerse íntimos en el salón. O quizás dejando una ventana abierta. Nuestro dormitorio da al suyo.

Me vuelve loca, especialmente cuando pienso en la falta de ruido que hay en mi propia habitación.

Siento como si todo el vecindario supiera lo que sucede a puerta cerrada en casa de los Bahers.

Me doy cuenta de que no le estoy respondiendo de nuevo y sonrío más ampliamente. —Un día precioso —asiento—. Cuídate. —

Paso por su lado antes de que pueda decir nada más y entro en mi casa. Una vez dentro, cierro la puerta y respiro hondo.

Se oyen fuertes golpes procedentes del piso de arriba. Parece que hay un elefante dando pisotones. Nunca entenderé cómo una persona tan pequeña puede sonar tan grande.

Pienso en Alice Bahers y en la vida maravillosa que lleva.

Alguien debería contarle la realidad de lo que le espera. En cuanto llega un niño, todo cambia. Tu matrimonio cambia para siempre. Se acabaron las noches románticas y espontáneas cuando te apetezca. Se acabó eso de arrancaros la ropa el uno al otro cuando tengáis ganas. Ahora tienes que esperar a que el pequeño esté durmiendo o a estar segura de que no va a entrar de repente.

Tampoco vuelves a dormir. Incluso ahora que Chloe tiene cuatro años, rara vez consigo dormir ocho horas seguidas. Siempre acaba metiéndose en nuestra cama en mitad de la noche. No sería para tanto si se quedara quieta. Pero se mueve continuamente, dándome patadas mientras da vueltas en sueños, durmiendo en posturas imposibles. De algún modo, Chloe es capaz de ocupar ella sola una cama de matrimonio grande.

A Owen no parece molestarle, pero es porque a Chloe le encanta acurrucarse conmigo.

Pienso en lo guapa que estaba Alice Bahers con su vestido hoy. Alguien debería decirle cómo tener un hijo también te cambia el cuerpo. Nada se ve tan terso y firme como antes. Owen siempre admiraba mi abdomen. No podía quitarme las manos del vientre cuando intimábamos. Ahora evita activamente esa zona debido a la piel flácida.

El sonido de Peppa Pig cantando otra canción me saca de mis pensamientos. Me apresuro a la mesita y cierro la sesión de Netflix. Al hacerlo, aparece un informativo en la televisión. El titular me llama la atención de inmediato.

«El Asesino de los Corazones Rotos será encontrado», se lee en la parte inferior de la pantalla.

—Continuamos con nuestro programa sobre el Asesino de los Corazones Rotos —dice un presentador sentado ante un escritorio—. Me acompañan hoy dos de los criminólogos más destacados del

país. —Mira a uno de los invitados—. Señor Dadrum, antes de la pausa, usted ha dicho que siente que la identidad del Asesino de los Corazones Rotos acabará siendo descubierta.

El hombre del traje marrón asiente. —Así es. Creo que algún día ocurrirá. La investigación y el desarrollo del ADN harán que todos los asesinos en serie sean rastreables.

El otro invitado, vestido con traje negro, se aclara la garganta. —Me gustaría recordarle a mi colega que no hay pruebas de ADN en ninguna de las cinco escenas del crimen relacionadas con el asesino. —Mira a la cámara—. También me gustaría corregir su afirmación de que el Asesino de los Corazones Rotos es un «él».

El criminólogo del traje marrón niega con la cabeza y sonríe con suficiencia.

El presentador asiente. —Eso es interesante. ¿Está sugiriendo que el Asesino de los Corazones Rotos no es un hombre?

—Así es —dice el hombre del traje oscuro—. No tenemos pruebas que indiquen si es un hombre o una mujer.

El hombre del traje marrón vuelve a negar con la cabeza. —Los estudios demuestran, una y otra vez, que los asesinos en serie suelen ser hombres, concretamente hombres de raza blanca. Y permítame señalar también que algunas de las víctimas del asesino fueron trasladadas. Sería difícil que una mujer hubiera colocado los cuerpos de la forma en que lo hizo el Asesino de los Corazones Rotos, especialmente sin ser pillada.

El criminólogo del traje oscuro sonríe a la cámara. —Ese es un punto que muchos han planteado; sin embargo, eso me lleva a lo que creo que es la verdad. El Asesino de los Corazones Rotos no es una sola persona. Siento que es una pareja. Un hombre y una mujer.

El hombre del traje marrón se ríe. —¿Una pareja de asesinos, John, de verdad? Imposible.

—Que los asesinos en serie trabajen juntos no es algo inaudito. Los Asesinos de la Caja de Herramientas son un ejemplo.

—Esos eran dos hombres —dice el criminólogo del traje marrón, negando con la cabeza.

El presentador interviene. —Mientras muchos, incluso especialistas en la materia, siguen discutiendo sobre quién puede ser

el asesino, tengo una pregunta para ustedes sobre la que no escucho hablar mucho. —Mira a la cámara—. Han pasado cinco años desde la última víctima. ¿Qué pasó con el Asesino de los Corazones Rotos... o asesinos? —Mira a los criminólogos y sonríe—. ¿Y cuándo volveremos a saber de ellos?

El criminólogo más joven, el del traje negro, está a punto de responder cuando el otro habla con un tono potente y seguro. —Está en prisión o muerto. Normalmente, los asesinos en serie no dejan de matar. No pueden controlarse. Por eso, la única razón por la que *él* se detuvo es porque está en la cárcel o muerto.

El hombre del traje negro asiente. —Bueno, por una vez, puede que estemos de acuerdo. El Asesino de los Corazones Rotos dejó de matar porque algo se lo impide. La muerte o la prisión son ciertamente razones para explicar su ausencia.

—¡Mami! —Me doy la vuelta y veo a Chloe bajando torpemente las escaleras—. ¡Estoy lista para ir a casa del abuelo!

Miro la televisión, donde los dos criminólogos siguen discutiendo. Un nuevo titular aparece en la parte inferior de la pantalla: «¿Dónde está el Asesino de los Corazones Rotos?».

Apago la televisión, respirando hondo. Cuando me giro, mi hija tiene una amplia sonrisa y su osito de peluche favorito en la mano.

—Ponte los zapatos, Chloe —digo—. Hora de irnos.

Ella se ríe. —¿Cuál es la palabra mágica, mami?

Me tapo la cara en señal de rendición. —Por favor..., ponte los zapatos.

CAPÍTULO 3

Owen

Estoy enamorado. Enamorado hasta las trancas. El tipo de romance sobre el que escriben en las novelas románticas. El tipo que nunca supe que existía hasta que conocí a Emma.

Hay, por supuesto, un problema. Karen, mi mujer.

Mientras conduzco por la autopista hacia el centro de la ciudad, me pregunto qué demonios estoy haciendo. Es la misma pregunta que me hago cada vez antes de verla.

Necesito ver a Emma todos los días. Es un requisito. Es como un diabético que necesita su medicación. Si no la toma ese día, lo nota.

Me dolerá el corazón si no veo su magnífica sonrisa, si no pruebo sus labios perfectos, si no estrecho su cintura contra la mía; el día es un desperdicio.

Nunca pretendí sentirme así.

Cuando organicé una jornada de puertas abiertas en el centro, una joven entró en la casa y me sonrió. Antes de que dijera una palabra, supe que ella era todo lo que deseaba poder tener.

—He visto tu cara todos los días —me dijo—. Hay un anuncio en una parada de autobús cerca de mi casa.

Había algo en su sonrisa. Era acogedora. Inmediatamente, le estreché la mano y me presenté. Ella echó un vistazo a mi mano izquierda. Sabía lo que estaba buscando: un anillo. Yo no llevo el mío. Cuando Karen estaba embarazada de Chloe, engordé catorce kilos. Creo que intentaba parecer tan embarazado como ella.

Mandé ajustar mi alianza de boda para que me sirviera con mi nueva talla. Curiosamente, no fue la preocupación por mi salud ni el tener una hija lo que me dio un motivo para perder esos kilos de más. Fueron las ventas. Yo era uno de los mejores vendedores del Windsor Realty Group, pero, de repente, me costaba más cerrar las ventas.

Empecé una dieta de inmediato y perdí la mayor parte del exceso de peso en seis meses. El ayuno intermitente cambió las reglas del juego para mí. A día de hoy sigo sin desayunar. De pronto, ahora que volvía a tener una mandíbula definida, la gente me trataba de forma diferente. Vender se volvió más fácil.

Una vez que perdí el peso, la alianza me quedaba holgada. No se puede reajustar un anillo de boda para encogerlo. Necesitaba uno nuevo y nunca me molesté en comprarlo.

Con la mirada que me dedicó Emma aquel día en la jornada de puertas abiertas, nunca me había sentido tan agradecido por esa decisión tomada por pura pereza.

Desde el momento en que vi su sonrisa, me quedé prendado de Emma. No era solo porque fuera espectacularmente guapa —un diez sobre diez—, ni porque mostrara interés en mí al entrar en mi jornada de puertas abiertas solo para conocer en persona al rostro del banco de la parada del autobús. Era toda su aura.

Era agradable. Tras unos minutos hablando con ella, me di cuenta de que era alguien con quien se estaba a gusto. Una persona con la que apetece estar.

En esencia, todo lo que mi mujer no era.

Sí, el matrimonio con Karen me ha vuelto amargado, pero no es solo eso. Ella nunca fue como Emma. Cuando conocí a Karen, me echó para atrás lo rígida que parecía. Antes de tener a nuestra hija, Karen era una mujer menuda. Sería difícil para cualquiera no sentirse atraído por ella, y me enamoré rápidamente.

Inicié nuestra relación ciego ante las señales de alarma que me gritaban que Karen no era la persona con la que quería estar. Seguí adelante de todos modos. De vez en cuando, cuando teníamos otra de nuestras broncas monumentales, me preguntaba qué hacía

con ella. ¿Era realmente la mujer con la que estaba destinado a pasar la eternidad?

¿En la salud y en la enfermedad? ¿Hasta que la muerte nos separe?

Por lo general, la respuesta era no, incluso cuando estaba tranquilo y no acalorado por la discusión más reciente. Luego teníamos sexo o pasábamos una velada divertida juntos y yo hacía todo lo posible por no pensar en mis dudas.

El divorcio es muy farragoso. ¿Era Karen tan mala esposa como para tener que pasar por algo tan devastador como una separación? Además, cada vez que miraba a nuestra hija, me recordaba a mí mismo que no solo éramos Karen y yo. Chloe significa muchísimo para mí.

Antes de Chloe, yo era un hombre diferente. Tener una hija me cambió.

Un divorcio destrozaría a mi hija. Por ella, estaba dispuesto a cambiar mi mentalidad y ser feliz con lo que tenía en la vida. Un matrimonio con el que no estaba satisfecho. Una vida en la que simplemente cumplía el expediente. Me dejaría llevar hasta los sesenta y cinco y me jubilaría. Pasaría el resto de mi vida esforzándome al máximo por ser una buena persona, un buen padre y un buen marido.

Entonces entró Emma y no pude contenerme.

Tras unos instantes de conversación, la invité a tomar un café. Ella preguntó cuándo y le respondí que ahora mismo.

—¿No tienes que quedarte para la jornada de puertas abiertas? —preguntó con una amplia sonrisa en su rostro, como si siempre estuviera así.

—Necesito un descanso y buena compañía —le dije. Su magnífica sonrisa, de alguna manera, se hizo aún más grande.

Caminamos unas manzanas juntos hasta llegar a la arteria principal del centro de Windsor. Divisé una cafetería al otro lado de la calle. Era una que había visto varias veces desde que firmé el contrato de la casa de la lista.

Riverside Brews. Tenía ese aspecto rústico y moderno a la vez. Las paredes exteriores eran de madera recuperada con ladrillos

rojos y blancos. Un enorme ventanal del suelo al techo mostraba a los clientes felices dando sorbos a sus bebidas.

Había querido echarle un vistazo y ahora tenía la excusa perfecta.

Mientras caminábamos juntos, me preguntaba qué estaba haciendo, qué errores me aguardaban con cada paso. Era como si supiera que estaba entrando en un capítulo diferente de mi vida y avanzara hacia él voluntariamente.

Emma es una conversadora maravillosa. Cada charla aportaba revelaciones fascinantes sobre su carácter. Nos gustaban las mismas películas e incluso habíamos leído los mismos libros. Hablamos de uno de nuestros libros favoritos de *true crime*, *A sangre fría*, de Truman Capote.

No recordaba la última vez que mi mujer y yo habíamos tenido una conversación sin que derivara en una discusión o sin que yo notara una expresión facial que gritara que estaba molesta por otra cosa más que yo había hecho.

Pensé en mi mujer mientras Emma y yo esperábamos en el semáforo. La cafetería estaba justo al otro lado de la calle.

Me vino una imagen de Karen. Incluso en mi mente, me lanzaba una mirada que gritaba lo furiosa que estaba conmigo. Enfadada por lo que estaba haciendo con la joven y guapa mujer que tenía al lado.

La señal de «cruzar» se iluminó al otro lado de la calle y, cuando Emma y yo empezamos a pasar, su brazo se balanceó y nuestros dedos se rozaron. El simple contacto entre nosotros hizo que las mariposas estallaran en mi interior.

Retiró la mano y me sonrió. Casi podía verla sonrojarse. Me costó un esfuerzo sobrehumano no agarrarle la mano sin más. Quería volver a sentir su piel sobre la mía. En lugar de eso, le devolví la sonrisa y cruzamos.

La imagen de mi mujer se desvaneció fácilmente a medida que nos acercábamos al otro lado de la calle.

De pronto, me asaltó otra imagen. Mi hija, Chloe.

¿Qué estoy haciendo?, me pregunté. ¿He olvidado que la vida ya no gira solo en torno a mí? Tengo una hija. ¿Vale la pena

arriesgar todo lo que tengo por la mujer que está a mi lado? ¿Vale la pena cambiar toda mi vida por ella?

Las mariposas de mi interior dieron un rotundo sí por respuesta. Antes de darme cuenta, había cruzado la calle con Emma y estábamos cerca de la cafetería.

Supe en ese momento que todo cambiaría y que yo sería incapaz de detenerlo. Emma abrió la puerta y esperó a que yo entrara. Me detuve un breve instante, deleitándome con la visión de mi hermosa cita. No era difícil ver por qué no tenía otra opción que entrar con ella.

Emma representaba todo lo que yo quería en la vida. Si tan solo la hubiera conocido antes de tener una hija. Antes de estar casado.

Pero aquello no nos detuvo. Una cita para tomar un café se convirtió en un almuerzo. Luego, en una cena. Pronto estaba en su casa. Y, finalmente, en su dormitorio.

Sonrío mientras conduzco hacia esa misma cafetería ahora. Tenemos por costumbre ir a menudo. Es nuestro lugar especial.

El pensamiento de Chloe hace que mi felicidad decaiga. Pensar en mi hija mientras me escabullo para ver a mi novia suele provocar eso. Enciendo la radio para intentar distraerme.

—Nuestra cobertura sobre el Asesino del Desamor continúa en el 108.8. Tenemos a algunos oyentes en espera que quieren discutir sus teorías sobre quién es el infame asesino. Nosotros…—

Apago la radio de inmediato. Estoy harto de oír hablar del asesino. Es de lo único de lo que quieren hablar los medios de comunicación de mi provincia. Supongo que es una semana floja de noticias si de lo único que pueden hablar es del asesino que escapó.

De repente, mi teléfono vibra en el bolsillo. En la pantalla aparece «Desconocido».

Suspiro. No es un remitente desconocido. Sé exactamente quién es. Preferiría que fuera un estafador a estas alturas. Ya ha llamado varias veces hoy. Una de ellas, mientras estaba en la cama con Karen. Apagué rápidamente el timbre, ya que eran poco más de las seis de la mañana. Respondí con un mensaje de texto, suplicando que dejaran de molestarme: «¡Déjame en paz!».

Y, sin embargo, aquí está el número, llamándome de nuevo. La semana pasada llamaron desde un número diferente. A estas alturas ya sé que no debo responder a ninguna llamada anónima.

Corto la llamada sin pensarlo dos veces.

Giro a la derecha por la calle principal del centro. La cafetería está cerca. El corazón me late más rápido al saber que podré pasar más tiempo con ella. Me duele el pecho al saber que veré esa sonrisa. La abrazaré. Besaré sus labios. Quizá, si de verdad soy el vendedor que creo ser, acabemos pronto entre sus sábanas.

El comienzo perfecto del día. Estar con la mujer que amo.

Amor.

Es algo que no le he dicho directamente, pero que siento con mucha fuerza. Nunca he sentido la pasión y el amor que siento por Emma con ninguna mujer, incluida Karen. Incluso en nuestros mejores días juntos, Karen no podría darme ni una fracción de lo que Emma me demuestra.

Aun así, me resulta difícil seguir yendo a espaldas de mi mujer a ver a Emma. Si pudiera agitar mi varita mágica, Karen simplemente desaparecería. Estaría fuera de mi vida.

A Chloe le encantaría Emma. Emma tiene una presencia muy juvenil. Se llevarían bien enseguida.

Es mucho más fácil estar con Emma que con Karen. Hoy en el desayuno podía notar la frustración que Karen sentía con Chloe. Es tan infeliz con todo lo que hace.

Por otro lado, Emma va por la vida como si fuera una hermosa aventura. Se mantiene por encima de toda la negatividad.

Si tan solo Emma fuera la madre de mi hija y no Karen. La vida podría ser perfecta.

Pero la vida no está hecha para ser perfecta. Aparco el coche a media manzana de nuestra cafetería y me bajo. Un camión casi me arrolla al hacerlo. No estoy seguro de si ha sido porque no estaba prestando atención al bajarme o si el conductor también estaba en las nubes.

Subo rápidamente a la acera y miro el cartel de la cafetería.

La vida es complicada. Karen es la madre de mi hija, no Emma. Karen es mi mujer, no Emma. Hice un voto el día de mi boda

con Karen, no con Emma.

Al acercarme a la cafetería, veo a Emma sentada junto al gran ventanal. Cuando se da cuenta de que voy hacia ella, se le ilumina toda la cara.

Al instante, a mí me pasa lo mismo.

¿Qué estoy haciendo? Estar con Emma solo complicará más la vida y, sin embargo, abro la puerta de la cafetería y saboteo voluntariamente todo lo que tengo por ella.

Se levanta de su asiento y me abraza con fuerza. Nuestras miradas se encuentran al saludarnos. Cuando sus labios tocan los míos, las mariposas que sentí la primera vez que nos vimos revolotean en mi interior con más fuerza que antes.

Arruinando el momento, mi móvil vibra en el bolsillo. El brillo de mi rostro se apaga un instante porque sé de quién se trata probablemente.

Como si la vida no fuera lo suficientemente complicada, ahora está Emma.

Esto es un error. Todo lo que he hecho ha sido un error.

—¿Estás bien? —pregunta Emma, y su sonrisa se transforma en una mirada de preocupación. Me coge la mano y me mira intensamente.

Sus preciosos ojos azules se clavan en los míos y todos mis temores desaparecen. Solo quedamos Emma y yo.

—Ahora estoy mejor —digo, y mi sonrisa regresa de forma natural al contemplar lo hermosa que está Emma hoy.

Cuando volvemos a besarnos, sé que mi vida se va a complicar aún más. Estar aquí con Emma es un error. Un hermoso error.

CAPÍTULO 4

Emma

Pedimos nuestras bebidas de siempre. Al más puro estilo de Owen, se burla cariñosamente de la mía cuando la pido. Sé que soy una friki del café. Mi pedido tampoco es ninguna locura: un venti iced blonde vainilla latte con la mitad de sirope.

Vale, soy una esnob del café, sobre todo cuando el pedido de mi cita es tan simple. Café. Solo. ¿Quién pide eso? ¡Los psicópatas, quién va a ser! Y así es como llamo a Owen en broma mientras lo pide.

Nos sentamos al fondo, en nuestra mesa cerca del gran ventanal. Solo llevamos saliendo unos pocos meses, pero ya tenemos «nuestro sitio» y una mesa específica en la que siempre intentamos sentarnos. He llegado a la cafetería treinta minutos antes para asegurarme de que fuera nuestra. Para mi desgracia, ya estaba ocupada cuando entré.

Esperé pacientemente en la mesa de al lado, dando sorbos a mi primer latte, esperando a que la joven pareja se marchara. A medida que se acercaba la hora a la que Owen y yo habíamos quedado, la pareja seguía en la mesa. Estuve a punto de preguntarles si les importaría dejárnosla a Owen y a mí, por muy loco que sonara.

Estoy segura de que, si lo hubiera hecho, el chico y la chica se me habrían quedado mirando con cara de póquer, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba trece minutos sentada a su lado.

En cualquier momento, sin embargo, Owen iba a entrar en la cafetería. Conociéndolo, no le importaría en qué mesa nos

sentáramos siempre que estuviera conmigo. A mí sí que me importa, en cambio.

Todo es demasiado perfecto con Owen. Siento que si hago algo que se salga de lo establecido, la fantasía se acabará.

Con toda la mala suerte que he tenido con los hombres, lo único que haría falta para que nuestra relación se desmoronara es que no nos sentáramos en nuestra mesa de nuestra cafetería. Soy sensible, lo sé. Siento que nuestra relación es el inicio de un trastorno obsesivo-compulsivo. Necesito que todo sea igual para sentirme tan eufórica como cuando estoy con él.

Hoy, sin embargo, he hecho algo fuera de lo común. Le he hablado a mi hermana sobre Owen. ¿En qué estaba pensando? Siento que contarle lo feliz que me hace echará un mal de ojo a nuestra relación. De alguna manera, admitir que un hombre me está haciendo feliz lo arruinará todo.

Pero así ha sido mi vida siempre. Cada vez que pensaba que era feliz, todo me explotaba en la cara. Entonces tenía que empezar de cero otra vez o, lo que es peor, volver al sótano de Julie.

Mientras suspiraba, pensando en lo frustrante que es mi vida, tuve algo de suerte. La pareja se levantó de mi mesa y empezó a marcharse.

Sonreí y miré mi reloj. Un momento perfecto. Owen llegaría en cualquier minuto. Tiré mi vaso de café medio vacío. No quería que Owen supiera que había llegado temprano. No podía hablarle de mi fijación por la mesa. ¡Pensaría que estoy loca!

No podía decirle nada de cómo me siento. Ya había cometido el error de decir en voz alta lo feliz que soy delante de mi hermana. Si le dijera a Owen lo mucho que me gusta estar con él, sabía que se acabaría.

No podía decirle la verdad. Estoy colada por él. Lo quiero.

¿No es una locura? Solo nos conocemos desde hace unos meses y siento algo tan fuerte por él. Nunca me había pasado esto. Suelo ser más reservada. Jamás había estado tan entusiasmada con una relación. No puedo explicarlo. Lo único que quiero es pasar tiempo con él.

Sé que él siente lo mismo.

La puerta de la cafetería se abrió y levanté la cabeza, esperando ver su rostro. En su lugar, un anciano se tomó su tiempo para entrar. Mi cara se agrió de inmediato hasta que vi a la anciana entrar lentamente en la cafetería tras él. La pareja de ancianos se sonrió. El hombre, con una camisa blanca de botones, se quitó el sombrero y cogió la mano de la mujer mientras miraban el menú que hay frente a la caja. El hombre le susurró algo a la mujer, y ella dejó escapar una risita y asintió.

No sabía nada de esta pareja, pero me encantó de inmediato. Me encantó la idea de ellos. Ya les había inventado toda una historia. Llevaban juntos medio siglo, siendo felices todo el tiempo. Claro, habrían tenido sus altibajos, pero siempre se habían apoyado el uno en el otro. Cuando los tiempos eran difíciles, se apoyaban en ese cimiento de amor para superarlo. Tienen hijos y ahora nietos. Ambos están jubilados y, al igual que Owen y yo, vienen juntos a esta cafetería porque es su sitio.

¿Será esta cafetería nuestro sitio para siempre? ¿Cruzaremos estas puertas algún día, con la piel curtida, nuestra movilidad frágil, sintiéndonos tan felices como ahora?

Casi me río de mis propios pensamientos. Por esto no podía decirle a Owen lo que sentía de verdad por él.

La puerta se abrió y entró Owen. Sonrió de par en par mientras se acercaba a mí, sujetando mis manos mientras nuestras bocas se fundían.

Sentí una vibración que venía de su bolsillo y me di cuenta de que era su móvil. De repente, el calor de su cariñoso abrazo se desvaneció. Se quedó con la mirada perdida. Le pregunté si todo iba bien y me aseguró que estaba bien ahora que estaba conmigo.

Qué cursi.

Pero me encantó, no pude evitarlo. Me lo imagino siendo uno de esos padres pesados que cuentan chistes malos todo el día. Un futuro padre estupendo para sus hijos.

Nuestros hijos. Uf. Ya estoy otra vez. ¡Para!

Paso a paso.

Nos sentamos en nuestra mesa y, como siempre, la conversación fluye con facilidad. De alguna manera encontramos los

temas más insospechados de los que hablar y lo hacemos divertido. En este momento, me está contando su fijación con el papel pintado cursi en las cocinas. Le encantan las imágenes de pan y uvas estilo años 90 en las paredes.

Por una vez, estamos en desacuerdo porque odio ese estilo.

De repente, vuelve a poner esa cara. Su sonrisa flaquea. Oigo el tenue sonido de su móvil vibrando en el pantalón del traje.

—¿Seguro que todo va bien? —le pregunto.

Su mirada vuelve a encontrarse con la mía y recupera su encanto habitual. —Sí, hay mucho trabajo ahora mismo. El verano siempre es ajetreado. Sea lo que sea, puede esperar. —Da otro sorbo a su café.

—Bueno —digo, dando yo también un sorbo a mi taza—, sé que has dicho que estás muy liado ahora. Pero ¿tienes tiempo para un descanso más largo? Quizá podríamos ir a tu casa hoy. Puedes hacerme el recorrido oficial. —Miro alrededor de la sala—. Quizá podrías enseñarme primero tu dormitorio. —Hago todo lo posible por no mirarlo. Si lo hago, me sonrojaré. Consigue que lo haga con mucha facilidad. Coquetear con él es muy difícil sin parecer tímida—. O lo que sea.

Él sonríe y cometo el error de mirar su atractivo rostro. Cuando nuestros ojos se encuentran, mi corazón se derrite y mis muslos se calientan al pensar en él entre ellos. No llevamos mucho tiempo en la cafetería, pero me muero por irme.

—Mi compañero de piso está allí ahora mismo. El perdedor ha vuelto a perder su trabajo. Es un impresentable, Emma. Hace que todo el mundo al que llevo se sienta incómodo. Pero creo que he encontrado un sitio nuevo. Puede que vaya a verlo hoy también.

—¿Quieres que te acompañe? Ya sabes, en mi edificio hay algunos apartamentos libres —bromeo.

Él hace una mueca. —No sé cómo puedes vivir donde vives. Me entra miedo cada vez que paso por tu barrio.

—Y, sin embargo, tu cara en la parada del autobús parece muy segura de sí misma. —Me río. Es una conversación que ya ha tenido conmigo muchas veces. La zona no es segura. Me lo recuerda cada vez que lo veo. Y, aun así, no quiere que vaya a su casa.

Hemos pasado por delante de su apartamento, eso sí. Sé dónde vive, pero no me ha dejado entrar.

Realmente odia a su compañero. Me sorprendió descubrir que tenía uno. Supuse que, como agente inmobiliario de éxito, tendría una casita para él solo. Me dijo que estaba ahorrando para una entrada importante. Dijo que cuando conociera a esa mujer especial, preferiría elegir la casa de sus sueños juntos.

—El sitio nuevo que voy a mirar está en South Windsor —dice.

Hago una mueca. —Eso está lejísimos de donde yo vivo.

—Estoy seguro de que pasarás allí la mayoría de las noches de todos modos. ¿Crees que te dejaría volver a tu apartamento una vez que te tenga en mi casa? No se te permitiría salir del dormitorio. —Me dedica una sonrisa pícara e inmediatamente sé en qué está pensando.

—¿Entonces supongo que no te da demasiado miedo venir conmigo a mi casa ahora mismo?

Él niega con la cabeza juguetonamente. —Vámonos. —Sonríe mientras se levanta.

Sus ojos salvajes me están diciendo todo lo que me espera cuando volvamos a mi habitación. Alargo la mano para coger la suya, pero su sonrisa se desvanece con rapidez.

Vuelve a sacar su móvil y mira la pantalla. —Realmente, debería coger esto. —Asiento mientras pasa a mi lado hacia el fondo de la cafetería, cerca de los baños. Lo observo mientras habla por el móvil.

Me deleito en lo guapo que es. Lleva un traje azul que le queda como un guante con zapatos de color marrón oscuro y un cinturón a juego. Su camisa blanca de botones le sienta perfectamente. Me ha contado que se hace la manicura. Dice que forma parte del negocio lucir el mejor aspecto posible.

Tiene que darse prisa con su llamada. No podré contenerme mucho más tiempo. Lo necesito. Ropa fuera. Quizá pueda convencerlo de que se tome el día libre por enfermedad.

Termina la llamada y vuelve a mirarme. Estoy esperando que me dedique la misma expresión que tenía antes de cogerla.

En su lugar, me dedica una sonrisa forzada mientras se acerca—. Tengo que ir a la oficina. Lo siento.

—¿En serio? —Si pudiera, patalearía como una niña a la que le niegan un caramelo en una tienda—. ¿Ni siquiera cinco minutos?

—¿Cinco minutos? —Owen se ríe—. Tendremos tiempo de sobra, si puedes tener un poco de paciencia conmigo. Puedes tenerme toda la tarde.

—Bueno, las cosas buenas se hacen esperar, supongo —digo con una sonrisa.

Él asiente—. Piensa en todos los intervalos de cinco minutos que podemos pasar juntos esta noche.

Me río mientras me agarra de la cintura y me besa suavemente. Cuando sus labios tocan los míos, no quiero que se acabe. Owen me coge de la mano y, a regañadientes, me guía hasta la entrada del local. Aquí es donde nos despedimos. Me recuerdo a mí misma que solo son unas pocas horas. Owen me llamará cuando esté libre.

También me recuerdo que tengo que ir más despacio. Nuestra relación es todavía muy reciente. Nunca me había enamorado tanto de un hombre así y, la verdad, da un poco de miedo. Mi corazón está tan volcado en este hombre que, si algo le pasara a nuestra relación, me quedaría destrozada.

Al salir de la cafetería, se gira hacia mí sin decir palabra. Ambos sonreímos.

—Nos vemos pronto —digo. Se supone que es un comentario, pero suena más bien como una pregunta. Fue su promesa.

Owen es diferente a los otros con los que he estado. Él estará ahí para mí. Será el anciano de la cafetería con su mujer. Será como el falso médico que está casado con mi hermana. Seremos felices. Esos seremos nosotros.

Se inclina y me besa. Siento fuegos artificiales en mi interior.

Vuelve a sonreír—. Realmente te am… —Se detiene y baja la mirada—. Realmente tengo que irme, Emma. —Noto que su móvil vuelve a vibrar en su bolsillo.

—El trabajo te quiere más que yo ahora mismo —bromeo—. ¿Qué ibas a decir? —Tenía las palabras en la punta de la lengua. Lo he sentido.

Él respira hondo—. No debería llevar mucho tiempo. Cuando esté libre, pasaré por tu casa y podremos terminar nuestra cita. —Me dedica otra sonrisa pícara y me besa de forma más sensual para hacerme saber lo que me espera cuando venga.

Me suelta la cintura y da un paso atrás—. Te llevo a casa.

—No hace falta —digo—. Me apetece volver andando.

Él hace una mueca. Sé lo que va a decir: que no es seguro caminar por el centro. No conoce la zona como yo. No tengo miedo. He pasado por cosas peores de lo que el centro puede ofrecerme.

—Estoy bien —digo. Me acerco y le doy un pico. Nada largo ni sensual. Algo para que se quede pensando. Siempre hay que dejar a un hombre con ganas de más—. Hasta luego.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir otra palabra y me marcho. Espero un momento y giro la cabeza. Esta es la recompensa que espero. Me encanta cuando miro atrás y Owen me está viendo marchar. Me encanta la sensación que me produce su mirada.

Solo que esta vez no está mirando en mi dirección: se apresura hacia su coche.

Algo malo debe de estar pasando en el trabajo. Algún incendio que el agente estrella de la inmobiliaria tiene que sofocar. Pienso en la cara que tenía Owen en la cafetería. Estaba entre frustrado y sorprendido.

Pero dijo que estaba bien.

Al girar la cabeza, choco con una mujer y casi me caigo, pero ella me sujeta. Suelto una carcajada y me disculpo varias veces mientras recupero el equilibrio.

—Tengo la cabeza en las nubes hoy, lo siento —me disculpo de nuevo.

La mujer se ajusta las gafas de sol oscuras sobre la nariz. Sigue mirándome fijamente. Empiezo a preocuparme por si está enfadada. Supongo que yo también lo estaría si una mujer cualquiera chocara conmigo por no estar prestando atención.

—Lo siento —digo de nuevo y paso de largo. Continúo calle abajo. Miro atrás y veo que Owen está en su coche, conduciendo hacia mí.

Baja la ventanilla tintada del lado del conductor y me silba. Su vehículo avanza a paso de tortuga—. ¡Sigo pensando en ti! —grita.

Suspiro—. Bueno, tendrás que darte prisa con tu trabajo entonces, ¿no?

Él pone los ojos en blanco con picardía y sube la ventanilla, devolviendo su coche al carril. Observo cómo se aleja a toda velocidad. Sonrío, pensando en Owen y en lo difícil que será esperar para volver a verlo. Estoy a punto de cruzar la calle y busco si viene tráfico.

Cuando giro la cabeza, la mujer de las gafas de sol oscuras me está mirando directamente.

CAPÍTULO 5

Karen

He observado cómo mi marido besaba a su novia secreta. Los he visto tomando café. Los he visto reír y sonreírse el uno al otro desde el otro lado del gran ventanal. Se me ha revuelto el estómago cuando se han besado de nuevo antes de marcharse por separado.

He estado allí todo el tiempo. Apenas me he ocultado. Me he puesto ropa oscura y gafas de sol. A Owen le habría bastado con girar la cabeza para haberme visto fuera de la cafetería cuando ha salido.

En lugar de eso, estaba cautivado por la joven con la que compartía el café.

Se llama Emma. Lo sé porque esta no es la primera vez que los observo juntos. Es la primera vez que los veo besarse. A veces, me he acercado lo suficiente como para oírlos hablar.

La diferencia esta vez son las emociones que me recorren. El odio puro y oscuro que siento por ambos es más que palpable.

Si tuviera una pistola, la sacaría mientras se abrazan en la calle y apuntaría con cuidado. No la tengo, por supuesto.

Por suerte, se están separando. No será como la última vez, cuando vi cómo entraban en el edificio de apartamentos de Emma. No dejaban de manosearse en todo momento. Pensé que no iban a llegar al dormitorio, fornicando allí mismo en la calle, junto a la puerta de su portal.

Aquella vez fue diferente. No pude contenerme. Lloré sin parar durante horas. Sospechaba que a Owen le pasaba algo.

Empezó a actuar de forma extraña hace meses. Estaba tan distante, tan torpe.

Supe que algo iba mal cuando se mostraba feliz. Sabía que no era yo quien le hacía sentirse así. Nuestra relación no había cambiado. Teníamos intimidad una vez al mes o menos. Pronto dejó de molestarse siquiera en intentar tener sexo. Sus ventas en el trabajo eran buenas, pero nada que lo hiciera estar más contento de lo habitual.

Fue entonces cuando le olí el perfume de ella. Llegaba tarde a casa, alegando que tenía visitas a casas a última hora y que estaba cerrando ventas. ¡Qué ingenua fui al creerle al principio! Cuando le pregunté por el fuerte aroma que traía, dijo que era de una de las esposas que había conocido al cerrar la venta de una casa.

Unas semanas más tarde, sin embargo, traía el mismo aroma. ¿Cuántas «esposas» olían igual? Afortunadamente, salí de mi ingenuidad. Empecé a seguir a Owen.

No fue fácil. Le seguía con Chloe en el coche cuando salía de casa. Sin embargo, nunca le descubrí haciendo nada malo. Tenía que idear una nueva estrategia.

Mi padre, para variar, me fue de gran ayuda. Se quedaba con Chloe mientras yo jugaba a los detectives, intentando resolver el caso de quién se acostaba con mi marido.

Esperaba a que saliera de su oficina inmobiliaria. Sabía que no iba por allí tanto como antes, pero aun así tenía que mantener las apariencias. Además, hay una recepcionista que trabaja en su oficina a la que consideraba la principal sospechosa de estar con Owen.

Alexandria no sé qué. Una mujer rubia y pechugona que pareció demasiado amable con Owen en la última fiesta de Navidad. Los pillé hablando en privado en uno de los despachos aquella noche. Había algo en sus ojos embriagados que me dijo que había interrumpido una conversación que no querían que oyera.

Emma ha sido una sorpresa total.

La observo ahora mientras camina por la calle. Owen corre hacia su coche. Pasa justo por delante de mí y baja la ventanilla

para coquetear un poco más con Emma. Escucho su conversación con asombro.

¿Cómo puede no verme? Estoy tan cerca.

En su ensimismamiento, ella incluso llega a tropezar conmigo. Me mira directamente a los ojos y se disculpa varias veces. Sin embargo, ninguno de sus comentarios de arrepentimiento es por tirarse a mi marido.

—Hoy tengo la cabeza en las nubes, lo siento —me dice, con una amplia sonrisa en el rostro. Nunca me he peleado en mi vida, pero en ese momento, le habría propinado un puñetazo con mucho gusto en su cara perfecta.

Sus ojos azules me miran y me dedica una leve sonrisa antes de seguir calle abajo.

¿Y ahora qué?

Ya no están juntos. Owen se ha ido. ¿Qué hago conmigo misma? Una parte de mí quiere enfrentarme a ella ahora.

Me ha mirado fijamente al tropezar conmigo. A diferencia de Owen, ella me ha visto. No me ha reconocido.

Me había preguntado si esta jovencita sabía quién era yo. ¿Le habría hablado Owen de mí? ¿De Chloe? ¿Le habría dicho que ya tiene una familia?

Ni siquiera sé por qué me molesto en volver a la cafetería. ¿Por qué me torturo así?

Observo a Emma mientras avanza por la calle. Mis pies empiezan a moverse en su dirección. No sé por qué. Es como si mi cuerpo actuara por su cuenta. Me pregunto qué haría si la alcanzara. Imagino dos escenas en mi cabeza. Una soy yo dándole una paliza implacable a la rubia. Fantaseo con arruinarle esa cara, dejándola irreconocible para Owen. Veamos si se queda con ella cuando sea permanentemente fea.

El segundo desenlace es menos satisfactorio, pero aun así me parecería muy correcto.

Decírselo. Encontré una foto antigua del día de nuestra boda y la guardé en el móvil. Cuando no me hierve la sangre, me imagino enseñándole una foto de nuestra boda para ver su reacción.

En mi cabeza, ella se encoge de hombros y dice: «Me da igual, es mío», y se aleja. Cuando lo hace, vuelvo a darle una paliza brutal en mi imaginación.

Emma deja de caminar por un momento y se detiene cerca de una parada de autobús. Me enfurece aún más cuando me doy cuenta de por qué. En el banco de la parada hay un gran anuncio que promociona los servicios inmobiliarios de Owen. Su estúpida y enorme cara le está sonriendo. Me estremezco al leer el eslogan publicitario elegido para la ocasión.

«Su vida de ensueño empieza conmigo», dice. La sonrisa de Owen y su postura de confianza lo hacen aún peor. Si fuera una adolescente, compraría pintura en espray y dibujaría el símbolo fálico más grande posible junto a su cabeza.

Me río para mis adentros ante la idea, pero vuelvo a la realidad cuando Emma empieza a caminar de nuevo. Cruza la calle y se mete en un callejón.

Espero a que me lleve ventaja antes de cruzar. Me tomo un momento para mirar hacia el oscuro callejón. A pesar de ser de día, los dos grandes edificios a cada lado bloquean la luz solar. Distingo a otros en el callejón además de a Emma. Una mujer que empuja con torpeza un carrito de la compra pasa a su lado. Un hombre alto camina como un zombi hacia ella. Ella lo esquiva sin aminorar el paso.

Tomo la decisión de no seguirla, sino que rodeo rápidamente el edificio al trote. No necesito ir por ahí. De todos modos, sé cuál es su destino. Solo tengo que alcanzarla antes de que llegue a su edificio.

Me pregunto cómo una mujer tan joven puede pasar junto a gente tan intimidante en el callejón sin preocuparse por su integridad. La única razón por la que yo me siento más segura es porque llevo un arma encima. Por suerte para Owen y Emma, no es una pistola. Aunque un cuchillo grande seguro que hace daño. No tengo intención de usarlo hoy. Es solo protección por ahora.

Casi me falta el aliento cuando llego al otro lado de la manzana. Veo a Emma cruzando la calle hacia su edificio. Trotando,

la alcanzo. Observo cómo se queda fuera de la puerta, rebuscando en su bolso la llave.

Estoy a solo unos pasos. Por un momento, pienso en el cuchillo de mi bolso. ¿Y si lo utilizara durante mi enfrentamiento?

Ella no sabe quién soy. Emma no parece intimidada por caminar sola por el centro. Pero debería estarlo. Podría enseñarle el cuchillo. Asustarla. No creo que lo use de verdad. Solo quiero darle un susto.

Saca las llaves del bolso e introduce una en la cerradura. Mis labios se entreabren y no tengo ni idea de qué haré a continuación mientras me acerco. Gritarle. Explicarle con calma que se está tirando a mi marido, o el plan C.

El cuchillo.

Todas parecen acciones satisfactorias.

En lugar de eso, no hago nada.

Observo cómo Emma entra y cierra la puerta tras de sí. Me cubro la cabeza con frustración.

¿Qué iba a hacer siquiera si captaba su atención? Desde que descubrí lo que mi marido ha estado haciendo a mis espaldas, siento que me estoy volviendo loca.

Siento tanta rabia, tanta furia, tanta tristeza... No puedo decidir con qué emoción quedarme.

A veces, solo estoy enfadada con Owen. Al fin y al cabo, él es quien está rompiendo un voto sagrado que hizo conmigo. Él es quien está actuando mal.

Ella no es más que una rompehogares.

Hoy me he dado cuenta de que quizá ella ni siquiera sepa de mi existencia. Me ha mirado sin asomo de reconocimiento.

Pero luego pienso en Owen y ella besándose. Pienso en ellos abrazándose. Pienso en lo que hacen a puerta cerrada, donde no puedo verlos.

Camino hasta la puerta del apartamento. Considero llamar a su telefonillo. Sin embargo, no hay forma de saber quién vive en cada piso. A pesar de ello, sé por las veces anteriores que los he vigilado que vive en la planta baja.

Considero aporrear su ventana hasta que asome su carita bonita para verme. Abrirá la puerta principal y, cuando lo haga, la abriré de una patada como si fuera parte de un equipo SWAT.

Pero no podría arrestarla. Lo único que lograría sería gritarle descontroladamente a la cara o vociferar cómo me ha arruinado la vida.

¡Zorra! ¡Puta! ¡Rompehogares!

¿Por qué nos ha hecho esto Owen? ¿Cómo ha podido hacerme esto a mí?

Siento que mi corazón está roto en mil pedazos minúsculos y que la desconocida llamada Emma pisoteará lo que queda de él.

¿Por qué, Owen? ¿Tan mal estábamos para que tuvieras que hacerme esto? ¿Qué he hecho para merecer esto?

Bajo los escalones del apartamento y me siento en el bordillo.

—Perdone —dice un hombre, pasando a mi lado arrastrando los pies. Es el mismo que vi en el callejón cuando seguía a Emma. Al principio doy un salto, soltando un chillido, hasta que me doy cuenta de que solo está pasando de largo.

El hombre desaliñado parece sorprendido por mi reacción mientras se aleja tambaleándose. En ese momento, sospecho que podría blandirme un cuchillo. No debería haber gritado. Quizá tenía uno y se lo ha pensado mejor antes de usarlo conmigo. Ojalá tuviera un arma propia.

Acaba conmigo. No me queda nada. Llévate mi dinero. Llévate mi vida. Me cubro la cara, sin ganas de vivir.

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Por qué?

¿Y qué pasará después de que me enfrente a él?

Me dejará, por supuesto. Ya tiene a su siguiente mujer esperando en el banquillo. Una mujer preciosa, además. Más joven que yo. Más guapa de lo que yo fui nunca.

Le di a Owen los mejores años de mi vida. Le di un hijo. Arruiné mi cuerpo para tener a Chloe. Y ahora él pasa a la siguiente cosita guapa que le sonríe. Pasa a una versión mejorada.

¿Y yo qué saco de esto?

Me toca ser madre soltera. No hay duda de que nos dejará a Chloe y a mí atrás mientras sigue adelante con Emma. Será el estereotipo de hombre divorciado que se vuelve a casar con alguien más joven. Tendrá otra familia, una con la que de verdad pase tiempo.

Yo estaré condenada a la soltería y a dedicar el poco tiempo que me quede fuera del trabajo a cuidar de mi hija pequeña. Todo mientras Owen disfruta de su nueva vida.

¡No es justo! ¡No está bien! Hago todo lo que puedo, pero no logro contener las lágrimas que corren por mis mejillas mientras estoy sentada fuera del edificio de apartamentos de la novia de mi marido.

—¿Estás bien?

La voz suave de una mujer me hace girar la cabeza. Emma me mira fijamente, con sus ojos azul claro clavados en los míos.

CAPÍTULO 6

Emma

Sin saber muy bien qué hacer con lo que me queda de día, decido llamar a Julie. Tengo una llamada perdida suya de cuando estaba fuera con Owen. Me ha enviado un mensaje preguntándome cuándo me vendría bien visitarla en la ciudad y conocer a mi hombre misterioso, como ella lo llama.

Estoy a punto de llamarla cuando un chillido de mujer me sobresalta. Me levanto rápidamente del sofá y miro por la ventana. Una mujer vestida con ropa oscura está sentada en el bordillo, cubriéndose la cara. Cerca de ella camina un hombre al que reconozco como uno de los indigentes de la zona. Lo he visto por aquí y es totalmente inofensivo.

Aun así, algo debe de ir mal, aunque ya me han engañado en el pasado. En esta zona de la ciudad, nunca se es demasiado precavida. Son lecciones aprendidas por las malas. Rebusco en mi bolso, saco mi navaja y me la meto en el bolsillo.

Salgo por la puerta principal. La mujer sigue sentada en la misma posición en la que la he visto por la ventana. Me acerco a ella con cautela.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto. Cuando se vuelve hacia mí, su rostro está lleno de tristeza. Se limpia la mejilla y aparta la vista rápidamente—. ¿Necesita una ambulancia o algo? ¿Algún tipo de ayuda?

Ella permanece sentada en el bordillo, de espaldas a mí, y empiezo a arrepentirme de mi decisión de salir. Eso es lo que gano por pensar que puedo ayudar por una vez.

—Estoy… —hace una larga pausa— teniendo un mal día. —Se vuelve de nuevo hacia mí, y se baja las gafas de sol que llevaba en la cabeza hasta la nariz. Esta vez me doy cuenta de que la conozco, más o menos. Las gafas oscuras me lo recuerdan.

Es la mujer con la que choqué a la salida de la cafetería.

Por un momento, me pregunto si me habrá seguido hasta mi casa, pero desecho la idea. ¿Estaba disgustada porque choqué con ella? Le pedí disculpas efusivamente, pero lo único que hizo fue quedarse mirándome embobada como si yo fuera un fantasma.

Pensé que tal vez podría estar drogada. No es exactamente algo improbable, dada esta zona de la ciudad. Sin embargo, al verla tan afectada emocionalmente, no puedo evitar preguntarme cuál será su historia.

—La conozco —digo. Ella me mira con el ceño fruncido—. Choqué con usted antes en la acera. —Mi paranoia no puede evitar pensar en lo más extremo: que esta extraña mujer me ha seguido hasta mi casa—. ¿Es por eso por lo que está teniendo un mal día? —pregunto.

Se detiene un momento y niega con la cabeza. —No. —Se aclara la garganta—. Mi madre falleció hace años. Solíamos vivir por esta zona. Supongo que quería pasear un poco y recordar.

Suelto un suspiro, sintiéndome fatal por haberle hecho semejante pregunta. No me extraña que pareciera tan ida cuando choqué con ella.

Mi madre murió hace más de una década. Pienso en ella todos los días, sobre todo en el Día de la Madre, en las fiestas o en los momentos especiales.

Casi me entran ganas de hablarle a la mujer de nuestra coincidencia, pero me muerdo la lengua. No quiero ser esa clase de persona que intenta superar con la suya propia la pena ajena, especialmente cuando está tan sensible.

A mi madre me la arrebataron. La suya probablemente murió de cáncer o en algún tipo de accidente. La muerte de mi madre no fue ningún accidente.

De repente, me entran ganas de sentarme en el bordillo y ponerme a llorar a moco tendido con ella.

—Siento mucho lo de su madre —le digo.

Me mira a través de sus gafas de sol de montura oscura. A pesar de lo oscuras que son, puedo ver el contorno de sus ojos.

—Gracias —dice ella.

No soy precisamente una persona muy sociable. Soy más bien de las de quedarse en casa viendo Netflix. No sé si es porque esta desconocida me ha tocado la fibra sensible con nuestra pérdida materna compartida o porque está muy afectada, pero no puedo evitarlo.

—Bueno, yo vivo en este apartamento —digo, señalando con la cabeza hacia atrás—. Si quiere, puede pasar a tomar un té o algo. ¿Un café?

Me vuelve a mirar embobada e inmediatamente me arrepiento de habérselo pedido. Ya sé que la respuesta es no. ¿Por qué iba una desconocida entre lágrimas a querer entrar en la casa de otra desconocida?

Ni siquiera sé por qué se lo he preguntado, para empezar.

—No importa —digo, contestando como si la respuesta fuera negativa—. Parecía alguien que necesitaba hablar con alguien y, bueno, a mí me vendría bien buena compañía. Soy un poco nueva en la ciudad.

Ella esboza una leve sonrisa. —Es muy amable por su parte. Tal vez en otro momento.

Yo le devuelvo la sonrisa. —Soy Emma. —Le tiendo la mano.

En lugar de estrechármela o de decir nada, aparta la vista y se levanta lentamente del bordillo, sacudiéndose algo de suciedad de los leggings. Mete la mano en el bolso y revuelve en su interior.

—Soy Karen —dice, todavía hurgando dentro del bolso. Me mira un momento y respira hondo—. Le agradezco que se haya preocupado por mí, pero tengo que irme. —Saca la mano y la deja a su costado.

Sin decir ni una palabra más, se da la vuelta y se marcha calle abajo. No puedo evitar observar cómo se aleja la mujer llamada Karen. Puedo oírla mascullar algo entre dientes mientras sacude la cabeza para sus adentros.

CAPÍTULO 7

Karen

No puedo creer lo que acaba de pasar. Durante todo el camino de vuelta al coche, no he dejado de dar vueltas a mi encuentro con la amante de mi marido.

No consigo quitármelo de la cabeza. En cuanto llegue a casa, escribiré sobre ello en mi diario. Owen me regaló uno muy bonito, encuadernado en cuero, el año pasado por mi cumpleaños. Hasta lleva mi nombre grabado. A pesar del detalle, suelo usarlo solo para quejarme de él. Y ahora, para quejarme de su amante perfecta.

Emma. Puaj.

Es tan simpática… Una desconocida está llorando frente a su casa en un barrio de mala muerte. ¿Y ella sale a ver cómo estoy?

Cuando la observaba desde lejos, era fácil ver que era una mujer hermosa. De cerca es distinto. He captado qué clase de persona es de inmediato.

Amable. Atenta. Compasiva. Bella. Preciosa.

Básicamente, todo lo que yo no soy. No puedo evitar compararme con ella, sobre todo porque compartimos al mismo hombre.

Llevo un rato sentada en el coche, reviviéndolo todo mentalmente. Pienso en Owen y cierro el puño con fuerza. Golpeo el volante y el patético claxon de mi Honda Civic suelta un chillido.

No me extraña que la eligiera a ella en mi lugar. ¿Qué posibilidades tengo de retener a mi marido con una competencia así?

Cuando empezó a hablarme en el bordillo de la acera, me dieron ganas de contárselo todo en ese mismo instante. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en su presencia, más la odiaba.

Casi monto una escena. Por mi mente han pasado distintos escenarios: desde yo gritando «le has robado el marido a otra» hasta llorar todavía más y, entre sollozo y sollozo, decirle la verdad.

Una cosa es segura: ella no sabe nada de mí. Sospecho, dada esa aura de integridad que desprende, que probablemente tampoco sepa que Owen está casado.

¿Cuánto le habrá contado Owen de la verdad? ¿Creerá que está separado? ¿Divorciado? ¿Sabrá lo de Chloe?

Necesito saberlo.

Si fuera una persona más fuerte, habría aceptado su invitación a tomar un té. Podría haber aprendido muchísimo sobre con quién se acuesta mi marido.

Me asalta una imagen de los dos en actitud íntima. Puedo imaginarlos besándose. A él acariciando su cuerpo firme. Me entran náuseas solo de pensarlo.

Casi desearía que no hubiera sido a ella a quien eligiera Owen. ¿Por qué no pudo ser aquella recepcionista de su oficina? Era mucho menos guapa, mayor. Y para colmo tenía un carácter de perros. Creo que la expresión adecuada es «cara de pocos amigos».

Pues no, Owen tenía que acostarse con Emma. Repaso nuestra interacción una vez más: ella intentando consolar a una extraña en la calle a la que se le ha muerto la madre.

Eso no es mentira del todo. Mi madre murió hace más de cinco años de cáncer de mama. Me siento fatal por usarla en mi mentira, pero fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Mi madre no vivía ni de lejos cerca del barrio de Emma.

Considero la posibilidad de volver al apartamento de Emma y llamar a su puerta. Podría enseñarle la foto de Owen y mía. Revelarle la verdad.

Me asalta un pensamiento terrible. ¿Y si encuentra la forma de perdonar a Owen? ¿Y si se quedan juntos? No puedo soportar la idea.

Owen seguirá adelante con la mujer perfecta, mientras yo me quedo sola. Él pasará página, más feliz que nunca, mientras yo estaré rota para siempre.

Hago lo posible por sacudirme estos pensamientos. Nunca en mi vida me he sentido tan hundida. Veo el puente Ambassador a lo lejos e imagino lanzar mi coche desde él hacia las turbulentas aguas de abajo.

Entonces Owen tendría todo lo que siempre ha querido. Una esposa menos, una novia nueva. Una vida totalmente nueva.

Vuelvo a apretar el puño, pero como todavía me duele la mano del último golpe al volante, la abro con calma. —Dame una señal —me digo a mí misma—. Por favor. Ya no sé qué hacer. No sé cómo arreglar mi vida. Dame una señal.

Espero unos instantes y miro a mi alrededor. Por supuesto, no aparece ninguna señal real. Ojalá pudiera ocurrir mágicamente. Algo que me dijera qué hacer. Mientras me alejo con el coche, lo único que veo es el anuncio de Owen en el banco de una parada del autobús, burlándose de mí mientras me voy.

CAPÍTULO 8

Owen

Justo cuando la vida es perfecta, mi pasado me acecha por la espalda. Las llamadas continúan. Antes era una vez al día; ahora son varias. Llamadas. Mensajes. No importa lo que diga o haga, no van a parar.

Esto pone en peligro todo lo que tengo. Es como si un yunque colgara sobre mi cabeza y, en cualquier momento, pudiera caer.

Pienso en Emma y se me encoge el corazón. Nunca me he sentido tan bien. Emma me hace sentir como el hombre que siempre quise ser. Pero todo podría esfumarse si no hago algo.

Con el aumento de las llamadas, sé que me dirijo hacia un final que no será bueno. Y eso es quedarse corto. Una bomba nuclear estallará en mi mundo si no gestiono esto correctamente.

Respiro hondo mientras conduzco por la autopista. No es justo. Niego con la cabeza y golpeo el volante con el puño. Tuerzo el gesto, incapaz de ocultar la rabia que llevo dentro.

No es justo que esto me esté pasando ahora.

No voy de camino al trabajo. Eso ha sido una mentira. Después de hablar por teléfono, ha quedado claro que no podía quedarme allí. Tenía que marcharme, o de lo contrario las cosas empeorarían.

Lo último que quiero es arrastrar a Emma al lío en el que me he metido. Pensar en lo que hará Karen si se entera de lo de Emma es suficiente para volverme loco, pero ¿y si descubre todo lo que he hecho?

Estoy listo para pasar página con Karen. Que mi pasado saliera a la luz haría que el divorcio fuera mucho más complicado. Me machacarían en los tribunales.

Supongo que me preocupa más Emma. ¿Qué pasará si descubre que no soy el hombre que ella cree?

¿Por qué tuve que mentir para empezar? Podría haberle contado cualquier otra mentira que tuviera más sentido. En su lugar, le solté lo de una compañera de piso insoportable. Supongo que Karen bien podría serlo.

Debería haber dicho que estaba separado. Debería haber mencionado que tenía una hija. En aquel momento, no pude. Solo quería una oportunidad de hablar con Emma. Conocerla. No podía ser sincero. Si lo hubiera sido, ella podría haber perdido el interés.

Como si mi vida no pudiera ir a peor, el móvil me vibra en el bolsillo. Cuando lo saco y miro la pantalla, veo que es otra vez un número desconocido. Lanzo un grito y golpeo el volante.

No puedo ignorar esto. Respondo al teléfono de nuevo. —¡Sí! —grito—. ¿Qué quieres ahora?

—Esa no es forma de hablarme, Owen.

Ya me hierve la sangre. No puedo evitarlo. —Déjame en paz de una vez. He terminado con esto. Tienes que dejar de llamarme. ¡Déjame en paz!

Corto la llamada inmediatamente antes de que tengan oportunidad de responder.

El teléfono vibra con otra llamada en cuanto bajo el móvil. Siento que la mano me tiembla de rabia.

No debería, pero vuelvo a contestar. —¡He dicho que me dejes en paz! —Estoy a punto de soltar todos los improperios que se me ocurren cuando escucho su dulce voz.

—¿Qué pasa? —pregunta Emma—. ¿Por qué estás enfadado conmigo?

Respiro hondo y aminoro la marcha en la autopista. Me da vueltas la cabeza. —Lo siento, Emma. Pensaba que eras alguien del trabajo.

—¿Qué está pasando, Owen? —pregunta Emma. Noto la confusión en su voz—. Te has portado de forma muy rara con las

llamadas en la cafetería y ahora estás gritando por el móvil. Puedes decírmelo. He llamado para ver cómo estabas porque parecías muy ido. Estaba inquieta. Ahora he pasado a estar profundamente preocupada.

Inspiro profundamente una vez más. Un coche detrás de mí toca el claxon varias veces. Me doy cuenta de que estoy en el carril rápido y voy veinte por debajo del límite. —Espera un segundo —le digo, bajando el móvil. Me detengo en el arcén y pongo las luces de emergencia.

Me cubro la cara, intentando mantener la compostura. Cuando me siento preparado, vuelvo a coger el móvil. —Oye —digo con voz suave, esperando tranquilizarla y que crea que todo va bien, a pesar de que es todo lo contrario.

—Estoy preocupada —repite ella, sin dejarme escapar—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondo, pero es obvio que no se traga la mentira —. Vale, tengo unos problemas en el trabajo con un compañero. La cosa se está caldeando un poco. Me está llamando, amenazando con ir a la dirección. Es una larga historia y no vale la pena entrar en detalles. Créeme. Todo va a salir bien. Se solucionará pronto. Vamos a involucrar a la directiva y lo hablaremos. Estoy bien. —Hay una larga pausa—. Estaré bien. No te preocupes. Es solo que odio la tensión en el lugar de trabajo. Suelo evitar los dramas.

—Está bien —dice ella—. Solo quiero que sepas que estoy aquí si necesitas hablar.

Me río. —Bueno, eres la novia perfecta, así que lo sé. Gracias por llamar —digo—. Hace unos momentos estaba lleno de rabia, pero solo hablar con Emma unos minutos me ha ayudado a no perder los estribos—. Sabes perfectamente cómo hacerme sentir mejor.

Ella vuelve a reír. —Si no he hecho nada.

—Claro que sí. Eres simplemente tú. Perfecta.

Ella suspira. —Bueno, supongo que eso significa que tienes que conocerme mejor. Estoy lejos de serlo.

—Tendrás que contarme más sobre eso cuando vaya a verte.

Ella ríe otra vez. —Espero que soluciones pronto ese asunto del trabajo. Se nota que te está estresando. ¡Y también espero que te des prisa en venir!

Sonrío. —En cuanto me sea humanamente posible, estaré en tu puerta, te lo prometo. Hasta ahora.

—Hasta ahora —responde ella.

—Te quiero. —Las palabras se me escapan inocentemente. No era mi intención decirlas. Es todo lo que quería decirle, pero me lo había guardado, temeroso de que mis sentimientos estuvieran avanzando demasiado rápido.

Sin embargo, ella no me lo devuelve. En su lugar, no oigo nada. La llamada ha terminado.

¿Me habrá oído siquiera? Una parte de mí desea que no fuera así. No quiero que la primera vez que diga «te quiero» sea por accidente al colgar el teléfono.

El móvil me vibra una vez. Un mensaje. Es Emma. Me tiene que haber oído. Miro la pantalla y mi sonrisa se desvanece al instante.

No es Emma.

Leo las palabras y la rabia regresa a mí rápidamente.

—No hay vuelta atrás después de lo que hicimos juntos.

CAPÍTULO 9

Karen

Los tres estamos sentados a la mesa para cenar. Chloe empuja las verduras de un lado a otro del plato, picoteando el espárrago de vez en cuando. ¿Por qué le costará tanto comer? Sé que los padres no soportan pelearse con sus hijos por la comida, pero, según el médico, está por debajo de su peso. Ya le he recordado varias veces hoy que intente terminarse la comida.

Owen está haciendo lo mismo. Jugueteando con su cena. Casi le exijo que se coma su comida también, como le he dicho a Chloe.

Solo yo sé la razón por la que Owen no está comiendo. No es difícil de adivinar. Tiene otros planes para esta noche.

Todavía lleva puesto el traje. Normalmente, cuando acaba el día, se pone ropa cómoda para la tarde. Incluso cuando tiene casas en cartera y a veces tiene que salir de repente para reunirse con posibles compradores, suele llevar su ropa holgada por casa.

La comodidad ante todo. Pero no esta noche.

¿Cenará con su novia esta noche? ¿Se irán directamente al dormitorio? Al verlos, pude sentir su química. Es palpable.

Lo odio. Owen y yo nunca tuvimos esa química. Habiendo hablado ya con la propia Emma, puedo entender por qué está tan encandilado con ella.

Chloe empuja un trozo de brócoli en su plato con el tenedor y este cae sobre la mesa.

—¡Chloe! —digo, perdiendo los estribos—. ¡Cómetelo! No juegues con la comida.

Chloe pone cara de resistencia.

—Mamá, ¡odio el brócoli! Ya lo sabes.

—¡Cómetelo y punto! —grito. Chloe me mira, sorprendida, y Owen también.

Me cubro la cara, intentando reprimir las lágrimas. ¿Cómo puedo sentarme aquí y fingir que no sé lo que trama mi marido? ¿Por qué le resulta tan fácil romperme el corazón continuamente? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Es un monstruo.

—Haz lo que dice mamá, calabacita —le dice Owen a Chloe.

—¡Papá! —dice Chloe con ese tono de niña pequeña que puede volverme loca.

—Cómete tres trozos de brócoli y te libras —dice él.

—¡Uno! —responde ella gritando.

Owen se ríe.

—No voy a negociar con una niña de cuatro años. —Puedo sentir su mirada clavada en mí. Me descubro la cara y veo su expresión de preocupación. Si él tan solo pudiera leerme la mente, sabría que es por su culpa.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta.

—Bien —digo, sintiendo que una lágrima asoma a mis ojos. Rápidamente uso una servilleta para cubrirme la cara y limpiarla.

—He ido a casa del abuelo —dice Chloe, con total naturalidad —. Ha jugado a las muñecas conmigo.

—¡Ah, sí! —dice Owen con voz juguetona—. El abuelo es muy divertido.

Chloe se ríe.

—Sí, lo es. Hemos hecho una fiesta de muñecas y ha puesto música.

Una sola carcajada se escapa de mis labios. Chloe y Owen me miran por un momento, pero cuando sigo comiendo, los dos continúan su conversación sobre la fiesta de las muñecas en casa del abuelo.

Mi padre es realmente un hombre nuevo. Tenía un temperamento más que difícil. Nunca me pegó y, que yo sepa,

tampoco le pegaba a mamá. Pero cualquier otro tipo de abuso estaba a su disposición y no tenía miedo de usarlo.

Me insultaba con todo lo que aparece en el diccionario. A mamá también. No sé cómo lo aguantaba ella. Rompía cosas por la casa cuando su mal genio llegaba al punto de ebullición. Unas cuantas veces hizo varios agujeros en las paredes. A los pocos días los arreglaba, como si nada hubiera pasado.

Pero yo nunca lo olvidé.

Ahora juega a las muñecas con Chloe y monta una fiesta con ellas.

Me resulta tan extraño. Ojalá me hubiera tratado aunque fuera una fracción de lo bien que trata a mi hija. Me pregunto si yo habría resultado ser una mejor persona si lo hubiera hecho.

Después de que mi madre falleciera, mi padre quedó destrozado.

La parte cínica de mí pensó que no sabría cuidarse solo y que dependería de mí para que lo hiciera. Sin embargo, ese no fue el caso. Pensé que estaría aún más enfadado por haberse quedado viudo, pero tampoco fue así.

Una vez tuve que preguntarle qué había cambiado. Estaba asombrada y un poco celosa de su cambio de carácter. Sé que tengo su rabia, su ira. ¿Cómo pudo dar un giro tan radical a su vida?

El control de la ira fue la respuesta.

Me quedé atónita cuando me lo dijo. Tuvo que morir mi madre para que se diera cuenta de que necesitaba ayuda. También me dijo que tener a Chloe le ayuda a recordar por qué no debe volver a ser el de antes. Le encanta ser abuelo. Mi madre nunca pudo experimentar eso.

Hace cinco años que murió. Mi padre pasó de ser un monstruo a ser el tipo de figura paterna que siempre deseé que fuera.

Owen se aclara la garganta y se limpia la boca con una servilleta.

—De verdad, debería irme —dice—. He concertado unas cuantas visitas para la propiedad del centro. —Se mira el reloj y me sonríe—. Es la segunda visita de hoy. Crucemos los dedos para que

se venda. La mujer tiene muchas ganas, pero el marido se muestra reacio por lo vieja que es.

—Ah, ¿sí? —digo con frialdad. Ahora mismo estoy asombrada de mi marido. ¿Cómo le resulta tan fácil mentir? Sé que nada de eso es cierto. —Crucemos los dedos —repito con una sonrisa forzada.

Owen se levanta de la mesa y lleva su plato a la cocina. Regresa y me pasa los brazos por los hombros para besarme en la mejilla.

—Nos vemos luego.

Me cuesta todo mi autocontrol emocional no derrumbarme y llorar. Sus labios están suaves cuando tocan mi piel, e imagino esa misma boca besando a su amante esta noche.

—Buenas noches, cabeza de brócoli —dice Owen, revolviendo con la mano el largo cabello de Chloe.

—¡Papá! —grita Chloe—. Mira, me he comido tres brócolis. ¿Ya he terminado?

Owen está a punto de responder cuando lo interrumpo.

—¡Come! —exijo—. ¡Todo lo que hay en tu plato! ¡Ahora!

Owen me mira, confundido. Chloe se resiste y mira a su padre. Golpeo la mesa con la mano, haciendo que dé un salto.

—¡Cómete lo que te he dicho!

Los grandes ojos de Chloe se encuentran con los míos, y puedo saber lo que se está preguntando: «¿Qué le pasa a mamá?».

Le pasan muchas cosas. Si supieras lo que he estado pensando. Si supieras lo que quiero hacer esta noche.

Owen me mira a mí y luego a Chloe.

—Haz lo que dice tu madre. —Se vuelve hacia mí, con esa mirada de preocupación todavía presente en su rostro.

—Espero que cierres el trato —digo, con una fina sonrisa en la cara. Ojalá pudiera leerme la mente ahora mismo. Está llena de una rabia asesina y todo se dirige hacia él.

Lo veo marcharse. Chloe tararea alguna canción mientras come lentamente de su plato. Se detiene cuando ve que la miro.

—Mami, ¿por qué lloras? —pregunta inocentemente.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me caían lágrimas por la cara. Me las limpio rápidamente.

—No me pasa nada.

—¿Te has dado un golpe en el ojo? —pregunta Chloe—. A mí me pasó y me hizo llorar.

Suelto una carcajada.

—No... Date prisa y termina tu comida. Vamos a volver a casa del abuelo.

—¡Yuju!

Cedo con Chloe y no se termina el plato. Juro que los niños saben cuándo no quieres lidiar con ellos.

No sé por qué, pero voy a hacerlo de nuevo. Necesito verlos juntos. No estoy segura de qué espero encontrar. Tal vez una parte de mí espera presenciar cómo Owen recupera el sentido común. Que rompa con ella y se quede conmigo. Que se dé cuenta de la importancia no solo de mí, sino también de nuestra familia.

Esa es la verdadera fantasía. No va a suceder. Emma es la versión mejorada de la esposa que él desea. Él lo sabe. Yo lo sé.

Mientras me cambio y me pongo un jersey oscuro y mallas, pienso en lo que quiero hacer esta noche. Tengo un plan. Uno travieso. Desde que se me ocurrió, no puedo evitar sonreír.

Antes de irnos, me siento ante mi escritorio en el despacho de casa. Ojalá nunca hubiera aceptado cuando Owen me dijo que debería tomarme un año sabático para pasar más tiempo con Chloe. Al principio me pareció una idea estupenda. Me gustaba mi trabajo desde casa, pero pensé que me vendría bien un descanso. Ahora, lo único que hago es regodearme en mi miseria todo el día mientras mi marido se tira a otras a mis espaldas.

Abro el cajón del escritorio y saco mi diario para leer algunas de las primeras entradas. Eran las que escribí cuando era feliz, cuando Owen era verdaderamente mío. Normalmente eran solo poemas que me sentía inspirada a escribir. Al pasar las páginas, mis palabras se vuelven más tristes y oscuras. Ya no hay poesía; solo palabras malsonantes y muchos signos de exclamación.

Después de enterarme de lo de Emma, las entradas de mi diario no se parecían en nada a las del principio. Leo algunas de las últimas para motivarme a seguir adelante con mi plan.

Meto a Chloe deprisa en la furgoneta y pienso en lo que voy a hacer. Si no tengo cuidado, podrían pillarme fácilmente.

Sería digno de verse. Tendría mucho que explicar.

Me preocupa si realmente quiero hacer esto. A medida que me acerco a la casa de mi padre, dudo de todo. Quizás debería convertir esta noche en una simple visita a papá.

Otra cosa sorprendente que digo. Cuando era adolescente, soñaba con formas de escapar de casa y liberarme de mi padre. Estaba deseando vivir fuera de su alcance.

Ahora que ha tenido su momento de revelación, de hecho, disfruto de su compañía. Nunca entendí cómo mi madre pudo enamorarse de un hombre como mi padre. Con su genio siempre al límite, no podía imaginarlo siendo romántico con ella, o encantador, o cualquier otra cosa que no fuera frustrante tenerlo cerca.

Pero tengo que admitir que cada vez disfruto más de su compañía. A veces jugamos juntos a viejos juegos de cartas como el cribbage o la solterona mientras Chloe juega con los juguetes que mi padre le ha comprado.

Solía pensar que nunca sería como mi padre. Que nunca tendría su genio. Imaginaba que sería más como mi madre con Chloe. Últimamente, sin embargo, he estado al límite, exactamente igual que papá lo estaba conmigo.

Odio en lo que me estoy convirtiendo y, sin embargo, no puedo parar. Sé que va a empeorar, especialmente si sigo adelante con lo que pretendo hacer.

Al entrar en el camino de entrada, papá abre la puerta principal y Chloe grita desde dentro de la furgoneta:

—¡Abuelo!

Una amplia sonrisa aparece en el rostro de mi padre.

—¡No os esperaba a las dos esta noche! —dice—. Chloe, ¿quieres un helado?

—Papá —digo, sacudiendo la cabeza—. Siempre la pones como una moto con los dulces.

—Bueno, eso es porque ella ya es un dulce —dice él. Se vuelve hacia su nieta y se arrodilla—. A ver, ¿chocolate o vainilla?

Ella sonríe.

—¡Chocolate!

—Lo sabía —dice él con una sonrisa, y las arrugas de su cara delatan su edad. Con esa expresión, nunca habrías sospechado que fue un padre terrible. Ahora es el estereotipo de abuelo feliz.

—¡Con fideos de colores! —añade Chloe.

—¡Por supuesto! —Mi padre se ríe y se vuelve hacia mí—. ¿Y qué quiere mi hija? ¿Chocolate o vainilla? —Su sonrisa es acogedora. Una parte de mí sabe que debería entrar en su casa y tomarme una bola o dos con él y Chloe. Ver *El precio justo* o cualquier programa que esté viendo esta noche. Ganarle al cribbage.

—Esperaba ir a hacer unos recados, papá.

Él asiente y mira a Chloe.

—Entra, pequeña. Saca el helado del congelador y los fideos de la despensa. Ya sabes cómo va esto. —Chloe se ríe mientras entra.

Contenta de que Chloe ya no esté a mi cargo, vuelvo caminando hacia mi furgoneta, preguntándome por dónde empezar con mi plan.

¿De verdad voy a hacer esto? ¿A la vista de todos? No haría falta mucho para que me pillaran. Llamarían a la policía. Mi vida se acabaría.

Pienso en Owen y Emma, abrazados. Todo el mundo a su alrededor es solo ruido cuando están juntos.

—Karen. —Me doy la vuelta y mi padre me sigue por el camino de entrada. Se acerca a mí, con la preocupación grabada en sus arrugas—. Tengo que preguntarte: ¿va todo bien en casa?

Por un momento, pienso en contárselo todo. Una parte de mí espera que, si lo hago, vea volver a su antiguo yo. Me vendría bien la versión furiosa de mi padre esta noche. Me sorprende que siquiera me lo haya preguntado.

—Solo estoy muy ocupada ahora mismo —le digo.

—Ya sabes que me encanta que venga Chloe —dice, aclarándose la garganta—. Lo sabes. También me encanta que vengas tú, pero últimamente ha sido mucho y normalmente sin ti. ¿Estás agotada o algo así? Sé por experiencia que criar hijos no es fácil.

No puedo mentir. No estoy hecha de esa pasta. No me sale tan fácil como a Owen. Pero en lugar de responderle, voy a la furgoneta y abro la puerta.

—Solo serán unas horas, papá. ¿Te va bien?

Se detiene un momento y se cruza de brazos. He visto esa mirada muchas veces antes, especialmente cuando era más joven. Normalmente, vendría seguida de gritos y palabrotas. Pero en lugar de la cara malvada que solía poner cuando se ponía así, está lleno de preocupación.

—Por supuesto —dice—. Disfruta de tu tiempo.

Agradezco que no me acose buscando respuestas. Agradezco muchas de las cosas que mi padre hace por mí últimamente. Especialmente cuando necesito usarlo para indagar más en lo que Owen está haciendo a mis espaldas.

Mientras me subo a la furgoneta y arranco el motor, papá entra en su casa y yo concentro mi mente en cómo llevar a cabo lo que quiero hacer.

Voy a disfrutar de mi tiempo esta noche.

CAPÍTULO 10

Emma

Todo mi cuerpo está satisfecho.

Owen se gira hacia mí en la cama y sonríe. Sé que está pensando lo mismo. Es algo en lo que no puedo dejar de pensar: lo sincronizados que estamos el uno con el otro.

Tener sexo con Owen es tan coordinado. Nuestros cuerpos simplemente saben qué hacer el uno con el otro para darnos el máximo placer. Sacamos lo mejor de nosotros mismos entre las sábanas.

Él sabe exactamente dónde besarme para conseguir el resultado deseado que ambos queremos. Estamos tumbados en la cama, completamente desnudos, nuestros cuerpos sudorosos por el trabajo cardiovascular que acabamos de terminar.

Y esta no ha sido nuestra primera ronda de ejercicio esta noche.

Cuando llegó a mi apartamento, no pude evitarlo. Lo necesitaba. Lo quería dentro de mí de inmediato. Es todo en lo que he pensado desde que salimos de la cafetería. Era como si fuera mi droga, y necesitaba consumirlo para pensar con claridad.

Después de eso, conseguimos cenar juntos. No soy una buena cocinera. Es algo de lo que fui muy clara desde el principio. Si él tenía alguna fantasía de que yo era una mujer de ensueño que cocina, limpia y lava los platos, estaba equivocado.

Soy más del tipo de chica que pide comida a domicilio. Platos de papel cuando me siento súper perezosa.

Después de varios vasos de vino y trozos de pizza, estábamos energizados para la segunda ronda esta noche. Por la mirada que Owen me está dando ahora, puedo decir que tampoco hemos terminado.

Rodeo su cuerpo con mi pierna y lo beso de nuevo. Mientras lo hago, puedo notar que se está excitando más. Intento deslizar mi cuerpo sobre el suyo, pero me empuja juguetonamente.

—No puedo —ríe—. Necesito respirar, Emma.

—Vaya, anda ya, vejestorio.

Pone una cara. —Siete años más mayor que tú. Lo haces sonar como si estuviera cometiendo un delito —suspira—. Ahora bien, ¿dónde están mis pantalones?

Niego con la cabeza. —No los necesitas —digo con una sonrisa tensa—. Solo estamos en un período de enfriamiento y luego volvemos al trabajo.

—¿Eso es lo que estamos haciendo? —sonríe—. Bueno, lo siento por arruinar el ambiente, pero necesito ir al baño.

Me besa antes de levantarse de la cama. Observo la vista de su cuerpo delgado mientras se estira frente a mí. Estoy esperando a que se vaya, pero en su lugar me mira fijamente.

—¿Qué? —pregunto nerviosa. Veo sus ojos en mi piel desnuda y no puedo evitar sentir la necesidad de arrastrarlo de vuelta a la cama. Tímidamente cojo una sábana y me la envuelvo.

—Cuando hablamos por teléfono antes, no escuchaste lo que te dije, ¿verdad? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

Sonríe. —Me preocupaba que lo hubieras escuchado. No quería decírtelo de esa manera.

Río, sin entender. —¿De qué estás hablando? ¿Me dijiste algo antes de que colgara el teléfono?

Asiente. —Bien. Prefería que no lo escucharas de esa manera.

Mis ojos se iluminan. —Bueno, ¿puedes decirme ahora si quieres? —digo, sin poder ocultar la sonrisa de colegiala en mi cara.

Se mete de nuevo entre las sábanas, su cuerpo sobre el mío, mientras me besa suavemente. Puedo sentirlo endurecerse entre mis

piernas mientras continúa nuestro beso y su lengua entra en mi boca.

—Primero, tengo que ir al baño —dice riendo.

Le golpeo el hombro. —Muy romántico.

Ríe mientras vuelve a levantarse. —No tienes ni idea —murmuro mientras lo veo salir de mi habitación completamente desnudo, sus nalgas inusualmente pequeñas balanceándose con cada paso.

Es algo que me parece tan adorable de él. Owen es muy guapo, delgado y ligeramente musculoso. Con su físico, fue sorprendente cuando descubrí que carecía de trasero.

No puedo creer lo rápido que mi vida cambió desde que lo conocí. Después del último incidente con mi último trabajo, estaba cerca de simplemente mudarme al pueblo y a la casa de mi hermana. Había intentado ser camarera de nuevo, pero mi jefe era un poco demasiado desagradable con sus exigencias y tono. Renuncié al instante.

Después de otro trabajo fracasado, estaba empezando a sentirme maldita. Sin importar lo que hiciera, tenía mala suerte quedándome en la ciudad.

Luego Owen entró en mi corazón, y toda mi vida cambió para mejor. Nunca he sentido que un hombre me prestara tanta atención como él lo ha hecho. Siento su amor solo pensando en él.

Ahora, mientras espero a que regrese al dormitorio, sé que mi vida volverá a cambiar. Una vez que pronuncie esas tres palabras, las cosas escalarán aún más rápido.

Te amo.

Puedo visualizarlo diciéndolo. Lo siento. Quiero decirle lo mismo. Pensar en lo feliz que soy en este momento me pone los ojos llorosos.

Nunca pensé que encontraría un amor como este. Nunca vi cómo era el amor. Estoy segura de que mis padres se amaban en algún momento. Odio la idea de que Julie fuera concebida una noche de bebida y malas decisiones, seguida por mí poco después.

Hasta donde puedo recordar, mis padres no se amaban el uno al otro. Bueno, eso no es del todo cierto. Mi madre estaba loca

por mi padre. Habría hecho cualquier cosa por él. No estoy segura de por qué se sentía tan fuertemente hacia él. Era un borracho. Un abusador.

Un infiel.

No estoy segura de con cuántas mujeres se acostó a espaldas de mi madre, pero sé de una. Mamá nos llevó a Julie y a mí, cuando éramos niñas, en un taxi y siguió a papá por toda la ciudad. Recuerdo lo sorprendida que estaba cuando vi a papá besando a una mujer desconocida en la calle.

Cuando miré a mamá, estaba más allá de sorprendida. Simplemente se veía rota. Medio esperaba que saliera del taxi y gritara y le gritara a papá y a la mujer joven. En su lugar, le pidió al conductor que la llevara a casa.

Todo el camino de vuelta, tenía la misma cara sin expresión. Julie intentó que mamá hablara. Estaba confundida.

—Mamá, ¿por qué papá besaba a esa mujer?

A pesar de ser un año mayor que yo, mi hermana era un poco lenta a esa edad. Era obvio incluso para una niña como yo.

Cuando llegamos a casa, se encerró en su dormitorio y no respondió cuando Julie llamó a la puerta.

—Mamá, ¿qué te pasa?

Finalmente, logré que Julie la dejara en paz, diciéndole que estaba molesta con papá.

—¿Por qué? —preguntó Julie, tan inocentemente.

No sabía cómo explicarlo a esa edad. Ni siquiera recuerdo lo que dije. Pero logré que Julie viniera conmigo a la sala de estar y mirara televisión. Es maravilloso cómo puedes escapar fácilmente de lo que está sucediendo a tu alrededor viendo una caricatura a esa edad. El mundo podría estar estallando a tu alrededor, pero si puedes ver *Power Rangers* mientras sucede, no está tan mal.

Eso fue hasta que papá llegó a casa. Mamá abrió la puerta del dormitorio cuando lo hizo. Tenía la misma cara sin expresión que tenía en el taxi, solo que esta vez, un gran cuchillo de cocina estaba agarrado en su mano. Se lanzó hacia papá, cortándolo profundamente en el brazo.

Julie gritó. Me levanté del sofá. Quería ayudar, pero no sabía a quién asistir.

Mamá logró apuñalarlo en el pecho antes de que papá la dominara. Estaba congelada, incapaz de moverme excepto para ver con terror cómo mis padres intentaban matarse el uno al otro.

Recuerdo vívidamente a mi madre gritando continuamente, «¡Te odio! ¡Te odio!» Papá gritaba de vuelta, intentando que se calmara.

Julie me diría más tarde que fue ella quien llamó a la policía. Cuando llegaron, arrestaron a ambos padres.

Un oficial nos llevó a casa de nuestros abuelos por parte de madre.

Sin importar cuántas veces intentamos obtener información sobre qué estaba pasando con mamá y papá, nuestros abuelos no nos lo dirían. Nos quedamos con ellos durante meses antes de saber qué estaba pasando.

Mamá estaba en la cárcel y no volvería pronto. Papá se fue. Nunca regresó.

Me parte el corazón pensarlo. Lo que sucedió cuando Julie y yo éramos niñas marcó el resto de mi vida. A veces, me pregunto cómo Julie puede estar tan bien y no estar loca. Vivió el mismo trauma que yo, sin embargo, logró tener una vida funcional. Casada con un médico, perdón, quiropráctico, tiene un hijo, vive en una casa hermosa.

Mientras tanto, yo no tenía nada. Nada, hasta Owen.

Me ama. Lo sé, y una vez que lo diga, yo también podré tener todo lo que Julie tiene. También me lo merezco.

Me merezco ser feliz.

Un sonido vibrante en la mesita de noche rompe mis pensamientos. La pantalla de su teléfono móvil se ilumina.

Es su trabajo de nuevo, muy probablemente. Me habló de los problemas que ha estado teniendo. De repente, vibra de nuevo, luego de nuevo.

Pienso en la cafetería y la cara que puso cuando su teléfono vibró. No soy una husmeadora. Confío en Owen. Al menos eso es lo

que me digo, incluso cuando alargo la mano para coger su teléfono móvil.

Me siento mal del estómago mientras leo los mensajes en la pantalla.

—¡Tú y yo no hemos terminado! ¡Necesito verte de nuevo!

CAPÍTULO 11

Karen

Vestida de negro, espero fuera del apartamento de Emma, asomándome de vez en cuando para ver qué están haciendo. Solo que ahora no puedo.

Llevan en el dormitorio desde hace una hora. ¡Una hora *entera*!

No recuerdo la última vez que Owen me abrazó durante más de unos pocos segundos. Mientras tanto, está ahí dentro pegándose un maratón con la preciosa de Emma.

Solo pensarlo me está volviendo loca. No sé por qué sigo con esto. ¿Por qué estoy dejando que este hombre arruine todo en mi vida?

Podría dejarlo en evidencia fácilmente. En lugar de eso, prefiero dejar que todo llegue primero a tales extremos.

Tengo un plan para esta noche y, cada vez que pienso en echarme atrás, miro por la ventana y recuerdo dónde está mi marido. No está en nuestra casa. No está con nuestra hija. No somos nosotros los que estamos en ese dormitorio.

Está con otra mujer. Una mujer mejor que yo.

Levanto la cabeza y miro por la ventana de la planta baja, observando el salón de Emma. La luz sigue encendida. La pizza a medio comer y los refrescos siguen sobre la mesa.

Pero Owen y Emma no están allí. Incluso cuando Owen y yo estábamos en nuestro mejor momento, nuestros encuentros íntimos solo duraban unos minutos.

Oigo un estruendo cerca de mí. Me giro y veo a un hombre desaliñado empujando un carrito de la compra. Lo reconozco: es el mismo que me ha asustado hace un rato. Se detiene al verme. Es obvio lo que estoy haciendo. Estoy justo al lado de la ventana, mirando hacia dentro. Este hombre me ha pillado.

Nuestras miradas se cruzan. Arquea una ceja antes de seguir calle abajo.

Suelto un suspiro y saco la mano del bolso. No me había dado cuenta de que mis dedos buscaban el cuchillo de cocina que me he traído. Me dije a mí misma que esta era una zona conflictiva y que lo necesitaba para protegerme, aunque una parte de mí piensa que esa no es del todo la verdad.

He pensado en usarlo. Cada vez que me he quedado mirando el apartamento de Emma y he visto la puerta del dormitorio cerrada, he pensado en entrar por la fuerza y usar el cuchillo con los dos.

Incluso en mis fantasías más oscuras, alguno de los dos, o ambos, acaban reduciéndome. En mi imaginación llega la policía, me arresta y se me lleva.

Me dejo resbalar por la pared del edificio, cubriéndome la cara. ¿Qué estoy haciendo?

De verdad que he perdido la cabeza. Quizá debería llamar a la policía yo misma. O conducir hasta el hospital más cercano e ingresarme por psicótica.

Entrar en su apartamento no era mi plan para esta noche. Comparado con lo que está tramando mi mente, mi objetivo de hoy es mucho más infantil, pero me sienta de maravilla.

Me pongo en pie y echo un último vistazo al apartamento, dándome ánimos para llevar a cabo lo que quería hacer. Al ver que la puerta sigue cerrada, encuentro la motivación necesaria para seguir adelante.

Me dirijo rápidamente a mi coche, que está aparcado a unas manzanas de allí. Cuando me subo, solo tengo que conducir unas pocas manzanas más hasta llegar adonde quiero.

—La vida de tus sueños empieza conmigo.

Leo el anuncio del banco de la parada del autobús con la cara de mi marido y mi expresión se amarga. ¿Es esto lo que tengo?

¿Una vida de ensueño?

He estado viviendo en el infierno desde que descubrí lo que ha estado haciendo a mis espaldas.

Nadie ve a Owen como lo veo yo. Solo ven lo que él quiere que vean. El agente inmobiliario guapo, esbelto y bien vestido que puede vender tu casa rápidamente. El mejor vendedor de Windsor Realtor Group. Miro el rostro atractivo de Owen, su sonrisa perfecta me devuelve la mirada, burlándose de mí.

Ya es hora de que la gente vea a Owen como es en realidad.

Meto la mano en el bolso y saco lo que he comprado en la tienda después de dejar a Chloe en casa de mi padre. Agito el bote de pintura en espray varias veces antes de empezar a profanar el anuncio de mi marido.

Nunca antes había intentado hacer un grafiti, pero debo decir que no es un mal trabajo. No es difícil pintar un pene. Me aseguro de que el que pinto junto a su cara sea enorme. Tan grande como las mentiras que me ha estado contando.

Sonrío mientras me tomo incluso el tiempo de dibujar una vena grande subiendo por el lateral. Me echo hacia atrás y me río, contemplando la vista de la punta del glande frente a la cara de Owen. Aunque creo que la próxima vez podría mejorar mi representación de los testículos.

Es infantil, lo sé, pero esto es lo que se me ha ocurrido para sentirme mejor, y está funcionando.

Owen es un capullo. Todo el mundo tiene que verlo por sí mismo.

CAPÍTULO 12

Owen

Me echo agua en la cara, sonriéndome en el espejo. Las cosas no podrían ir mejor.

Estoy emocionado y nervioso por volver al dormitorio. Sé que me estará esperando. Sé lo que voy a decirle. Son las palabras que he tenido en la punta de la lengua durante la última semana.

Siento un cosquilleo por dentro solo de pensar en cómo va a ir. Tengo treinta y pocos años y, sin embargo, me siento como un crío de instituto que se ha enamorado por primera vez. Después de vivir lo que tengo con Emma, me pregunto si de verdad llegué a experimentar el amor antes que con ella.

Podría habérselo dicho antes de salir del dormitorio, pero quiero prolongar el momento; además, me gusta chincharla. No quiero que esta felicidad que siento termine. Ojalá pudiera sentirme así todos los días.

Y podría.

Lo único que se interpone en mi camino es Karen. Si tan solo pudiera pedir un deseo y hacer que desapareciera, mi vida sería perfecta.

Aunque, si no fuera por Karen, nunca tendría a Chloe.

La idea de mi hija me está arruinando el momento especial que estoy a punto de vivir. ¿Por qué tiene que ser la vida tan complicada? ¿Por qué no conocí a alguien como Emma desde el principio? ¿Por qué me casé con una mujer como Karen?

Su genio va más allá de lo que yo consideraría normal. Las cosas más triviales pueden sacarla de quicio. Odia que no haga las

tareas domésticas a su gusto y, por lo general, vuelve a limpiar lo que yo ya he limpiado. Por las mañanas suele estar de mal humor y es de todo menos acogedora o positiva.

A veces hemos hablado de sus problemas de ira. Ella culpa a su padre de su temperamento. Y, sin embargo, su padre es un pedazo de pan. Ella me cuenta que él era distinto cuando su madre vivía. Yo no estaba presente por aquel entonces, así que nunca presencié cómo solía ser su padre.

Me echo más agua en la cara, intentando sacar de mi mente los pensamientos sobre mi mujer y mi hija. No puedo tenerlas ahí cuando vuelva al dormitorio. Con Emma.

Necesito estar presente con ella. No habrá vuelta atrás una vez que le diga que la quiero.

Las cosas no harán más que complicarse y, aun así, ya no me importa. Solo quiero ser feliz.

Me quedo mirando al espejo, con una sonrisa radiante devolviéndome la mirada. Sé que soy un hombre afortunado. Hay gente que jamás experimenta el tipo de amor que tengo con Emma.

Cuando abro la puerta del dormitorio, mi sonrisa flaquea al ver que Emma se está vistiendo. No me mira mientras se enfunda en sus vaqueros ajustados.

—Debería dormir un poco esta noche —dice. Por fin logra mirarme—. Mañana tengo que entregar unos currículums y quiero empezar temprano.

Me quedo boquiabierto. No es así como esperaba que fuera esto. —¿Tienes problemas de dinero? Yo puedo ayudarte.

—No, está bien —dice con firmeza.

Estoy a punto de cerrar la puerta tras de mí, pero la mano se me resbala en el pomo flojo. —Quizá pueda ayudarte mañana. Podemos ir a comer después. Quizá incluso podamos echar un vistazo a aquel apartamento del que te hablé. —Manipulo el pomo suelto—. Este sitio no es para ti.

Me mira inexpresiva, pero no dice una palabra. Pasa por mi lado con los labios apretados. Cuando vuelve a entrar al dormitorio, trae una caja de herramientas oxidada en la mano. La deja sobre la

cama y la abre. Tras un momento, encuentra un destornillador y se acerca a mí.

Se arrodilla a mi lado y aprieta el pomo, lanzando después el destornillador de vuelta a la caja.

—Este sitio me va perfectamente —dice.

No puedo evitar sonreír, pero su rostro estoico me preocupa. —¿Qué pasa?

—Nada —dice—. Solo que tengo que irme a la cama pronto.

Miro el pomo y la caja de herramientas. —Estoy impresionado. Una mujer mañosa. Hasta tienes tus propias herramientas.

Ella baja la cabeza. —Era la caja de herramientas de mi padre.

Entonces caigo en la cuenta. No me ha contado mucho sobre su padre y su madre, pero sé que ninguno de los dos forma parte de su vida. Lo que sí sé de su padre es que la abandonó hace mucho tiempo.

—No hablas mucho de tus padres —digo—. Sabes que puedes desahogarte conmigo. —Sonrío—. Quiero saberlo todo sobre ti, incluso las cosas tristes. —Le dedico una leve sonrisa.

Por un momento, nuestras miradas se encuentran y ella baja la vista. —La caja de herramientas es lo único que tengo de él. —Espero a que me cuente más, pero vuelve la cabeza hacia la caja—. Creo que deberías marcharte. Podemos vernos mañana.

Esto no está yendo para nada como pensaba. Se suponía que estaríamos sonriendo, riendo, haciendo el amor... cualquier cosa menos esto.

—¿He hecho algo mal? —pregunto.

Ella niega con la cabeza. —Sé lo que quieres decirme y no estoy segura de estar preparada.

Doy un paso atrás. ¿Cómo he podido malinterpretarla tanto? Pensaba que estaba loca por mí. Supongo que me equivoqué.

—Ya veo. —Alargo la mano hacia el pomo, impresionado de nuevo por lo rápido que lo ha arreglado. No estoy seguro de si yo sabría siquiera realizar tareas de mantenimiento tan pequeñas en casa.

—Espera —dice. Cuando me vuelvo hacia ella, una lágrima le recorre la cara—. No es fácil para mí enamorarme. Me han roto el corazón tantas veces... Quiero que lo nuestro sea diferente. Solo necesito saber que no me harás daño.

Doy un paso hacia ella. —Jamás lo haría, Emma. —Antes de que pueda decir una sola palabra más, ella estira el brazo y me entrega mi teléfono.

—Te has olvidado el móvil —dice. Lo cojo mientras ella se limpia las lágrimas—. A veces, cuando dices en voz alta lo que quieres, se arruina todo. Ese ha sido siempre mi problema. Buenas noches, Owen.

Capto la indirecta y salgo de la habitación. Sea lo que sea lo que le pasa a Emma, estoy seguro de que me lo explicará en algún momento. Lo que resulta evidente es que no se me quiere aquí.

Solo cuando estoy fuera de su apartamento miro el móvil y leo los mensajes pendientes. Mi confusión se convierte en ira a medida que releo cada palabra.

Emma debe de haberlos visto. Por un momento, considero llamar a la puerta y explicarlo todo, pero sé que es una idea pésima.

Leo los mensajes de nuevo y niego con la cabeza. Todo se está desmoronando. Mi castillo de naipes empieza a tambalearse. Sé lo que va a pasar a continuación.

Pero no voy a permitirlo.

CAPÍTULO 13

Karen

Es un nuevo día, pero no tiene nada de nuevo. Es igual que el de ayer y que el anterior a ese. Otro día en el que siento que mi cordura se quiebra poco a poco y me estoy convirtiendo en alguien irreconocible.

Hubo un tiempo en el que pensaba que era un ser humano terrible. Los años de terapia ayudaron, pero lo que marcó la diferencia de verdad fue conocer a Owen.

Hubo un tiempo en el que sentía que él era mi mundo entero. Me encantaba estar con él, pasar tiempo juntos. Hacerle el amor.

Ahora es el mundo de otra persona. Todas las cosas que antes me encantaba hacer con él, las está haciendo con otra mujer.

Anoche, cuando volvió mucho más tarde de lo que esperaba, se coló en nuestro dormitorio y se metió entre nuestras sábanas sin decirme una palabra.

Sabía que yo estaba despierta. Me miró directamente, pero no abrió la boca.

¿Pero qué esperaba que dijera? «Oye, Karen, acabo de llegar de acostarme con mi novia y me he dado cuenta de lo pésimo marido que he sido. Lo nuestro se ha acabado. Sé que tú eres lo único que importa en mi vida».

Eso es algo que solo pasaría en mis sueños y, por supuesto, ese mundo empieza con Owen.

Me siento estúpida después de lo que le hice a su anuncio de la parada de autobús. ¿Cómo puedo ser tan infantil? Ya he cumplido

los treinta. No es precisamente el momento en el que pensaba empezar mi carrera criminal en el grafiti. Aun así, la alegría que sentí en aquel momento no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Aparte de que Owen hiciera las paces conmigo, he tenido otras fantasías, mucho más oscuras. Cuando volvió y se metió en nuestra cama compartida sin decir ni mu, imaginé que cogía la almohada sobre la que se quedó profundamente dormido y se la hundía en la cara.

Él, obviamente, me dominaría por la fuerza. En mis fantasías, yo tampoco puedo ganar.

¿Y si hubiera cogido un cuchillo de la cocina mientras dormía? La idea me mantuvo dando vueltas en la cama durante horas. Podría terminar con nuestro matrimonio de pesadilla con unos cuantos tajos bien merecidos.

En un momento dado, incluso saqué una pierna de la cama cuando mis impulsos empezaron a apoderarse de mí. Lo único que me detuvo fue darme cuenta de que tendría que pasar por delante de la habitación de Chloe para llegar a la cocina.

Esa idea se quedó conmigo. En lugar de llevar a cabo mis oscuras fantasías, seguí dejando que se reprodujeran en mi mente, disfrutándolas solo en mis pensamientos.

Cuando sonó la alarma de Owen por la mañana, me di cuenta de que apenas había dormido. No podía hacer otra cosa que pensar en cómo mi vida ha llegado hasta aquí y cuánto desearía poder terminar con todo.

Solo quiero que el dolor pare.

Tras despertarme, ha sido como cualquier otro día. Vestir a Chloe, darle de comer y dejar que vea dibujos animados. Asegurarme de quitarle la corteza al pan, de lo contrario oiría sus pequeñas exigencias a gritos. Otro día limpiando la casa. Esperando a que mi marido vuelva a casa después de un largo día de trabajo y de tener sexo con su fulana. Disfrutar de cualquier migaja de atención que quiera compartir conmigo y empezar de nuevo al día siguiente.

Me siento a la mesa de la cocina, recordándole a Chloe de vez en cuando que siga comiéndose el sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada que le he preparado y que lleva picoteando más de diez minutos. Amenazo con apagar la televisión si no come, pero si lo hago, no dejará de darme la lata hasta que acepte volver a encenderla.

Ser madre no es tarea fácil. Ser madre en medio de un colapso nervioso es aún más difícil, casi imposible.

Miro por la ventana de la cocina y veo que los cubos de basura siguen junto al bordillo. Se me olvidó meterlos anoche. De nuevo, nuestra casa es la única de la manzana que no ha quitado los cubos de la calle. Solo puedo imaginar lo que pensarán de nosotros.

Salgo deprisa, echándome encima una chaqueta ligera, y agarro el cubo, arrastrándolo por la entrada del garaje.

—Buenos días, Karen —me dice mi vecino Jason con su calidez habitual. Su preciosa mujer, Alice, lo sigue hasta el coche para despedirse de él.

—Hola, Jason —consigo decir—. Buenos días, Alice.

Dejo de arrastrar el cubo cuando ella besa a su marido en los labios antes de que él suba al coche. Ella lo mira irse mientras yo me recuerdo a mí misma que no debo quedarme mirándolos.

Cuando dejo el cubo al lado de la casa, estoy casi a punto de llorar. ¿Cómo he podido terminar así en la vida? Nunca pensé que lo que Owen y yo teníamos pudiera tomar un camino tan oscuro.

Nunca pensé que estaría tan alterada. Tan llena de rabia. En cualquier momento, o estoy llorando o estoy a punto de explotar de ira.

Al ver a los vecinos abrazarse, he querido atropellarlos con mi cubo de basura y romper ese momento perfecto que pasaban juntos.

Cuando entro en casa, Owen está allí.

Me odio aún más por no ser capaz de reunir el valor para hablar con él. Contarle la verdad. Decirle que sé todo lo que ha estado haciendo. Decirle cuánto lo odio. Explicarle que solo quiero su amor. ¿Por qué es tan difícil de dar?

Me preocupa que, si le digo lo que sé, no sea capaz de contener mi rabia. Las oscuras fantasías que tengo podrían hacerse realidad si él inventa más mentiras y retuerce la verdad.

Quiero gritarle a la cara: «¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? Me querías, ¿verdad? ¿Lo hiciste alguna vez? Si era así, ¿cómo has podido hacerme esto?».

—Buenos días —me dice Owen. Para variar, su saludo habitual no es cálido ni fingido. Parece estar tan sumido en sus pensamientos como yo.

—Días —respondo, incapaz de aceptar que algo en el día de hoy sea «bueno».

En lugar de agarrarme el culo o besarme la mejilla antes de salir corriendo por la puerta, se me queda mirando. Por un momento, llego a preguntarme si mis esperanzas se han hecho realidad durante la noche. ¿Cambiará Owen hoy? ¿Será hoy el día en que se dé cuenta de todo lo que tiene en nuestro matrimonio? ¿Me dirá la verdad?

—Volverá a ser otra noche larga —dice, haciendo añicos mis sueños—. Lo siento, sé que he estado muy ausente últimamente. El trabajo ha sido frustrante. Debería mejorar pronto, lo prometo.

Le doy la espalda y empiezo a lavar los platos que quedan en el fregadero, incluido el de Chloe en la encimera con medio sándwich. Ella ríe mientras ve sus dibujos en el sofá.

—Me parece bien —digo.

Espero a que me dé la palmadita en el culo que suele darme. En lugar de eso, recoge sus cosas y se dispone a marcharse. Nunca pensé que ansiaría incluso los pequeños gestos de atención que me dedica, pero así es.

¿Tan mala esposa soy que incluso un pequeño beso en la mejilla y un azote en el culo es pedir demasiado? ¿Acaso Emma recibe ahora toda su atención, sin que queden ni las migas para mí?

No me despido de él. No diré ni una palabra. En lugar de eso, como cualquier otro día, dejaré a Chloe en casa de mi padre y continuaré mi espiral hacia la locura.

Antes de irse, le suena el teléfono y responde. —Hola —dice. Me doy cuenta de que no puede ser Emma con quien habla. ¿O es

que ya le da igual y está dispuesto a hablar con su novia por teléfono conmigo en la habitación? —Estaré en la oficina pronto —dice rápidamente, calmando mi ansiedad por saber con quién habla.

Friego el plato de Chloe y lo pongo en el escurridor.

—¿Qué? —dice Owen con tono de sorpresa—. ¿En serio? ¿Un grafiti?

Sonrío mientras lavo la taza de café que ha usado esta mañana. Es su favorita. Una que Chloe eligió conmigo para su último cumpleaños. Una taza negra en la que se lee «Un papá orgulloso». De repente, mi día está dando un giro. Por fin puedo oír a Owen enterarse de mi fechoría. Me tapo la boca con la mano, con el agua goteando sobre mi camiseta. Apenas puedo contener la risa.

Él suspira. —¿A qué te refieres?… Ah, bueno, eso está bien.

¿Bien? ¿A qué se refiere? ¿Cómo puede estar bien lo que le hice a su anuncio del banco?

Owen se ríe mientras cuelga. Se acerca por detrás de mí, riendo entre dientes. —Nunca adivinarás lo que ha pasado.

Intento contenerme antes de girarme hacia él. Una mueca por mi parte y, en su cabeza, unirá los cabos. Fui yo quien lo hizo. Cuando me siento preparada, me vuelvo hacia él.

—¿De qué iba eso? —pregunto, haciendo la mejor interpretación de mi vida.

—Unos críos han pintado un pene con espray al lado de mi cara en ese anuncio de la parada de autobús que tengo en el centro. —Se ríe de nuevo.

Esta no era la reacción que esperaba. ¿No debería estar molesto? ¿Ligeramente irritado? ¿Preocupado por lo que piensen los demás cuando vean el anuncio?

—No usaron pintura permanente —dice con una sonrisa—. Anoche llovió un poco y se lavó parte de la pintura. La oficina va a enviar a alguien a limpiar el resto. —Sacude la cabeza—. Vándalos estúpidos.

¿Vándalos estúpidos? Más bien una mujer estúpida de treinta y tantos que ni siquiera sabe cometer delitos menores correctamente.

Me muerdo el labio para no gritar. —Qué estúpido —asiento —. No leí bien la etiqueta. Solo elegí la pintura negra brillante.

Su sonrisa se desvanece al cruzar su mirada con la mía. Por un momento, me pregunto si podrá ver cuánto lo odio mientras me mira. —Bueno, me tengo que ir. Día ajetreado. Hasta luego.

Lo veo marcharse. Sin besos. Sin abrazos.

Pienso en nuestros vecinos. Los imagino dándose un beso de despedida. Veo lo felices que son juntos. Imagino lo feliz que será Owen cuando vuelva a abrazar a su querida Emma más tarde.

Cojo la taza favorita de Owen del escurridor y la estampo contra el suelo. Los trozos de cerámica saltan por todo el suelo. La palabra «Papá» queda intacta frente a mis pies.

—¡Mami! —grita Chloe mientras salta del sofá y mira hacia la cocina—. Oh, no. Cuidado con los pies.

Hago todo lo posible por recomponerme mientras miro a mi inocente hija. —Prepárate para ir a casa del abuelo. —Me mira con los ojos como platos y me relajo. Mi tono ha sido más brusco de lo que esperaba.

Para variar, Chloe consigue prepararse para salir y está en la furgoneta más rápido que la mayoría de los días. Lo agradezco. Miro por el espejo retrovisor y me doy cuenta de que no lleva puesto el cinturón.

—¡El cinturón! —grito.

—Vale, mami —dice Chloe con algo de retintín. Me irrita, pero no muerdo el anzuelo. Tarda una eternidad en abrocharse el cinturón.

Cuando arranco el motor, la radio se enciende e interrumpe una emisión familiar.

—La identidad del asesino del Rompecorazones sigue siendo un misterio —dice el locutor de la AM—. Cinco años después de su último asesinato registrado, la ciudad de Windsor solo tiene una pregunta: ¿veremos algún día el regreso del asesino del Rompecorazones? El asesino en serie que usaba cinta americana para atar a sus víctimas y grababa su infame símbolo en ellas es ya una leyenda en la ciudad. Nosotros…

Mi mente vaga mientras escucho al locutor. Una pequeña sonrisa asoma en mi rostro mientras pensamientos malvados me asaltan de forma intrusiva. Qué fantasía tan maravillosa. Qué idea tan brillante.

La ciudad se pregunta cuándo volverá el asesino del Rompecorazones, si es que lo hace alguna vez. Quizá yo pueda ayudar.

—Mami —dice Chloe desde el asiento trasero, rompiendo mis oscuros pensamientos—. ¿Qué es un asesino en serie?

Me giro y le sonrío. —Pregúntale eso a tu padre. —Apago la emisora de AM y pongo algo de rock clásico. La idea de cómo solucionarlo todo vuelve a golpearme.

—Cambio de planes, Chloe —digo, poniendo la furgoneta en marcha atrás—. En lugar de ir a casa del abuelo, vamos a ir de compras.

CAPÍTULO 14

Owen

En cuanto me quedo a solas en el coche, envío un mensaje para confirmar: —¿Dónde nos vemos?

A los pocos segundos, recibo una respuesta: —En nuestro sitio de siempre.

Cojo el móvil y lo tiro al asiento del pasajero. Una parte de mí quiere bajar la ventanilla y lanzarlo fuera. Sería una forma de acabar con los mensajes y las llamadas acosadoras.

Pero soy perro viejo. Si hago eso, se pondrá peor. Mucho peor.

Esto no termina bien. Lo que está en juego es lo más importante del mundo. Mi vida entera podría saltar por los aires si la verdad saliera a la luz, y sé que, si no hago algo, saldrá.

No puedo ignorarlo por más tiempo. Si dejo de responder al teléfono o a los mensajes, sé que esto pasará de ser algo malo a una auténtica pesadilla.

No es justo.

Por fin tengo algo por lo que siento que vale la pena vivir, y todo podría irse al garete.

Pienso en Emma y sé al instante que ella merece que luche. Tengo que darlo todo. Después de lo de anoche, puede que Emma sospeche que algo raro pasa.

Al fin y al cabo, ¿cuántas mentiras puedo contarle antes de que se me escape la verdad? No era esto lo que quería. Si pudiera, volvería atrás y le diría la verdad.

Estoy casado. No soy feliz. Tengo intención de dejarla. Me preocupa lo que la verdad pueda suponer para nuestra relación. No puedo imaginarme el no ver a Chloe todos los días. Mi hija marca una diferencia enorme en mi vida. Antes de que Emma apareciera, pasar tiempo con mi hija era lo único que me mantenía en pie.

No es culpa de Chloe que yo no soporte a su madre. No es culpa de mi hija que ya no quiera a su madre.

Pero usarán a Chloe contra mí. Ya sé que si la verdad sale a la luz, Karen entrará en modo de tierra quemada. Conozco su temperamento y no es fácil lidiar con él. No parará hasta romperme.

Aunque, por otro lado, ella no es la única persona en mi vida con esas intenciones.

Yo no pedí esto. Nada de esto. Solo quiero ser feliz. Quiero tener un matrimonio feliz. Tener muchos más hijos. Vivir una vida llena de amor y risas, donde me sienta especial.

Karen no me da eso. Emma sí.

Pienso en el símbolo fálico que unos chavales pintaron con espray en mi anuncio de la parada del autobús. Al principio, no le di importancia y me reí, pensando que sería algún adolescente idiota sin vida social y con odio al mundo estructurado.

¿Y si no se trata de eso?

¿Y si todo está relacionado? ¿Y si han sido ellos?

Me han dicho que nos veamos en nuestro lugar habitual. El Tim Hortons de East Windsor, cerca de mi oficina. Cuando llegue allí, me aseguraré de sacar el tema del grafiti.

Le doy vueltas a mis pensamientos mientras me acerco. Mis frustraciones se disipan cuando veo la cafetería más adelante. Todavía es temprano y solo hay unos pocos coches aparcados fuera, en el aparcamiento. La mayoría están en el carril del Auto-servicio, intentando conseguir su café de última hora antes de salir pitando hacia el trabajo.

Solo tardo un momento en verla. Está apoyada en su furgoneta blanca. Se echa el pelo rubio y rizado sobre el hombro mientras clava la mirada en mi coche. Sonríe de inmediato.

Nunca pedí nada de esto.

Emma llegó a mi vida de forma inesperada en una jornada de puertas abiertas. Mi vida cambió para siempre en el momento en que nos dirigimos la palabra.

Antes que ella, sin embargo, estuvo Alexandria Sutton. Su sonrisa se ensancha mientras entro en el aparcamiento.

Al contrario que con Emma, en el momento en que Alexandria entró en mi vida, la mancilló para siempre. No puedo evitar fijarme en lo guapísima que está esta mañana. Lleva una blusa roja ajustada que deja poco a la imaginación. No me hace falta pensar mucho en lo que hay debajo, ya que lo he visto.

Me saluda con la mano y bajo la cabeza mientras abro la puerta del coche. Me recuerdo a mí mismo lo que he venido a hacer. Sus llamadas y mensajes tienen que parar. Debo hacerla entrar en razón.

Solo hay un problema. Alexandria es una psicópata de manual.

CAPÍTULO 15

Karen

Cuando aparcamos en Home Hardware, la pequeña tienda de mejoras para el hogar cerca de nuestra casa, Chloe gruñe:

—¡Mamá, esta tienda es aburrida!

Suspiro.

—Solo necesito coger un par de cosas, Chloe. Sé buena chica y después podemos tomar un helado.

—¡Sí! —grita Chloe entusiasmada.

Eso me debería dar suficiente tiempo para pasar por la tienda con ella, pienso. Cuando entramos, Chloe corre hacia un carrito, pero niego con la cabeza.

—Solo necesito un par de cosas. Ni siquiera necesito un carrito.

—Pero, mamá, ¡me duelen los pies! —protesta ella.

Niego con la cabeza. Hacer cualquier cosa con una niña lleva diez veces más tiempo. ¿Y cómo es posible que le duelan los pies? Ha estado sentada en la furgoneta durante los últimos quince minutos mientras conducíamos hasta aquí. Antes de eso, estuvo sentada en la mesa de la cocina y en el sofá viendo la tele. Sin embargo, de alguna manera, se queja de que le duelen los pies como si hubiera estado de pie todo el día.

Sé de sobra que no debo meterme en una lucha de poder con mi hija de cuatro años. Cojo el carrito y la levanto, colocándola con cuidado dentro. Sonríe mientras la empujo por los pasillos buscando lo que necesito.

Encuentro el primer artículo rápidamente.

—Ten esto —le digo a Chloe, pasándole un rollo.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Se llama cinta americana —contesto.

—¿Para qué sirve? —vuelve a preguntar. Sé que, después de que conteste a esta, otra se le ocurrirá.

—Para pegar cosas —digo con una sonrisa forzada.

—¿Por qué necesitas cinta americana?

Suspiro.

—Para pegar cosas, cariño. No más preguntas.

Solo necesito un artículo más y, sin embargo, no puedo encontrarlo por nada del mundo. La tienda es enorme. Podría tardar una eternidad a este ritmo, y mi cómplice se está impacientando.

—Quiero helado, mamá —exige Chloe—. Helado de chocolate. —Se relame y sonríe.

Sé que solo se está comportando como una niña, pero me está irritando sobremanera. Me estoy arrepintiendo de no haberla llevado a casa de mi padre para una breve visita. Pensé que podría pasar por aquí sin muchos problemas. Quería darle un descanso a mi padre de cuidar a Chloe. Es posible que necesite que la cuide mucho más pronto.

Aun así, para averiguar cómo proceder correctamente, necesitaré mucho tiempo para pensar. Pensar sin interrupciones constantes. Incluso si le pongo sus dibujos animados favoritos, seguirá molestándome con sus peticiones:

—Mamá, tengo hambre.

—Mamá, ¿puedo ver YouTube?

—Mamá, necesito ir al baño.

Por supuesto, eso significa que tendré que acompañarla. Sé que se supone que debo valorar estos momentos con mi hija a esta tierna edad. No tendrá cuatro años para siempre. Aun así, desearía que fuera un poco más independiente, especialmente ahora.

—Mamá ya casi ha terminado —la tranquilizo.

Un empleado que pasa a mi lado asiente y le pregunto dónde puedo encontrar cúteres. El hombre me indica que vaya por el pasillo tres y que busque en el lado derecho, a mitad de pasillo.

Ya había mirado por ese pasillo, pero me dirijo allí de nuevo. Estoy a mitad de camino cuando mi mente se dispersa.

He estado obsesionada con la cobertura mediática del Asesino del Corazón Roto. Disfruto escuchando la mayoría de historias de crímenes reales, pero especialmente las de este asesino en serie. El HBK, como algunos llaman al asesino, era conocido por atar a sus víctimas con cinta americana. Después de que la víctima era asesinada, se cree que el HBK usaba un cúter para tallarle en la piel el símbolo de un corazón con una equis atravesándolo.

El símbolo es lo que hizo famoso al Asesino del Corazón Roto. El HBK solo asesinó a un puñado de personas, pero fue la manera en que lo hizo lo que cimentó su reputación. A veces, incluso humillaba a las víctimas quitándoles los pantalones o moviendo sus cuerpos para avergonzarlas hasta en la muerte.

Como dijo el empleado, encuentro varios cúteres en el pasillo tres. No puedo evitar ser ahorradora y coger el más barato. Deslizo el botón del cúter, dejando al descubierto su hoja, y la coloco contra mi piel para sentir lo afilada que está.

—Mamá, no te hagas daño —dice Chloe con los ojos como platos—. Corta.

Me río.

—Ya lo creo. De este se encarga mamá. No pierdas la cinta.

Chloe asiente.

—¿Podemos ir ya a por el helado?

Sonrío y asiento a la vez que ella.

—De vainilla, ¿verdad? —digo en broma.

—¡Mamá! —se ríe Chloe—. De chocolate.

Chloe me cuenta un cotilleo sobre unos dibujos animados que quiere ver cuando lleguemos a casa. Mi esperanza es que, con suficiente azúcar y televisión, pueda trazar mi plan.

Llego a la caja, donde me atiende un chico joven con el pelo alborotado y mechas rubias. Le sonríe a Chloe cuando ella le pasa la cinta americana.

—Gracias —dice él con un tono infantil.

—De nada —sonríe mi hija. Me sorprende gratamente lo educada que está siendo.

Mientras pasa los productos, se me cae la mandíbula al oír la radio que suena detrás de él. Parece que no soy la única que disfruta escuchando la cobertura sobre el Asesino del Corazón Roto. El locutor habla sobre el asesino en serie y lee un número al que la gente puede llamar si tiene información que pudiera llevar al arresto o captura del asesino.

—¿Eso es todo? —pregunta el cajero.

Le paso el cúter. Me mira de forma extraña mientras lo escanea.

El locutor continúa repitiendo el número al que llamar si se tiene información sobre el Asesino del Corazón Roto mientras el cajero me dice el total. Espero a que el adolescente se dé cuenta de que estoy comprando exactamente los artículos utilizados en los cinco asesinatos del Asesino del Corazón Roto.

Sonrío con incomodidad cuando me doy cuenta de que al chico le importa un bledo. Después de pagar, me desea que pase un buen día.

Lo pasaré.

Primero, helado. Segundo, planificar un asesinato.

CAPÍTULO 16

Emma

Cuando conocí a Owen, mi vida entera dio un vuelco. Pensé que era demasiado bueno para ser verdad. Resulta que quizá tenía razón.

Intento no pensar en ello, pero no se me va de la cabeza. No soy el tipo de chica que mira el móvil de su novio, pero con Owen lo hice. Vi esos mensajes. No puedo borrar de mi mente lo que leí.

Me dijo que las cosas en el trabajo no iban bien. Puede que sea eso. Le doy vueltas al mensaje una y otra vez.

—¡Lo nuestro no ha terminado! ¡Necesito volver a verte!

Es lo bastante ambiguo como para que pudiera ser una compañera de trabajo que quiere ponerse en contacto para buscar una solución a los problemas que tiene con Owen.

O podría ser otra mujer.

Estúpida. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? En lugar de afrontarlo, lo eché de mi apartamento de forma pasiva.

Pensaba que era más valiente.

Nunca entendí por qué mi madre no se enfrentó a mi padre por su infidelidad. En lugar de eso, prefirió ir tras él con un cuchillo. No creía que yo fuera así. Jamás pensé que un hombre pudiera tener este efecto en mí.

Pensaba que Owen era el hombre perfecto. Si me equivoco en eso, ¿en qué más podría estar equivocada? ¿Y si hay otra mujer en su vida?

¿Y si la otra mujer soy yo? Por supuesto, un hombre tan guapo como Owen tiene que estar pillado ya. No me puedo imaginar

cómo un hombre de su categoría podría estar soltero. Tendría que ser un psicópata oculto para no estar casado y con hijos a su edad, con lo bien que le va en la vida.

Llevo así todo el día. Durante las últimas horas, lo único que he podido hacer es sentarme en el sofá a ver las noticias y documentales. La mayoría se centran en el Asesino de Corazones Rotos. Antes estos programas me resultaban interesantes. Ahora no son más que ruido de fondo mientras decido qué hacer.

Esta mañana he salido a correr. No soy precisamente religiosa, pero creo en las señales. Pedí una que me ayudara a saber qué hacer con Owen. Pedí una señal. Durante mi carrera, pasé por delante del anuncio de la parada de autobús donde sale él. Fue a propósito, aunque no pudiera admitirlo. Necesitaba ver su cara.

Pero vaya si fue una señal. Vi a un joven con un cubo y una bayeta limpiando el anuncio del banco. Había una mancha negra que cubría la mitad de su cara y que el hombre estaba limpiando.

He de admitir que no esperaba una señal tan clara. Saltaba a la vista. Pensé que Owen puede que no me esté diciendo la verdad. Me oculta algo. No es el hombre que yo creo. Cuando me topé con su cara en el anuncio, alguien la estaba limpiando. Lo que yo creía sucio se estaba limpiando.

Casi me río a carcajadas mientras pasaba corriendo por delante del anuncio. —Tu vida de ensueño empieza conmigo — promete Owen en su publicidad. Quizá todavía sea posible.

Antes de lo que pasó cuando mi madre se enteró de lo de mi padre, ella era una romántica empedernida. Una vez vimos una vieja película de Disney y Julie preguntó cuándo encontraría a su príncipe azul. Mamá dijo que el hombre perfecto existía para cada una de nosotras, que solo teníamos que estar lo bastante abiertas para encontrarlo. Cuando lo hiciéramos, no deberíamos rendirnos con él. Aún recuerdo su cara cuando nos dijo: —Nunca os rindáis con el amor.

Ver lo que pasó entre ella y papá ha cambiado un poco mi perspectiva de ese recuerdo, pero tenía razón.

Owen podría ser el hombre de mi vida. El que he estado buscando. Mi príncipe azul.

No debería cerrarme en banda. No puedo cerrar mi corazón a lo que siento.

Pero tampoco debería estar ciega.

Mi madre estuvo demasiado ciega para ver lo que hacía mi padre y mira lo que eso le reportó. Mira adónde nos llevó a Julie y a mí. Años de trauma. Terapia. Una vida sentimental espantosa. Una vida sentimental espantosa de verdad. Merece la pena repetirlo.

Sé que tengo que ser valiente. No necesito confrontar a Owen de forma agresiva ni nada parecido a cómo gestionó mi madre la situación. Puedo abordarlo con preguntas.

¿Quién era la persona que te mandó esos mensajes? ¿Tenemos una relación exclusiva?

Es un tema del que no hemos hablado. Quizá haya otra mujer, y es porque nunca establecimos límites. Pero llevamos meses juntos. El otro día estuvo a punto de decir que me quería. Cuesta imaginar que pueda haber alguien más, sobre todo cuando siento cuánto se preocupa por mí.

Tal vez sea un buen actor. Al fin y al cabo, es vendedor. ¿Me habrá convencido para comprar sus mentiras?

Pienso en Julie y en su marido, David, el *médico*. Sería más fácil volver al condado y vivir con ella. David me ofreció un trabajo a tiempo parcial como recepcionista en su consulta. No tiene suficientes pacientes como para necesitar dos recepcionistas. Sé que solo me lo ofrecía para ayudarme. Aun así, lo rechacé. Quería salir adelante por mi cuenta en la ciudad.

No estoy segura de qué trato de demostrar.

Imagino lo irónico que sería para mí trabajar como recepcionista en la consulta del quiropráctico de mi cuñado, respondiendo al teléfono con un: «Consulta del doctor Bersmene, ¿en qué puedo ayudarle?». Mientras tanto, me burlaría de su estatus de médico en cada oportunidad que tuviera fuera del trabajo.

Nuestras bromas perderían de algún modo su encanto si ese fuera el caso.

Suelto un suspiro sonoro. Pienso en pedir una pizza, pero me doy cuenta de que aún tengo sobras de anoche. La pizza que compartí con Owen.

Suspiro de nuevo.

Todo lo que quiero es un buen hombre. ¿Por qué me resulta tan difícil? Con mi pasado, probablemente estaba condenada desde el principio.

Incapaz de entender lo que está pasando en mi vida, hago algo que me sorprende incluso a mí. Llamo a mi hermana para pedirle consejo.

Por suerte, lo coge enseguida. —Hola —dice alegremente.

—Hola —respondo yo con una voz nada entusiasta.

Por mi tono y cadencia inusuales, Julie se preocupa de inmediato. —¿Qué pasa?

No se lo digo enseguida. Me cuesta encontrar las palabras. —¿Alguna vez piensas en ella? —pregunto yo en su lugar.

Al instante sabe de quién hablo. —A veces, sí. Es difícil no hacerlo ahora que yo también soy madre.

Respiro hondo. —Tiene sentido. He estado pensando mucho en mamá últimamente. En papá también.

Ella suspira. —Uf. No me hagas hablar. Quiero decir, nuestro padre es un inútil. Pero mamá... Me entristece pensar en ella.

Puedo imaginar cómo se siente mi hermana. Ambas sufrimos el trauma de no tener a nuestros padres en nuestras vidas. Después de que fallecieran nuestros abuelos, que nos criaron a las dos, sentí de verdad que no me quedaba nadie más que ella.

Owen hizo que fuéramos dos personas, o eso pensaba.

—¿Por qué piensas en mamá? —pregunta Julie. Como no digo ni una palabra, oigo cómo respira hondo—. Tienes que dejar atrás el pasado, Emma.

—¿Más terapia? —bromeo—. No me resultó tan útil como a ti.

—Nunca te la tomaste en serio —dice—. Aún llevas a cuestas la vieja caja de herramientas de papá. Es como si te aferraras al pasado. Es, no sé, simbólico.

—¿Qué? —digo, confundida.

—Es como si pensaras que puedes arreglar lo que nos pasó, Emma —dice con suavidad—. Pero no puedes. Tienes que dejarlo ir. Tira esa caja de herramientas, sin más.

Suelto un soplido. —No quiero hablar más de papá, ¿vale? No he llamado para hablar de él.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Es el hombre misterioso —digo en tono burlón.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Pensaba que las cosas iban de maravilla. ¿Qué ha pasado?

Una parte de mí ya se siente estúpida por pensar que mi hermana era el hombro sobre el que llorar. Me la imagino burlándose de mí por lo que estoy a punto de compartir. Menospreciándome por haber podido ser tan tonta.

—Me preocupa que haya otra mujer.

—¡Qué! —dice Julie, impactada. Me sorprende cómo se lo está tomando. Ni siquiera sabe el nombre de Owen y, sin embargo, está pasmada—. Quiero decir, me hablaste de él, y es algo que rara vez haces, así que pensé que iba muy en serio.

—Yo también lo pensaba. La otra noche leí uno de sus mensajes en su móvil. Lo sé. No debería haberlo hecho, pero últimamente ha estado ausente. El mensaje era de un número desconocido y decía: «¡Lo nuestro no ha terminado! ¡Necesito volver a verte!».

—Vaya —dice Julie. Pensaba que me diría de inmediato que tenía razón al sospechar que algo pasaba, pero en lugar de eso me hace más preguntas—. ¿Por qué crees que hay otra mujer? ¿Aparte del mensaje de texto?

Suspiro. —Bueno, para empezar, no he estado en su casa. Llevamos meses viéndonos y nunca he estado en su apartamento.

—Venga ya, Emma —dice con voz irritada.

—¿Qué?

—¿Por qué no te ha llevado a su casa?

Respiro hondo. —Me contó ese lío con su compañero de piso. Está en proceso de buscar un sitio nuevo.

Espero a que Julie se meta conmigo un poco más. Que me diga lo idiota que soy por haber estado ciega tanto tiempo. Creo que la he llamado para eso, para que me dé una patada estando en el suelo.

—Siento que estés pasando por esto, Emma —dice ella en su lugar.

Siento que una lágrima asoma a mi ojo y me la limpio rápido. —Solo desearía saber qué está pasando.

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —dice ella—. Tenéis que tener una conversación larga sobre tus dudas. Preguntas difíciles. Te mereces respuestas.

Suspiro de nuevo. —Lo sé. Me da miedo que se marche.

—Si lo hace, es que no te merece.

Dejo que sus palabras calen. Quiero que sea lo que yo pensaba. Me hace feliz. Me hace sentir especial, como si fuera la única en el mundo.

—O eso, o puedes seguirle —dice Julie.

Sé que está bromeando, pero no estoy de humor. —Solo quiero ser feliz. ¿Por qué es tan difícil?

—Emma... —dice Julie con ternura. Espero a que me dé la vara con lo de mudarme de nuevo con ella y David. Que deje de complicarme la vida. Que vuelva a terapia. Que me pregunte si he vuelto a beber. Que me hable de rehabilitación o de empezar las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Una lágrima me recorre la mejilla. Una señal de mis emociones. Antes pensaba que era de piedra. Nadie podía herirme. Y aquí estoy, a punto de hacerme añicos como el cristal.

—Te quiero —dice Julie finalmente—. Solo quiero que seas feliz. Pase lo que pase, que sepas que estoy aquí. Esta vez no tienes que pasar por esto sola, ¿vale?

Sonrío, secándome las lágrimas. —Siempre nos hemos cubierto las espaldas la una a la otra, ¿verdad?

—Estoy aquí para lo que necesites, Emma —me recuerda Julie—. Lo que sea. —Respira hondo otra vez—. Puedo volver a acompañarte a una reunión si quieres. Como hice la otra vez, cuando necesitaste que alguien fuera contigo la primera vez.

—Eso puedo hacerlo yo sola, Julie, pero gracias.

Oigo el sonido lejano de Rowan de fondo. —¿Es la tita?

Me río. —Ponlo al teléfono. Necesito que me anime.

—Vale —dice Julie—. Te quiero. Solo voy a decirlo una vez más. Aquí tienes a Rowan.

—Yo también te quiero —digo. Un momento después, la voz alegre de mi sobrino me saluda.

—¡Tita! —dice—. ¿Cómo estás?

—Bien —miento. A pesar de no ser cierto, hablar con mi sobrino aunque sea un momento ha logrado animarme al instante—. ¿Cómo va el camión Gravedigger?

—Bien —dice, sin entrar en detalles—. ¿Vas a venir pronto de visita?

Me tomo un momento, pensando en Owen. —Creo que pronto, peque. Quizá incluso me quede a dormir en tu casa. —Sonrío cuando me pregunta si podremos jugar cuando vaya a su casa.

CAPÍTULO 17

Owen

Alexandria me lanza su sonrisa diabólica. Es una que ha blandido ante mí muchas veces. Es lo que hizo que me enamorara de ella al principio. Era capaz de dirigirme una mirada que decía que quería quitarme la ropa y follar sin pronunciar una sola palabra.

Fue lo que provocó que nuestros intercambios inocentes en el trabajo se convirtieran en una aventura en toda regla. La mayoría de los agentes inmobiliarios hablaban de lo impresionante que estaba Alexandria. Uno de los nuevos, un tal James, dijo que había conseguido besarla después del trabajo en un bar. Nadie le creyó. Ella jugaba en otra liga. Dijera o no la verdad, fracasó estrepitosamente cuando intentó acostarse con ella.

Más tarde le conté la verdad sobre lo que pasaba en la oficina a sus espaldas. Desde que empezó en Windsor Realtors Group, algunos de los tíos tenían una apuesta sobre quién se la tiraría primero. Yo, por supuesto, no estaba en ese grupo al estar casado, pero el tema salía en los almuerzos del equipo. Todos los hombres lo intentaron, a veces en múltiples ocasiones, y todos fueron rechazados al instante.

Pero había algo en nuestras conversaciones que me parecía diferente a las de los demás. Quizá fuera porque estaba casado y no me daba miedo hablar con ella. No sentía la necesidad de inflar mi ego ante ella ni de coquetear.

Podía ser yo mismo. Charlaba de forma ligera con ella en la oficina cuando llegaba. Me pasaba por su mesa para hablar. Una vez me compró un café. Fue un gesto inocente, o al menos eso pensé

en aquel momento. También se lo había comprado a otros compañeros.

Yo también le compraba café. En cierto momento, pasamos a escaparnos para tomar un café en horario laboral. Los tíos del trabajo bromeaban con que era mi mujer de la oficina, e incluso nos lo dijeron una vez a la cara mientras hablábamos en su escritorio.

Yo me reí quitándole importancia, pero ella se limitó a sonreírme. La misma sonrisa que me dedica ahora mientras me acerco a ella.

Si pudiera retroceder en el tiempo hasta la fiesta de Navidad, nunca la habría besado. No sé en qué estaba pensando. Karen estaba en la fiesta. A pesar de la presencia de mi mujer, no pude evitarlo. Alexandria estaba preciosa con aquel jersey navideño ajustado que llevaba unos cascabeles justo donde estarían sus pezones.

Cuando nos quedamos a solas un momento en uno de los despachos, la conversación se volvió forzada. La tensión creció. Nuestros cuerpos se aproximaron. Lo siguiente que supe es que nos estábamos devorando.

Karen nos interrumpió. Si no lo hubiera hecho, me pregunto qué habría pasado de haber sido más listo y haber echado la llave.

Después de aquello, nos vimos a menudo, pero no como amigos. Fue una aventura con todas las de la ley. Sin embargo, yo no amaba a Alexandria. Nuestra relación no se parecía en nada a lo que tengo con Emma.

Simplemente deseaba a Alexandria. Su cuerpo era como una droga. Rezumaba sexualidad y yo solo quería poseerla. La ansiaba.

Cuando por fin recuperé el juicio y corté por lo sano, Alexandria no se dio por vencida al principio. Incluso llamó una vez al teléfono fijo de casa. No sé qué habría pasado si Karen hubiera cogido el teléfono. No obstante, Alexandria y yo tuvimos una conversación muy franca y, después de eso, paró.

De repente, ha vuelto a mi vida con sed de venganza. Mandándome mensajes y llamándome. Acosándome. La sola idea de ella me enfurece. No me importa lo bien que follara; le dije que se

había acabado. ¿Por qué no le entra en su dura cabeza que no me interesa?

Ahora, mientras me mira igual que cuando estábamos solos en la fiesta de Navidad, su mirada no surte efecto en mí. De hecho, me da asco. Lo único que quiero es zarandearla y hacer que pare.

—¿Por qué sigues llamándome y enviándome mensajes? —le digo, yendo directo al grano—. Pensé que habíamos hablado de esto.

—Sé que lo que tuvimos fue especial —dice ella, alzando las manos en un gesto de súplica mientras yo desvío la mirada—. No puedo dejar de pensar en nosotros. Sé que la forma en que terminamos las cosas no fue como queríamos. Sé que podemos volver a tener algo especial.

Niego con la cabeza. —No me interesa. Ya lo sabes.

—He intentado salir con otros. No siento lo mismo con ellos que contigo. Sé que tú sentías lo mismo.

—Solo fueron unos meses, Alexandria. Ahora tienes que parar.

Ella baja la mirada, tomándose un momento antes de volver a mirarme. —Me dijiste que me querías. ¿Lo decías en serio? ¡Porque yo te quiero, Owen! ¡Te quiero!

Miro a mi alrededor. Aunque no hay nadie más en el aparcamiento aparte de los coches que pasan, algunos llevan las ventanillas bajadas. —Baja la voz, ¿vale? —le suplico.

—¿Me querías? —continúa ella—. ¿Crees que me creo alguna de tus palabras?

Agacho la cabeza. —Estaba confundido. Estoy casado, Alexandria. Tengo una hija. No puedo seguir con esto. Tienes que dejar de llamarme.

Ella suelta una carcajada. —Estar casado no te detuvo, Owen... No es justo lo que me hiciste. Lo que compartimos fue especial. Lo sé, aunque no quieras admitirlo.

—¡Estoy casado! —grito de nuevo. Un conductor pasa lentamente junto a mí, dando un sorbo al café que ha comprado en el autoservicio. Miro a Alexandria, que ahora está llorando a moco tendido.

Genial.

Me pregunto si cree que esto me hará sentir algo por ella. No es así. Lo único que siento es un cabreo monumental. Tiene que dejar de acosarme.

—¡Se lo contaré todo a tu mujer! —grita Alexandria.

Se da la vuelta para alejarse y yo la agarro del brazo, sujetando su cuerpo con fuerza para que no pueda zafarse. —No dirás ni una palabra. ¿Me oyes?

—Le contaré todo lo que me hiciste. Todo lo que hicimos. ¡Le diré a tu hija qué clase de hombre es su padre!

Al mencionar a Chloe, mi cuerpo actúa por sí solo en un arrebato de rabia. Mi brazo se desplaza desde su mano, subiendo por su pecho hacia su cuello, apretándolo con fuerza durante un instante. Los ojos de Alexandria se abren de par en par, espantados, mientras intenta apartar mi brazo a manotazos. Aprieto más.

Un momento después, su rostro se pone rojo. Sus ojos seductores reflejan ahora un terror mortal. Un coche empieza a pasar por nuestro lado e inmediatamente la suelto, dando un paso atrás y sonriendo mientras el vehículo pasa. Cuando se pierde de vista, miro a mi alrededor mientras Alexandria empieza a toser sin control. Se lleva las manos al cuello y me mira con miedo.

Conmocionado por mis propios actos, me preocupa todavía más lo que le digo a continuación. —Como le digas una palabra a mi mujer o te acerques a mi hija, te mato.

CAPÍTULO 18

Karen

No he dejado de dar vueltas a las cosas desde que la solución a mis problemas me golpeó como un jarro de agua fría. Me ha resultado difícil ejercer de madre con ideas tan terribles arremolinándose en mi interior. Le he puesto dibujos animados a Chloe mientras me sentaba en el despacho, con la puerta cerrada con llave y la mente trabajando a toda máquina. Incluso he usado mi diario para anotar mis primeras reflexiones.

Sé que estoy perdiendo el juicio, pero no estoy segura de haber estado cuerda alguna vez. Mi diario es una prueba de ello.

He tenido que dejar a un lado mi proyecto al darme cuenta de la hora que era. Son casi las siete de la tarde y, aunque todavía hay luz fuera, he querido empezar temprano la rutina nocturna con Chloe para retomar mis pensamientos. Para retomar mis planes. Las piezas encajarán mejor con la niña dormida.

Si me tomo esto como lo del banco de la parada del autobús, todo saldrá mal.

Salgo del despacho y le pregunto a Chloe qué quiere merendar. Se niega y dice que no tiene hambre. Sin embargo, sé que si no come, no dormirá. ¿Cómo voy a llevar a cabo lo que pretendo si ni siquiera soy capaz de conseguir que una niña de cuatro años coma algo antes de irse a la cama?

Acordamos que esta noche cenará trozos de zanahoria y pepino con salsa ranchera para mojar. Mientras corto las verduras, sé que mi esfuerzo es en vano; por mucho que prepare, comerá un poco de cada cosa y me dirá que está llena. Luego, una hora más

tarde, después del baño, cuando llegue el momento de dormir, exigirá más comida.

Esta noche no voy a discutir con ella. Me dejaré llevar con la esperanza de acostarla lo antes posible. Tengo que ser meticulosa con mi planificación. No hay lugar para el error ni para el impulso.

Ya he repasado la mayoría de mis planes mentalmente. Solo tengo que escribirlos para asegurarme de que no haya fallos.

La puerta principal se abre y me sorprende ver entrar a Owen. Me dedica una sonrisa forzada mientras deja el maletín en el banco que hay junto a la puerta. Se quita la chaqueta del traje y se arremanga la camisa azul de botones antes de acercarse a mí.

—Hola —dice.

—¡Papi! —grita Chloe, corriendo hacia él y abrazándole una pierna. Los restos de salsa ranchera de sus labios manchan la parte inferior de la camisa. Normalmente se molestaría, pero en su lugar le acaricia el pelo y le da un beso en la frente.

—He querido volver antes —dice—. Para veros. Ha sido un día duro en el trabajo.

Noto en su cara que lo dice en serio. Hoy ha pasado algo. ¿Lo habrá dejado con Emma? ¿Alguna otra cosa? Quizá solo sea un problema laboral, pero nunca lo había visto tan agotado. Incluso cuando se le chafa una venta, suele mantener un optimismo natural, convencido de que hay otra a la vuelta de la esquina. Esta noche tiene los ojos hinchados, con ojeras, y una expresión vacía.

—No me puedo quedar mucho rato —dice—. Tengo que enseñar una casa dentro de poco. Solo quería pasarme un momento.

Se me encoge el corazón. De ruptura, nada. Sé perfectamente adónde va a ir. ¿Qué se cree, que soy tonta? ¿Cuántas copas nocturnas con compañeros o visitas a última hora puede tener?

Owen mira a Chloe.

—¿Qué tal si le damos un respiro a mamá con el baño y la hora de dormir, y lo hace papi?

Chloe sonríe y asiente. Owen suelta una carcajada y le revuelve el pelo de nuevo.

—Sígueme, jovencita.

Al pasar a mi lado, sonríe.

—Sé que has estado haciendo mucho, así que solo quería venir y ayudar antes de seguir con el trabajo. Pronto la cosa se calmará.

Frunzo los labios e intento actuar lo mejor que puedo.

—Gracias. —No se me da bien fingir.

Pasa de largo hacia el baño con Chloe pegada a sus talones. Oigo cómo abre el grifo de la bañera y escucho a mi hija y a mi marido hablar. Él se ríe de algo que dice Chloe mientras ella suelta una risita. Mientras transcurre este hermoso momento, yo no puedo hacer otra cosa que pensar.

No ha venido por mí. No le importo. En cuanto acabe de pasar ese rato de calidad con su hija, se marchará y volverá a serme infiel. Romperá sus votos una vez más.

Dentro de unos meses será nuestro quinto aniversario. Antes de enterarme de lo de Emma, le pregunté qué quería hacer para nuestro día especial.

—Solo son cinco años —dijo él.

—Media década —respondí yo—. Eso merece una celebración. —Le planteé la idea de volver al mismo complejo donde estuvimos de luna de miel en Cancún. Dijo que se lo pensaría, pero que no estaba seguro de si podría pedirse los días.

Estoy convencida de que no era por eso. Probablemente ya se estaba enamorando de la monísima de Emma.

Entro en el cuarto de baño y Chloe está salpicando a Owen con el agua de la bañera mientras él pone una cara juguetona de enfado.

—¡Ya está bien, jovencita! —grita él—. ¡Vas a ver! —Abre el grifo del lavabo y la salpica a ella. Chloe chilla y ríe todavía más.

Observo la escena, cuestionando mis impulsos, pero dejo que las palabras escapen de mis labios.

—Voy a salir un momento —digo.

Owen me mira, confundido.

—¿Qué? —Chloe lo salpica con más agua y él se limpia la cara, suspirando—. Chloe, un momento. Estoy hablando con mamá.

—Voy a salir. Solo un momento —digo—. Quería comprar un par de cosas en el supermercado para mañana.

Él ladea la cabeza.

—¿No puedes hacerlo mañana? —me pregunta.

Pongo los ojos en blanco.

—Owen, yo también debería poder salir de casa de vez en cuando.

—Pero esta noche tengo trabajo —me recuerda.

Asiento.

—Lo sé. Habré vuelto antes de que logres acostarla.

—¡Papi me va a acostar! —grita Chloe—. ¡Bien!

Él sonríe ante el comentario.

—Está bien —dice, volviendo a mirarme—. Pero intenta no tardar mucho.

Asiento.

—Claro.

Al salir de casa, repaso lo que me acaba de decir.

«Intenta no tardar mucho».

¿Por qué? ¿Porque no quieres perder ni un segundo de tiempo con tu noviecita?

Sé que tengo que planificarlo todo. Ser cuidadosa con lo que hago, pero esto tiene que ocurrir pronto.

Cuando subo a la furgoneta, alargo el brazo hacia el lado del acompañante y miro dentro de la bolsa de la ferretería. Me quedo mirando la cinta americana y el cúter, preguntándome si esto es realmente lo que quiero hacer.

CAPÍTULO 19

Emma

Owen vendrá en cualquier momento. Me ha enviado un mensaje hace un rato para avisarme. Una parte de mí desearía que estuviera ya aquí para acabar de una vez con nuestra charla. Es como una tirita: tengo que arrancarla de golpe.

¿Hay alguien más aparte de mí? ¿Quién? Si es así, ¿por qué? Pensaba que lo nuestro era especial.

Ya noto los nervios, aunque puede que sean simplemente las cinco tazas de café que me he tomado hoy. Por la razón que sea, cuando estoy ansiosa, me apetece más la cafeína.

He cometido el error de volver a salir a caminar hoy y, al pasar por nuestra cafetería, he decidido entrar. Beber sola en nuestro sitio me ha puesto aún más nerviosa.

Es como si ya estuviera sacando conclusiones precipitadas.

¿Por qué tengo que ser tan negativa? Podría haber una explicación para todo. Realmente podría tener un compañero de piso terrible. Podría haber tensiones en el trabajo. Esos mensajes podrían ser de su colega. Todo podría ser inocente y, sin embargo, lo estoy tratando como si fuera cualquier otra cosa.

Puedo oír a mi hermana en mi cabeza mientras me siento en el sofá de mi apartamento, mirando la televisión sin ver nada. «Hay otra mujer». Julie no dijo esas palabras exactamente, pero dijo de todo menos eso. Quería apoyarme, pero notaba que su propia mente luchaba por decirme lo estúpida que soy por creer a Owen.

El día se me ha hecho eterno. No importa cuántas veces haya salido a pasear o cuántas horas de Netflix haya visto, esperar a

que venga mi novio es agonizante.

A pesar de eso, casi tengo ganas de responderle y cancelar. «No me encuentro bien», es la excusa que se me ha ocurrido. Y es verdad. He tenido el estómago hecho un nudo todo el día. Quizá sea mejor no saber la verdad. Owen me hace feliz y sé que yo le hago feliz a él.

No necesito saber más que esos hechos para seguir en la vida de ensueño que Owen me regaló desde que entró en mi mundo.

El timbre de mi apartamento me sobresalta al principio. Es el de la puerta principal. Owen ya está aquí. Demasiado tarde para enviarle un mensaje ahora. Podría echar mano de mis mejores dotes de actriz, como hacía de niña cuando no quería ir al colegio, fingiendo que estaba enferma. Un par de toses falsas. Frotarme las manos y calentarme la frente para que parezca que tengo fiebre. Podría pedir un aplazamiento para esta conversación de adultos.

Suspiro, pensando en lo que diría Julie cuando le cuente que he pospuesto hablar con Owen. A pesar de ser una hermana mayor molesta que cree que siempre tiene razón, a veces finjo que está conmigo cuando tomo decisiones difíciles.

Abro la puerta de mi apartamento y doy unos pasos hacia la puerta principal. Nada de aplazamientos ni toses falsas. Tengo que tener esta conversación. Tenemos que aclarar nuestra relación.

Quiero la verdad.

Al abrir la puerta, suelto una carcajada al darme cuenta de que no es Owen, sino una mujer. En mi aturdimiento por cómo ha ido el día, casi no la reconozco al principio sin sus gafas de sol oscuras.

—Hola —digo—. Karen, ¿verdad?

Ella sonríe.

—¿Hola, Emma? Sí, Karen. Soy la que intentaste consolar el otro día cuando me dio un ataque de nervios frente a tu apartamento. —Suelta una risa nerviosa—. Lo siento, quizá haya sido una mala idea, pero estaba de nuevo por la zona y me he acordado de ti.

—¿Ah, sí? —digo sorprendida.

—Bueno, fuiste tan amable el otro día... Yo estaba pasando por un mal momento y me ofreciste té. Si la oferta sigue en pie, me gustaría mucho aceptarla. —Sonríe de oreja a oreja.

Respiro hondo. Owen podría aparecer en cualquier momento, aunque ya llega tarde. Sé por experiencia que no debo fiarme de la palabra de Owen sobre cuándo va a pasarse. Siempre tiene una visita de última hora o una llamada de ventas que debe atender. Su trabajo es agotador. Algunas semanas puede estar fuera todo el día, mientras que otras veces no hace casi nada.

Cualquier cosa es mejor que esperar a que llegue Owen. Siento que me estoy volviendo loca aquí sentada.

—Claro, pasa —digo—. Me encantará. —Le devuelvo la sonrisa y le hago un gesto para que me siga al interior del apartamento. Ella se sienta en el salón mientras yo repaso mentalmente las opciones que tengo. Ambas nos decidimos por té verde matcha.

—Con un poco de leche, por favor —pide Karen.

Mientras el hervidor está en el fuego calentándose, me siento frente a ella y sonrío. —No te esperaba esta noche —digo, mirando la pizza a medio comer sobre la mesa del salón—. Lo siento.

Ella niega con la cabeza. —No, por favor, soy yo la que interrumpe tu día.

—¿Puedo preguntarte qué le pasó a tu madre? —Al instante me arrepiento de habérselo preguntado. ¿Por qué empiezo con una pregunta tan intrusiva? Por eso no tengo amigos.

Karen esboza una pequeña sonrisa. —Bueno, fue cáncer de mama. Se enteró demasiado tarde. Ya han pasado más de cinco años.

—Lo siento —digo—. ¿Así que eres de Windsor originariamente?

Este es el tipo de pregunta con la que probablemente debería haber empezado. No un «hola, ¿de qué murió tu madre?», sino un «¿de dónde eres?», «¿a qué te dedicas?». Todas esas preguntas de cortesía.

Ella asiente. —Nacida y criada aquí. ¿Y tú?

—Originariamente de Toronto, pero me mudé aquí con mi hermana.

—Qué bien —dice Karen.

—Viví con ella mucho tiempo hasta hace poco. Decidí mudarme a la ciudad. Ella vive en el condado de Essex. —Tomo aire —. Esperaba empezar de cero en Windsor.

Ella sonríe. —¿Y cómo va eso por ahora?

Asiento y me río. —Bueno, no estoy muy segura, para ser sincera. Buscar trabajo está resultando un poco difícil en este momento, pero estoy segura de que las cosas mejorarán. Eso espero.

—¿Y qué hay de tu vida amorosa? Una mujer joven y guapa como tú no debe de tener ninguna dificultad en ese aspecto. —Karen vuelve a sonreír, solo que esta vez hay algo extraño en su reacción. Hay una tensión en su rostro que no encaja con su actitud tranquila.

Suelto otra carcajada. —Bueno, eso también es un poco complicado.

—¿Cómo? —dice Karen sorprendida—. ¿Por qué?

—De hecho, va a venir dentro de poco. Puede que lo conozcas. Supongo que estoy preocupada. Sé que me quiere; solo me preocupa sincerarme con él.

Me planteo contárselo todo a Karen, a pesar de que la conozco de hace apenas unos minutos. ¿Pero no es así como se hacen amigos? Siendo vulnerable. Estoy segura de que los problemas de hombres son algo con lo que ella puede sentirse identificada.

Cuando la miro, parece aún más inquieta. Mantiene una sonrisa tensa y forzada, con la postura rígida, a excepción de la pierna que tiene cruzada sobre la otra y que no para de mover.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella asiente varias veces, manteniendo la amplia sonrisa. —Entonces, ¿él te quiere?

No puedo evitar sonreír al pensar en él. —Sí, me quiere. Estuvo a punto de decírmelo el otro día, pero no sé. Simplemente estoy preocupada.

—¿Por qué estás preocupada? —pregunta ella, metiendo la mano en el bolso.

Tardo un momento en responder. —Lo quiero de verdad. —Le dedico una leve sonrisa a Karen y bajo la mirada. Puedo oírla rebuscar en su bolso mientras intento encontrar las palabras adecuadas para explicarme—. Nunca me he sentido así con un hombre. Es difícil de explicar. —La miro—. ¿Y tú? ¿Sales con alguien?

Ella niega con la cabeza. —Bueno, salía, pero como en tu caso, es complicado. —Sonríe. De nuevo, su expresión parece fuera de lugar. Quizá es que ella sea así. No la conozco lo suficiente como para juzgar.

Me doy cuenta de que esta mujer está en su propio momento de vulnerabilidad. Al fin y al cabo, por eso la encontré llorando en mi puerta. Está recordando buenos momentos con su madre. Al estar en una situación similar, sé lo difícil que es.

—Quería compartir algo contigo el otro día —digo—. Es algo que tenemos en común.

—Ah —dice Karen con un entusiasmo extraño—. ¿Qué podría ser? —Su mano sigue en el bolso y empiezo a preguntarme qué intenta encontrar.

—Bueno, yo también perdí a mi madre. En mi caso hace casi ocho años. Pero pienso en ella a menudo.

La sonrisa de Karen se desvanece y me mira con una expresión suave, relajando su postura rígida ante mí. Saca la mano del bolso empuñando un protector labial. Se lo aplica rápidamente en los labios antes de volver a meterlo en el bolso y mirarme.

—Lo siento mucho —dice—. Supongo que sí tenemos eso en común. ¿Puedo preguntar qué pasó?

Me aclaro la garganta. —Suicidio. —Respiro hondo y noto que se me saltan las lágrimas. Me odio por esto. Intento recomponerme y, por suerte, el silbido del hervidor en la cocina rompe la tensión.

CAPÍTULO 20

Karen

No creía que fuera posible sentir empatía alguna por la amante de mi marido, pero cuando habló de que su madre se había quitado la vida, algo cambió en mi interior. Pasé de ser una esposa rabiosa a una desconocida empática.

Suicidio. Qué terrible.

La forma en que Emma ha hablado de que no tiene amigos también me ha conmovido. Cuando mentí diciendo que estaba por su barrio porque estaba recordando a mi propia madre fallecida, Emma me abrió las puertas de su casa. El trauma por la pérdida de un progenitor era algo que compartíamos.

Solo que su trauma es mucho más terrible que el cáncer. Siento curiosidad por saber por qué se suicidó su madre, pero abordo el tema con pies de plomo.

Emma me trae una taza y se lo agradezco. Respiro hondo antes de seguir hablando de su madre. —Es espantoso —digo.

Cuando mi madre se moría de cáncer, mi familia y yo pudimos pasar nuestros últimos momentos juntos en su habitación del hospital. Por terrible que fuera, en esa habitación había un amor compartido que pudimos disfrutar con mi madre por última vez. Había algo hermoso en ello. Todos estábamos allí para ella en sus últimos instantes en la tierra. Sin duda, así es como me gustaría morir algún día, rodeada de la gente que me quiere.

Me invade un destello de ira al pensar que Owen sería una persona menos en esa habitación de hospital conmigo. En su lugar,

estaría por ahí revolcándose con la mujer tan guapa que tengo delante.

Miro hacia mi bolso. Dentro de ese bolso tan grande, he traído la cinta americana y el cúter. Me ha costado toda mi energía no pasarle la cuchilla por ese cuello tan bonito mientras seguía hablando de Owen. Cada mención a su amor hacía que mi mano se acercara un centímetro más a enseñarle la hoja.

Pero no es así como mata el Asesino de Corazones Rotos. Arruinaría todo lo que tengo planeado.

—¿Estaba enferma tu madre? —pregunto. Tengo auténtica curiosidad por saber qué le pasó y por qué acabó con su vida.

Ella niega con la cabeza. —Pasó por mucho, mi madre. Su vida amorosa era más que complicada. Mi padre no era un hombre fácil con el que convivir. —Emma sopla el contenido de su taza—. Creo que por eso me cuesta tanto lo de Owen.

—Owen —digo con una sonrisa—. Así se llama.

Ella sacude la cabeza. —Sabes, me vuelvo muy paranoica a la hora de contar detalles personales y, sin embargo, contigo me salen solos. —Se ríe—. Ni siquiera le he dicho su nombre a mi propia hermana. —Bebe un sorbo de té y baja la taza, mirándome intensamente—. ¿Tú qué harías si no estuvieras segura de poder confiar en el hombre con el que estás?

—¿No confías en Owen? —pregunto—. Esta podría ser la segunda cosa que compartimos.

Ella sonríe. —Empiezo a pensar que podría haber otra mujer. No lo sé.

Por un momento, pienso en decirle la verdad sobre quién soy. Hasta que sigue abriendo la boca y salen más palabras asquerosas.

Niega con la cabeza. —Solo quiero ser feliz por una vez en mi vida, ¿sabes? ¿Y qué si hay otra mujer? ¿Y si, no sé, en el peor de los casos, está casado? Quizá esté a punto de romper con su pesada esposa. —Se ríe.

Noto cómo se me descompone el gesto mientras habla. Al darme cuenta de lo alterada que debo de parecer, hago todo lo

posible por fingir una sonrisa mientras ella sigue cavando su propia tumba.

—No lo sé —dice—. Si hay otra mujer, quizá esté en proceso de romper con ella.

Respiro hondo y doy un sorbo al té. El agua caliente me quema los labios, pero oculto el dolor mientras pienso en volver a meter la mano en el bolso.

—Las relaciones se basan en la confianza —digo, dejando la taza sobre la mesa de centro—. Si él está dispuesto a traicionar la confianza que tiene en otra relación, ¿por qué crees que eres tan especial como para que no te haga lo mismo a ti algún día?

Ella baja la cabeza. Puede que aún no le haya hecho daño físicamente, pero mis palabras han surtido efecto.

Me mira con una pequeña sonrisa. —Es verdad. Sabes, me recuerdas un poco a mi hermana. Dices las verdades como puños. Creo que simplemente estoy locamente enamorada de ese hombre; me cuesta pensar con claridad. Quiero decir, es perfecto. Guapo. Inteligente. Divertido. Cuando estoy con él, siento que soy la única mujer del mundo a la que ve. Nunca me había sentido así. Si me está engañando, me cuesta admitir que debería renunciar a esos sentimientos porque algún día estaré yo en el otro lado.

—Algún día lo estarás —digo con seguridad, mirando el interior de mi bolso. Veo el borde del rollo de cinta americana dentro.

Emma suelta una carcajada. —Demasiada información, lo sé, pero el hombre es realmente bueno en la cama.

Se ríe de nuevo y yo finjo que tiene gracia, aunque estoy considerando la posibilidad de estrangularla. No dejo que mis pensamientos oscuros tomen el control. Calmo mi temperamento y, en su lugar, me levanto del sofá.

—Muchas gracias por la charla y por el té —digo—. Ha sido un placer conocerte mejor.

—No te has terminado el té —dice ella, sorprendida.

—Lo siento. Tengo que volver a casa. No debería haberme ausentado mucho tiempo.

—Bueno, deberíamos repetir esto algún día —dice Emma con una amplia sonrisa.

—Estoy segura de que volveremos a vernos pronto —digo. Miro a mi alrededor en su apartamento—. ¿Puedo usar el lavabo antes de irme?

Ella sonríe y señala con la cabeza una puerta cerrada. —Sin problema.

Una vez dentro del baño, abro el grifo a máxima presión. Mirándome al espejo, me cuestiono qué estoy haciendo.

Puedo oír a mi cerebro luchando consigo mismo sobre qué camino tomar.

—Se lo merece —dice una voz. Y ciertamente estoy de acuerdo con eso.

—Si haces esto, no hay vuelta atrás —grita una voz más razonable dentro de mí.

Solo hace falta pensar en la estúpida risa de Emma sobre lo bien que folla mi marido para que tome mi decisión. Me giro hacia la ventana y miro a través de las persianas. Da directamente al callejón lateral del edificio. Sonrío mientras desbloqueo la ventana. Intento abrirla y confirmo que puedo antes de volver a sonreír para mis adentros en el espejo.

Ahora solo puedo oír la voz oscura en mi interior. —Nos volveremos a ver muy pronto, Emma.

CAPÍTULO 21

Owen

Pasan de las ocho de la noche cuando Karen llega a casa. Apenas hablamos mientras salgo disparado por la puerta. Antes de irme, le hago saber que mis deberes de papá están cumplidos.

Hora del baño con Chloe. Hecho.

Puesta de pijama. Hecho.

Merienda. Normalmente come algo antes del baño y no a la hora de dormir, pero dijo que tenía hambre en la tripa y no dejó de frotarse la barriga cerca de mí hasta que le hice algo de comer.

Karen me ha dado las gracias y me ha deseado lo mejor con la visita nocturna al inmueble.

Ya había tenido visitas a estas horas antes de que Emma apareciera en escena. No era frecuente, pero ocurría. Por supuesto, ahora que estoy viendo a Emma, es mucho más habitual. Sé que no podré seguir así mucho más tiempo, pero esta noche merece la pena.

Estoy casi seguro de que Emma leyó los mensajes de mi teléfono anoche. Aunque una parte de mí pensó en fingir indignación por la violación de mi intimidad, sé que si quiero mantener fuerte nuestra relación, no puedo seguir mintiendo. Cuanto más construya nuestra relación sobre esos cimientos, más condenados estaremos.

La pregunta es: ¿cómo puedo decirle la verdad? No toda la verdad, por supuesto. Si lo hiciera, estoy seguro de que me dejaría al instante. No podría soportarlo.

Al menos una complicación de mi vida parece haber mejorado: Alexandria. No ha llamado ni enviado mensajes desde que nos vimos en el aparcamiento esta mañana.

Aparte de ver a Emma, en lo único en lo que puedo pensar es en cómo me comporté con Alexandria. Aún puedo ver su cara, sus ojos, mientras mi mano se apretaba más alrededor de su cuello.

No me habría costado mucho acabar por completo con esa complicación de mi vida. Después de que amenazara con contarles a mi mujer y a mi hija nuestra aventura pasada, no podía pensar con claridad. La rabia se apoderó de mí. Una parte de mí que no había visto en mucho tiempo.

Sus ojos me han perseguido todo el día. La expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que podía morir.

No me gustó cómo me hizo sentir aquello. No me gustó nada cómo acabó aquello.

Hoy he tenido oportunidades de ver a Emma. Sin embargo, estaba demasiado preocupado por lo que pudiera hacer Alexandria. Debo de haber pasado por delante de mi propia casa casi diez veces hoy. Temía encontrarme a Alexandria fuera, en mi jardín, espiando por las ventanas a mi mujer y a mi hija. O peor aún, llamando a la puerta y contándoselo todo.

Ella sería capaz. Está absolutamente loca.

Pero ha dado marcha atrás, al menos por ahora. No más llamadas de acoso en lo que queda de día. Estoy seguro de que eso podría cambiar. Alexandria podría estar en la puerta de mi casa ahora mismo.

No puedo hacer nada al respecto.

No puedo posponer más el hablar con Emma. Necesito verla.

Mientras conduzco hacia su apartamento, intento calmarme y asegurarme de que todo saldrá bien. He gestionado todas estas complicaciones en mi vida hasta ahora, y sé que hay una manera de que todo lo que deseo se haga realidad.

Puedo estar con Emma. Puedo tener a Chloe. Las dos chicas más importantes de mi vida estarán conmigo.

Mientras preparaba a mi hija para dormir, los ojos de Alexandria me perseguían. ¿Cómo puedo ser un buen padre, si hoy

casi he matado a una mujer? Intento no pensar en ello. Tengo que centrarme en lo que importa: Emma.

A medida que me acerco a su apartamento, me preocupa cómo irá mi conversación de hoy. Siempre tengo confianza cuando hablo con la gente. Es una habilidad natural que poseo. Una ventaja que ayuda a mis cifras de ventas. Emma no está comprando una casa. Intento venderme a mí.

Es más personal. Hay muchas razones por las que alguien no debería estar conmigo.

Por un momento, pienso en Karen y me obligo rápidamente a concentrarme en encontrar aparcamiento frente al edificio de Emma. A esta hora de la noche y en este barrio, no es precisamente difícil. Hay mucho donde elegir.

Al ser una zona algo conflictiva, tiendo a aparcar lo más cerca posible. Siempre estoy hipervigilante en su barrio. Cuando aparco, sonrío al mirar la puerta principal del edificio. Sé que esta conversación no será fácil de superar, pero vale la pena dar todo lo que tengo si eso significa estar con Emma.

Mi sonrisa se desvanece cuando veo movimiento en el callejón. Un estrépito de cristal y metal capta mi atención. Estoy seguro de que es alguien recogiendo botellas de cerveza para sacar algo de dinero, pero asomo la cabeza por la ventanilla para asegurarme.

No es lo que esperaba.

Una mujer me devuelve la mirada, con el rostro tan sorprendido como el mío. Se echa el pelo rizado sobre el hombro, se da la vuelta y se aleja de mí hacia el oscuro callejón.

Incluso con la luz tenue, puedo distinguir a Alexandria.

¿Sabe lo de Emma? ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

Bajo la ventanilla.

—¡Oye! Hablemos. Vuelve aquí.

Miro el edificio. He gritado lo suficientemente fuerte como para que, si Emma tuviera la ventana abierta, pudiera oírme. Reconocería mi voz sin duda.

Alexandria no se detiene; en su lugar, se apresura por el callejón. Mi cuerpo se tensa y mi mano agarra el volante. Lo aprieto

con tanta fuerza que siento que podría arrancarlo. Pongo el coche en marcha y rodeo rápidamente la esquina para cortarle el paso. Aparco y me escondo cerca de la salida del callejón, asomándome de vez en cuando.

Ya puedo ver su silueta delgada acercándose a mí. De vez en cuando, gira la cabeza para mirar hacia atrás, desde donde la llamé. Aún no me ha visto y me aseguro de permanecer oculto. El olor a basura del contenedor de un restaurante chino me hace compañía mientras espero pacientemente a que Alexandria aparezca. Cuando lo hace, salto rápidamente y la agarro con ambas manos.

—Suéltame —chilló.

—¡Cállate! —le respondo a gritos—. Con una mano le sujeto el antebrazo y me llevo un dedo a los labios—. Deja de gritar —le digo con voz calmada.

No estoy seguro de si es por mi rostro, que, estoy seguro, refleja rabia, o por la fuerza con la que la sujeto, pero vuelve a ponerme esa cara. La misma expresión de ojos desorbitados que tenía esta mañana.

Podría haberla matado en aquel aparcamiento. Una parte de mí se pregunta si, de no haber pasado tantos coches, le habría soltado el cuello.

Ahora está oscuro. Estamos ocultos en un callejón. No hay nadie aquí.

Giro la cabeza y miro el contenedor que hay detrás de mí; el olor a fideos fríos sigue golpeándome la nariz.

Cuando vuelvo a mirarla, hago todo lo posible por suavizar mis rasgos y calmarme. —¿Qué haces aquí? —le pregunto, sin soltarle el brazo.

—Me dijiste que no podías estar conmigo porque estás casado. Y luego me entero de lo de esta chica.

Sacudo la cabeza. —¿Cómo lo sabes? —Alexandria no responde. Aprieto más su brazo y la obligo a acercarse—. ¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

—Lo suficiente para saberlo todo —dice con una sonrisa diabólica—. Sé todo lo que necesito para arruinarte.

—Alexandria —digo, respirando profundamente—, si de verdad te importara, ¿por qué querrías hacerme este daño?

Se le desencaja el rostro, confundida por lo que le pregunto. —Tú me hiciste daño a mí —logra decir.

La miro, fijándome en sus ojos vidriosos, que sin duda se convertirán en lágrimas dentro de poco. Le suelto el brazo y doy un paso atrás. —Nunca quise hacerte daño. Solo estaba preocupado. —Mientras pienso en las siguientes palabras, lamento al instante no haberlas elegido mejor—. Lo que tuvimos fue especial. Lo fue. Yo no estaba preparado.

Ella resopla. —¿Y ahora sí estás preparado? Sabes que yo te trato mejor que ella. Ella no puede seguirte el ritmo como yo.

—Lo sé —miento—. Escucha, pienso en ti a menudo. Cuando estábamos juntos, me preocupaba qué pasaría si las cosas no funcionaban. Me preocupaba que trabajáramos juntos. Me preocupaba todo. No planeé empezar con Emma. Simplemente ocurrió.

Ella sonríe con sorna. —¿Así se llama? ¿Emma? —vuelve a resoplar—. Sabes que yo soy mejor para ti. Corta con ella. Dijiste que ahora estás listo.

Sé que soy estúpido. Lo que le estoy diciendo a Alexandria es pura basura, peor que lo que hay en ese contenedor. Mi esperanza era persuadirla para que simplemente me dejara marchar, pero en lugar de eso, me quiere de vuelta. Después de lo que le hice hoy, todavía me quiere.

Está loca.

Imagino la expresión de sus ojos cuando mi mano rodeaba su cuello. Miro alrededor del callejón vacío. Solo estamos nosotros aquí. El contenedor está a mano y lo bastante vacío como para meter algo más dentro.

Suspiro. ¿Qué tengo que hacer para que Alexandria se detenga? ¿Hasta dónde debo llevar esto antes de que escuche? Sea lo que sea que estoy diciendo ahora, no está funcionando.

Tengo que ser más directo.

—Alexandria, no te merezco —le digo—. Mira lo que te he hecho esta mañana. Eso no es amor. Te mereces a alguien que te

quiera y no te haga daño. Necesitas a un hombre mejor que yo.

No estoy seguro de qué tipo de reacción provocarán mis palabras. Mi esperanza es algún tipo de acuerdo. Que se dé cuenta de cuánta razón tengo. Si tan solo pudiera leerme el pensamiento ahora mismo, comprendería lo sincero que estoy siendo.

En cambio, su rostro se tuerce. —Sé lo que estás haciendo. Crees que puedes usarme, usar mi cuerpo, decirme que me quieres, prometerme el oro y el moro y luego tirarme como a la basura.

Me giro y vuelvo a mirar el contenedor. Intento calmarme, pero cada vez es más difícil.

—Te diré lo que no te mereces —dice ella, señalándome el pecho con el dedo—. Ni a tu mujer, ni a tu hija, ni a tu preciosa noviecita.

—Basta, Alexandria —le exijo, dando un paso hacia ella—. Basta ya.

—¿O qué? —dice con una fina sonrisa—. ¿Me harás daño otra vez? —Se gira y mira por el callejón hacia el apartamento de Emma—. No eres el único que puede hacer daño a la gente.

Sus palabras me golpean y me preocupa lo que significan. ¿Planea hacerle daño físico a Emma?

Respiro hondo y busco mis siguientes palabras con cuidado. —Por favor, calmémonos. El día de hoy ha sido muy intenso emocionalmente. Nunca quise hacerte daño esta mañana, y sé que me quieres. Lo sé. Sé que no quieres destruirme. Vamos a tomarnos un respiro. Dediquemos un tiempo a pensar en lo que tenemos.

—Solo quieres irte a casa de tu noviecita —dice con retintín —. Emma. —Pronuncia su nombre con tono burlón.

Sacudo la cabeza. —No voy a ir. Me voy a ir a casa. No la veré. Prométeme... que tú también te irás a casa. No empeoremos las cosas esta noche. Vamos a consultarlo con la almohada y mañana hablamos más. ¿Te parece bien?

Se detiene un momento y baja la cabeza. —Está bien. Pero tenemos que hablar mañana.

Asiento. —Bien. Pero prométeme que te marcharás de aquí. —Cuando ella asiente a su vez, me pregunto si estará mintiendo tanto como yo.

CAPÍTULO 22

Karen

Otra visita nocturna con clientes... ¿Se cree que soy tan estúpida como para creerme algo así? Incluso si no supiera la verdad, me gusta pensar que habría atado cabos sobre su infidelidad fácilmente. Sus mentiras son tan superficiales y evidentes. Y, sin embargo, hace gala de su sonrisa encantadora mientras me suelta una mentira tras otra, pensando que su tonta esposa no se entera de nada. ¿Qué clase de narcisista es para creer que nadie se ha dado cuenta de lo que es?

Un mujeriego.

En un momento dado, vi a mis vecinos, Alice y Jason. Estaban en su salón, con las persianas subidas. Tenían vino y yo podía oír el débil sonido de la música desde mi casa mientras los observaba en la oscuridad. Hubo un instante en que los vi bailar un lento. Debí de estar mirándolos desde mi casa más de treinta minutos, hipnotizada por la estampa de lo que podría ser un matrimonio feliz.

Se les veía tan felices que me daban náuseas. Una parte de mí quería llamar a su puerta y demostrarles por qué no hay nada de qué alegrarse en este mundo. Todo se va a la mierda.

Cuanto más pienso en mi tercer encuentro con Emma, más lo odio a él. Y más la odio a ella también.

De hecho, me soltó a la cara: —¿A quién le importa si está casado? —. ¿Quién en su sano juicio dice algo así? Si supiera a quién se lo estaba diciendo.

Si supiera lo que llevo en el bolso.

Pensé en acabar con todo allí mismo. Sacar el cuchillo y matarla rápidamente. Aunque tendría que ponerle la cinta americana después de muerta. Pero así no es como trabaja el Asesino del Desamor. Tenía que recordarme a mí misma que debía mantener la calma.

El Asesino del Desamor se divertía más con sus víctimas. Atándolas y burlándose de ellas antes de matarlas.

Le veo el atractivo. Deseo con todas mis fuerzas acabar con el dolor que siento descargando mi rabia y frustración en su preciosa novia.

¿A quién le importa si está casado? Dejé que sus palabras calaran hondo, recordándome por qué quería hacer esto.

Sentí lástima y tristeza por ella cuando mencionó a su madre. Sentí rabia inmediatamente después, cuando dijo que planeaba seguir saliendo con Owen aunque estuviera casado.

¡Que lo está!

Pobre Emma. Estoy segura de que su hermana llorará su pérdida.

Pero ¿a quién le importa? Retuerzo la frase de Emma para que encaje con mi propia actitud sobre lo que pienso hacer.

Pero, ¿sigo queriendo hacerlo?

Llevo en casa más de una hora, sentada al borde de mi cama, intentando que mis emociones dirijan mis actos.

No funciona. Mi cuerpo se resiste.

En lugar de acostar a Chloe, debería haberla llevado en coche a casa de mi padre para una visita nocturna. No he dado con el motivo de este recado de emergencia para el que necesito que mi padre cuide de Chloe. Tenía la esperanza de inventarme una razón para la visita de última hora de camino a casa de mi padre, pero mi rabia me ciega.

Eso y mi vacilación.

Se merece lo que le viene encima. Owen lleva buscándoselo mucho tiempo. Se cree que puede seguir arruinando mi vida, hablándome como si fuese idiota mientras se tira a su zorra.

Ella también se lo merece. Aunque no sepa quién soy de verdad, me ha dicho a la cara qué clase de persona es. Del tipo al

que no le importa si él está casado.

Solo le importa ella misma. Ser «feliz», según dijo.

Emma no merece la felicidad. Es una rompehogares.

¿Pero lo es de verdad? Ella no sabe a ciencia cierta que Owen esté casado o que esté viendo a otra mujer. Podría estar simplemente procesando sus propias emociones. Cayó ante los encantos y mentiras de Owen, igual que me pasó a mí.

¿Puedo culparla?

Me tapo la cara y sacudo la cabeza ante mi indecisión e inacción. Si de verdad quisiera llevar adelante lo que deseo, ¿por qué sigo sentada en la cama? El plan es fácil. Demasiado fácil ahora que he desbloqueado la ventana del baño.

Ir a su apartamento. Abrir la ventana. Entrar. Esperar a que sea vulnerable.

Matarla.

Cuando la descubran, encontrarán el símbolo del Asesino del Desamor en su pecho. Los brazos envueltos en cinta americana.

El Asesino del Desamor habrá vuelto, solo que esta vez su identidad será fácil de establecer. Owen. Él es el asesino. Las pruebas que plantaré lo dejarán claro.

Me levanto de la cama, dejando que los pensamientos oscuros que se arremolinan en mi interior se apoderen de mí. Salgo del dormitorio pensando en el cuerpo sin vida de Emma y odio lo mucho que eso me hace feliz. Me detengo en seco al oír cómo se abre la puerta principal.

Owen ha llegado a casa.

Se ha ido de casa de Emma. ¿Por qué? Ella mencionó que las cosas con él eran complicadas. ¿Habrá pasado algo?

Me imagino que la ha dejado. Al hablar con ella hoy, es obvio que no va a dejarlo. De repente, Owen llega temprano a casa en lugar de pasar toda la noche en el dormitorio de ella.

Por un momento, el corazón me da un vuelco ante la idea de que no tenga que llevar a cabo lo que he planeado. ¿Existe alguna forma de que pudiera perdonarlo?

¿Puedo perdonar a Emma? Sigo sintiendo rabia al pensar en ella.

¿Y si esta es la señal para dejarlo correr todo? ¿Para no seguir adelante con lo previsto?

Cuando pienso en nuestro pasado, todavía hay muchos aspectos positivos en nuestra relación. Primero está Chloe. Nuestra pequeña. Cuando estaba embarazada de ella, Owen salía corriendo de casa varias veces para cumplir cualquier antojo que tuviera, sin importar la hora. Recuerdo lo felices que éramos en los cursos de preparación al parto que hicimos cuando estaba de seis meses. De broma, puso una mueca al cambiarle el pañal al bebé de plástico. Puso exactamente la misma cara al cambiar a Chloe cuando nació, solo que esa vez era de verdad.

Ese Owen aún puede existir. El hombre del que me enamoré. El hombre con el que me casé y con el que planeaba vivir para siempre.

Owen sube las escaleras despacio y se detiene al verme apoyada en la puerta de nuestro dormitorio.

—¿Cómo ha ido la noche? —le pregunto, con la esperanza de ver cualquier indicio en sus palabras o en su reacción que me permita calibrar qué ha pasado entre él y Emma.

Sacude la cabeza con el rostro impasible. —No he cerrado la venta —dice. Pasa por mi lado para entrar en el dormitorio, se quita la chaqueta y la tira sobre la cama. Veo que su móvil se sale del bolsillo de la chaqueta y, por un momento, pienso en cogerlo y registrar sus mensajes. Se desabotona la camisa y me dedica una sonrisa forzada—. Quizá mañana vaya mejor.

—Quizá —respondo, esperando que sea cierto. Antes de que pueda decir una palabra más, se despereza.

—Mañana va a ser un día largo —dice—. Tengo esa estúpida reunión a la que Doug nos obliga a asistir a todos. Algún curso de habilidades sociales sobre cómo practicar la escucha activa. Se cree que eso mejorará las relaciones con nuestros clientes. Es una gran pérdida de tiempo y me ocupará toda la jornada en la oficina —bosteza—. Además, la pareja quiere pensarse un poco más lo de la casa. Puede que tenga otra visita nocturna con ellos mañana por la noche si cambian de opinión. ¿Te parece bien? —Me mira con sus ojos brillantes, esperando que su estúpida mujer esté de acuerdo—.

El único momento en que pueden reunirse es tarde. Ella es enfermera con unos horarios de locos y él trabaja de día.

Me quedo callada, asombrada de su capacidad para sacarse realidades falsas de la manga con tanta facilidad. —¿A qué se dedica él? ¿El marido? —le pregunto para que cave su propia tumba un poco más hondo.

Inspira profundamente y mira hacia arriba. —Creo que dijo que es profesor, o algo así.

Sonrío. —Bueno, quizá cierres el trato mañana.

Creo que he encontrado la inspiración para seguir adelante con mis propios planes. Mi sonrisa se ensancha mientras lo veo cambiarse y ponerse una camiseta blanca y unos pantalones cortos para dormir.

—¿Qué pasa? —pregunta él arqueando una ceja.

—Oh, nada —respondo, pero no puedo evitar que mis pensamientos recreen cómo será algún día, cuando mi marido se ponga camisetas naranjas y pantalones de chándal holgados. Cuando vaya a la cárcel, pasará muchas noches rememorando cómo le pillaron.

Mientras nos metemos en la cama, me da un pico en los labios antes de apagar la luz de la mesilla. —Buenas noches —dice, dándose la vuelta.

Mira hacia el otro lado y yo me quedo mirando su nuca, preguntándome qué tan fácil sería para mí coger la lámpara y machacarlo con ella.

Lo que tengo planeado es más retorcido, tan metódico e impresionante como su capacidad para mentir. Mi marido tiene un talento: mentir. Pronto descubrirá cuáles son los míos.

Mientras oigo cómo se ralentiza su respiración, se gira hacia mí en algún estado del sueño. Mi rabia se suaviza al mirar a mi apuesto marido, frente a mí en nuestro lecho nupcial.

No tiene por qué ser así. Puedo contenerme y no empeorar las cosas.

Entonces pienso en Emma y todo se viene abajo. Lo único que me hace feliz es saber qué pasará la próxima vez que esté ante su puerta.

Respiro hondo mientras miro a mi marido. Mi rostro se desencaja para revelar la furia que llevo dentro. —Te odio —le susurro.

CAPÍTULO 23

Emma

Después de darle tantas vueltas a la idea de ver a Owen anoche, él tomó la decisión por mí.

—No me encuentro bien —decía su mensaje—. ¿Podemos vernos mañana?

Por supuesto, respondí que sí, pero fue en ese momento cuando me di cuenta de lo mucho que quería terminar con esto de una vez. Tuve que pasar otra noche preguntándome qué está pasando en la relación con el hombre al que amo.

Amo.

Realmente lo amo. Lo sé por lo dolida que me siento. He tenido el estómago hecho un nudo toda la noche y esta mañana. Estoy desbordada por las emociones.

Owen ha dicho que vendría más tarde, después del trabajo. Tiene unas reuniones de ventas obligatorias durante todo el día.

Aunque sé que lo veré pronto, la espera es espantosa. Podría vomitar solo de pensar en cuántas horas más tengo que esperar para verlo.

Por una vez en mi vida, pensé que era feliz. Pensé que había encontrado al hombre perfecto. Tenía tantas esperanzas puestas en lo que estar con Owen podría aportar a mi vida. Estabilidad, romance y, más que eso, una amistad que pudiera durar para siempre.

Pienso en mi hermana y en su marido. Al haber vivido en su sótano, sé que su vida amorosa no es perfecta, pero de alguna manera sé que siempre estarán juntos.

David es un pragmático. No deja que las discusiones se le vayan de las manos, y se nota lo mucho que quiere a mi hermana. Hay fotos de ellos a lo largo de su relación repartidas por todas las habitaciones de la casa, incluso en el sótano donde yo me alojaba.

Odiaba quedarme mirando la foto de ellos que había en mi habitación del sótano. Se la hicieron en su luna de miel en Roma. La miraba a menudo, preguntándome si alguna vez conseguiría ser la mitad de feliz de lo que Julie es con David.

Pensé en quitar el cuadro, pero, lógicamente, no era mi casa.

Al pensar en Julie, sé que probablemente debería devolverle la llamada. Ha llamado varias veces esta mañana. No se lo he cogido.

Sé lo que quiere.

Novedades. Qué tal fue con mi hombre misterioso anoche. Querrá saberlo, y ojalá tuviera respuestas.

Como si quisiera atormentarme más, marco su número en el móvil. Responde enseguida.

—Hola —dice—. ¿Estás bien? ¿Fue mal lo de anoche? —Hay una larga pausa antes de que continúe—. Perdona, es que estaba preocupada por ti.

—No vino anoche —digo, bajando la cabeza y sentándome en el sofá—. Dijo que no se encontraba bien.

—Uf —gruñe mi hermana, compartiendo mi frustración—. Deberíamos seguirle o algo así. Quizá así puedas averiguar qué está pasando.

Casi sonrío cuando dice «deberíamos». Realmente me apoya.

—No quiero ser esa clase de novia —digo, respirando hondo —. Además, dice que vendrá esta noche.

—¿Qué vas a hacer si te pones en lo peor? ¿Si está con otra?

Bajo la cabeza. —No lo sé.

—Bueno…

—Julie —digo con tono brusco—, para. Sé que lo dices con buena intención, pero lo estoy pasando mal. No sé qué haré ni cómo reaccionaré. —Pienso en esa foto de David y Julie en el sótano y siento que se me saltan las lágrimas. Odio que esto me afecte tanto

emocionalmente. Odio esperar a que Owen me dé respuestas—. Solo quiero ser feliz… como tú.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea antes de que Julie responda. —Todo va a salir bien, Emma. No necesitas a un hombre para ser feliz en la vida.

Suspiro. —Eso es fácil de decir cuando estás felizmente casada, con un hijo precioso y una casa grande. Con valla blanca y todos los estereotipos de lo que parece una vida de ensueño.

¿No se suponía que mi vida de ensueño empezaba con Owen?

Hay otra pausa antes de que Julie diga una palabra. —No estarás bebiendo otra vez, ¿verdad? No pasa nada si es así, solo quiero que seas sincera conmigo.

Niego con la cabeza aunque no pueda verme. —No, no lo estoy haciendo. Te lo prometo por lo que más quiero en el mundo. Te juro por Rowan que no estoy bebiendo.

—Basta, Emma —suplica ella—. No me gusta que hables así. No deberías jurar por mi hijo.

—Solo quiero que me creas cuando lo digo esta vez —le digo. Hubo muchas veces en las que me creyó y yo mentí. Hay muchas cosas de las que me arrepiento de haber mentido—. Realmente pensaba que tenía algo especial con él.

—Bueno, todavía no has hablado con él. Quizá haya una explicación. Tal vez esté pasando algo más. No tienes por qué ponerte en lo peor antes de hablar con él.

No respondo porque conozco la respuesta. Mi vida es terrible. Yo soy terrible. Nunca seré feliz porque no me lo merezco.

Suelto un suspiro. Si tengo razón y hay otra mujer, no sé qué haré. Siento que me estoy volviendo loca solo de esperar a que Owen venga a verme.

—Quizá debería volver a vuestra casa —digo, rindiéndome—. Quizá es ahí donde debo estar en la vida.

—Emma, para —suplica de nuevo—. Te mereces ser feliz. Te mereces encontrar a alguien que te quiera, pero no hace falta que fuerces las cosas. Algún día, esa persona llegará a tu vida. Te lo prometo.

Dejo que sus palabras calen en mí. Antes de que pueda decir nada más, suena el timbre.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta Julie.

—Es el portal —digo—. Alguien está llamando. Espera un momento.

Salgo de mi apartamento y abro la puerta principal. Casi se me cae el teléfono de la mano al ver de quién se trata.

CAPÍTULO 24

Owen

Sonrío cuando Emma abre la puerta. Pero cuando me devuelve el saludo con una sonrisa forzada y cautelosa, mis peores temores se confirman.

—Tengo que colgarte —dice ella, y se guarda el móvil en el bolsillo. Me mira y sé que algo va mal.

—He traído café —digo yo—. De nuestro sitio. A venti blonde vanilla latte. Seguramente me haya equivocado en algo, pero es lo mejor que he podido hacer.

Extiendo la mano, sintiendo cómo el café caliente me calienta la palma. Ella no lo coge de inmediato, sino que lo hace con reticencia. —Te has equivocado un poco. Un venti blonde vanilla latte helado y con la mitad de azúcar. Se acerca bastante. —Me mira, frunciendo los labios—. ¿Te encuentras mejor hoy? —Examina mi rostro como una investigadora del FBI que interroga a un asesino.

Niego con la cabeza. —En realidad no, y no puedo quedarme a hablar. Solo quería pasarme para empezar bien el día viéndote. —Ella no responde. Bajo la cabeza—. Viste los mensajes de texto de mi móvil el otro día, ¿verdad? —No tiene sentido fingir lo contrario. Ella asiente despacio—. Sé que tenemos mucho de qué hablar —digo—, y tengo algunas cosas que explicarte. Hablaré de todo contigo, ¿de acuerdo?

—Solo quiero saber la verdad, Owen —dice ella—. Es lo único que me importa.

Asiento. —Y te la mereces. —Miro a mi alrededor, hacia el exterior—. Volveré en cuanto termine de trabajar. Podemos repasarlo

todo juntos. —Por el rabillo del ojo, veo a alguien caminando por la calle. Me giro para asegurarme de que no es ella. Emma también mira.

Una vez confirmo que no es Alexandria, me vuelvo hacia Emma con una leve sonrisa, intentando por todos los medios transmitir con mis gestos cómo me siento. —Solo quiero decirte, antes de que volvamos a vernos esta noche, que sepas cuánto te quiero, Emma.

Ella baja la cabeza. —Owen...

Agito la mano en mi defensa. —Te lo explicaré todo, pero necesitas saber eso. Te quiero, Emma. Me encanta todo de ti. Lo único que quiero es pasar cada momento contigo el resto de mi vida.

De repente, una sonrisa aparece en su hermoso rostro y yo le devuelvo la sonrisa. Podría saltar de alegría por lo bien que me siento en este momento. No es como quería decírselo, pero necesitaba hacerlo antes de verla esta noche.

—Owen, no puedo decirte lo mismo ahora mismo —dice ella —. Tenemos que hablar esta noche.

Asiento y sonrío de oreja a oreja. —Lo sé, y tengo mucho que decir. —Mis ojos se encuentran con los suyos, y todo lo que veo es el amor que siente por mí y que sus labios no dicen—. Hasta luego.

Me cuesta horrores no inclinarme y besarla. Es todo lo que deseo en este momento, pero no me parece apropiado.

En su lugar, me marcho, mirando atrás una vez para asegurarme de que me está observando. Lo hace. Me doy la vuelta y me subo a mi coche, tomándome un momento para mirarla de nuevo. Está apoyada en la puerta de su apartamento, observándome mientras me voy.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

Sé que, pase lo que pase, podemos sobrevivir a esto. Solo tengo que averiguar cómo.

Mientras conduzco hacia mi oficina, repaso tácticas para salir de esta de una pieza. Alexandria sabe lo de Emma. Sabe dónde vive.

¿Cuánto tiempo lleva acosándonos? ¿Cuánto falta para que deje de esconderse? Cuando eso ocurra, ¿qué hará Alexandria?

La respuesta obvia es que se lo contará todo a Emma.

O algo peor. Recuerdo lo que Alexandria me dijo anoche: «No eres el único que puede hacer daño a la gente».

¿Qué significaba eso?

¿Planea hacerle daño a Emma? Debería haberle provocado un neumotórax la otra noche y haber acabado con ella. Se acabaron los problemas. Sin preocupaciones por lo que pudiera decir si no pudiera volver a pronunciar ni una palabra.

Golpeo el volante con frustración y el impacto hace que el claxon suene. El conductor de un Jeep en el carril de al lado se gira y me mira boquiabierto. Una parte de mí quiere dedicarle un corte de mangas como respuesta, pero en su lugar intento por todos los medios calmarme.

Respira hondo. Contrólate, Owen.

Me desperté varias veces anoche preocupado por lo que pasaría después de que me fuera de su casa. ¿Y si Alexandria está llamando a la puerta de Emma? ¿Y si se quedó fuera de su edificio, acechándola? Prometió que se iría, ¿pero lo hizo? ¿Está a salvo Emma? ¿Qué pensaba hacer?

Si no me hubiera ido anoche, sé que Alexandria habría hecho alguna locura. Tenía que ir a casa o, de lo contrario, las cosas habrían ido a más.

Sin embargo, necesitaba asegurarme de que Emma estaba a salvo. He pasado por delante de su casa dos veces esta mañana, una de ellas solo para asegurarme de que Alexandria no estaba allí.

Al igual que yo, ella tiene que asistir hoy a la presentación. Al parecer, mi jefe piensa que todos necesitamos mejorar nuestra «escucha activa». Aunque ella sea nuestra recepcionista, todos los empleados están obligados a asistir.

Al ver que la ponente empezará en los próximos diez minutos, sé que ella estará en el trabajo. Ahora es un momento más seguro para escaparme y ver a Emma. Necesitaba asegurarme de que estaba bien. No podía empezar a trabajar sin verla. También necesitaba saber si Alexandria habló con ella anoche.

Cuando Emma ha abierto la puerta, me he temido lo peor. Que se hubiera reunido con mi exnovia. Que supiera lo de Karen. Que lo supiera todo.

Ese no es el caso, al menos por ahora, pero sé que algo va a pasar pronto. La pregunta es: ¿cuánto le cuento a Emma? Una exnovia loca podría ser bastante fácil de explicar. Mi vida con la otra mujer que comparte mi cama puede ser más difícil de digerir.

Llego al trabajo con solo un minuto de margen antes de que comience la presentación. Cuando entro en el edificio, Alexandria no está en su mesa. De hecho, no hay nadie en las mesas. Todo el mundo está dentro de la sala de reuniones. La ponente, una mujer cuyo nombre no recuerdo, se aclara la garganta y saluda a los presentes.

Cuando entro, la ponente me saluda y me disculpo por llegar tarde. Al mirar a mis compañeros sonrientes, que me saludan discretamente con la cabeza, solo falta una persona.

Alexandria no está aquí.

Se me cae el alma a los pies y vuelvo a mirar para asegurarme de que no me estoy volviendo loco. Al confirmar que no está entre los demás, me doy la vuelta rápidamente y salgo de la sala sin decir ni una palabra.

Miro por el pasillo hacia el aseo de mujeres. Podría estar allí. No te asustes, me digo a mí mismo.

Pero debería estar preocupado. Estoy mirando su mesa vacía cuando una mano se posa en mi hombro. Me la quito de encima rápidamente y me giro.

Mi jefe, Doug Hinchers, me mira con extrañeza. —Tranquilo, Owen —dice con una risa—. Estamos a punto de empezar.

Lo miro con los ojos muy abiertos. —No puedo quedarme. Tengo una venta importante, esa vieja casa de estilo victoriano del centro que llevo. Necesita unos arreglos.

Él asiente. —Lo sé, Owen. Siempre tienes alguna venta pendiente, pero necesito que te quedes para esto. Esta clase es importante para la empresa. Sé que es todo el día y que es mucho, pero esto es obligatorio, así que... —Señala hacia la sala—. Todo el mundo está en el mismo barco que tú.

Doug es el hombre más terco que conozco. Luchar contra esto no servirá de nada. Lo único que podría hacer es mandarlo a paseo y dejar el trabajo en el acto.

Tampoco puedo hacer eso.

Vuelvo a mirar la mesa vacía de Alexandria. —¿Dónde está Alexandria hoy? Necesito que me ayude con algo.

Doug frunce los labios. —Ha llamado para decir que está enferma. —Mira hacia la sala de reuniones—. No hagamos que el equipo nos espere, Owen. —Me toca el hombro y me guía suavemente hacia la sala de reuniones mientras yo me quedo mirando la mesa de Alexandria.

CAPÍTULO 25

Karen

Cuando entro en el camino de entrada de la casa de mi padre, él está en el porche, bebiendo una cerveza y esperándonos. Es poco más de mediodía y una hora extraña para estar bebiendo, sobre todo cuando se supone que va a cuidar de mi hija.

Chloe no se percata de mi observación y, en cambio, chilla de alegría y grita: —¡Abuelo!—. Aunque él no puede oírla, parece notar su entusiasmo y le saluda con la mano desde la furgoneta con una amplia sonrisa.

—Gracias de nuevo, papá —le digo mientras bajo y abro la puerta del copiloto para Chloe. Ella corre inmediatamente hacia mi padre y le da un abrazo de oso con sus bracitos. Él se ríe.

—Hola, Chloe —dice él—. ¿Cómo va eso?

—¿Podemos ver dibujos otra vez? —dice Chloe, sin responder a su pregunta.

Él sonríe. —Por supuesto.

—No tardaré mucho —le digo. Estoy a punto de irme cuando vuelve a llamarme.

Hoy no. No quiero volver a pasar por esto con él. No tengo paciencia. Tengo que irme. Hay cosas que tengo que hacer antes de ir a casa de Emma.

Esta vez no espera a que Chloe entre en casa antes de empezar con las preguntas. —¿A dónde vas hoy? —pregunta.

Hubo un tiempo en el que podía salirme con la mía con un «oye, papá, ¿puedes cuidar de Chloe unas horas?» sin tantas preguntas posteriores.

—Solo a hacer unos recados, papá —respondo, intentando por todos los medios mantener la calma.

—¿Qué recados son? —pregunta él. Chloe inclina la cabeza y me mira fijamente.

—Solo necesito algo de tiempo para mí. ¿Pasa algo?

—Últimamente han sido muchas cosas, Karen —dice. Ahora mira a Chloe—. Anda, entra. El mando está en la mesa del salón. —Chloe me da un abrazo antes de entrar.

Papá no me ha quitado los ojos de encima. —Sé que has dicho que no pasa nada, pero un padre sabe cuándo su hijo trama algo.

Me dan ganas de perder los papeles. De gritarle. ¿Cómo se atreve a cuestionarme? Tal vez debería decirle la verdad.

«Papá, hoy tengo intenciones asesinas y necesito tu ayuda. Cuida de mi hija».

Es culpa suya que yo sea así. Su ira se filtró de su genética a la mía. O tal vez fueron los años viendo cómo trataba a mi madre lo que me hizo así. Esta persona colérica, contaminada por el odio y que salta a la mínima en todo momento.

Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo pelearme con mi coartada. Necesitaré que apoye mi versión de lo que ocurra hoy.

Me tapo la cara. —No lo sé —digo—. Las cosas no han sido… precisamente las mejores con Owen.

—Lo sabía —dice él, dándole un sorbo a su cerveza—. ¿Qué ha hecho? —Por un momento, veo un destello de rabia en sus ojos. La mirada que veía cuando era niña. Casi siento miedo al mirarlo ahora. Solo que ahora soy mucho más valiente. Él sería el que me tendría miedo si supiera lo que estoy haciendo.

—Nada, papá —digo—. Solo estamos pasando por una mala racha, supongo. —Suspiro—. No me puedo creer que le vaya a contar esto a mi padre, pero hace meses que no tenemos intimidad. He estado dando muchos paseos y saliendo a correr últimamente. Estoy intentando perder algo de peso.

Se le descompone la cara y también bajan su brazo y su cerveza. —Lo siento —dice—. Eres guapa, Karen. No pienses que tienes que hacer nada para que un hombre te quiera.

Suelto una carcajada. No sé qué es más gracioso, si el apoyo que me está mostrando mi padre —de quien nunca esperé que fuera emocionalmente capaz de algo así— o su buen consejo.

—Solo quiero sentirme mejor —digo—. He estado trabajando en mí misma.

Me mira un momento, examinándome, hasta que levanta su cerveza y sonríe con sorna. —Bueno, ya sabes que tu madre y yo de vez en cuando también nos dábamos de lo lindo.

Así no es como yo lo recuerdo. Más bien era él perdiendo los estribos y gritándole a mamá hasta que ella lloraba. Pero no se lo digo.

—Lo sé —digo en su lugar—. Me voy ya, papá. ¿Estamos bien?

Él sonríe. —Por supuesto. Siempre puedes traer a Chloe. Algo que nos ayudaba a tu madre y a mí era salir solos de vez en cuando. Quizá deberíais hacerlo más. Por supuesto, Chloe puede quedarse aquí. Incluso a dormir. Dadles a mamá y a papá una noche para ellos solos. —Levanta las cejas con picardía.

Suspiro. Desearía que esta conversación no hubiera ocurrido nunca. —Gracias, papá.

—Tómate tu tiempo —dice él—. Si quieres que lo de hoy se convierta en una noche de quedarse a dormir, dímelo.

Mientras me alejo con el coche, pienso en lo que ha dicho. Lo de las noches de cita probablemente no habría sido una mala idea. Posiblemente habrían ayudado. Eso fue antes de que mi marido decidiera meter su polla en otra mujer.

Ahora solo hay una forma de que termine mi matrimonio.

Antes de conducir hasta la casa de Emma, me detengo en una tienda de disfraces que busqué por internet. Es el único sitio que ofrece disfraces para comprar o alquilar durante todo el año.

Hoy voy vestida con ropa oscura diferente y quería complementar mi nuevo atuendo con pelo falso. Rubio. Irónico, ya que eso es lo que Owen prefiere en las mujeres. Es el mismo color de pelo que tiene su querida Emma. Si alguien se fija en mí, será el color del pelo lo que vean. También he traído pintalabios rojo. Otra distracción para despistar sobre quién soy.

Antes de salir del aparcamiento de la tienda, me pongo la peluca y me aplico el pintalabios con cuidado usando el espejo retrovisor.

Ahora que estoy lista, conduzco hasta el apartamento de Emma. Durante todo el camino, espero que la conciencia me remuerda. Que me haga cambiar de opinión sobre lo que quiero hacer. Oír al angelito de mi cabeza pelear con el demonio sobre qué camino seguir.

Hay un silencio extraño en mi mente. Es como si mi cuerpo estuviera listo para llevar esto al siguiente nivel.

Empiezo pasando por delante del apartamento de Emma. Como si fuera una señal para seguir adelante con mi plan, Emma sale de su edificio, cerrando la puerta tras de sí. Incluso tira de la puerta para asegurarse de que está cerrada.

Por suerte, no es así como voy a entrar en su apartamento.

Mira hacia mi coche y yo me agacho en el asiento, mirando a la carretera. Cuando la paso de largo, miro por el espejo retrovisor antes de buscar un sitio para aparcar.

CAPÍTULO 26

Emma

Parece que en los últimos días lo único que he hecho es esperar respuestas. Es desesperante. Después de que Owen me haya visitado esta mañana, es incluso peor.

Esas tres palabras pueden traer tanta felicidad y, en mi caso, tanta confusión.

Te quiero.

Debería ser un momento conmovedor. El hombre al que amo me ha dicho que me quiere. Pero tengo el yunque sobre la cabeza tan cerca que casi puedo sentirlo. Ya ha admitido que oculta algo.

¿Qué es? ¿Otra mujer? ¿Está casado? No lo sé, pero me está volviendo loca.

Al principio me puse muy contenta cuando dijo esas palabras, pero ahora desearía que no hubiera venido. Preferiría que hubiera venido después del trabajo y me lo hubiera explicado entonces. La espera es difícil y es lo único que he estado haciendo.

¿Vale la pena esto siquiera?

En el fondo, sé la respuesta: sí. Ningún hombre me ha hecho sentir nunca así. Jamás en mi vida me he sentido tan segura de estar hecha para otra persona como me siento con Owen. Mi hermana dijo que quizá Owen no sea mi media naranja, pero ¿cómo puede ser eso si es el único que ha tenido este poder sobre mí?

Al igual que ayer, he dado muchos paseos y he comido basura mientras la televisión basura matinal me hacía compañía.

Con la cabeza en las nubes, salgo de mi edificio de apartamentos. Preocupada por si me he dejado la puerta principal

sin cerrar, compruebo dos veces y, por costumbre, la he cerrado con llave.

Van a pasar horas hasta que vea a Owen y es demasiado difícil de sobrellevar. Desearía poder pulsar el botón de avance rápido en mi vida hasta el momento de verlo.

¿Qué está pasando en mi vida? ¿Qué es lo que oculta Owen?

Giro al final de la manzana y me dirijo hacia un parque. Intento dejar que el hermoso follaje y las plantas anuales de verano calmen mi ansiedad, pero tropiezo con mis propios pies. Casi pierdo el equilibrio, pero consigo sostenerme. Al mirar hacia abajo, veo que el culpable es un cordón suelto. Uno que probablemente ni me molesté en atar antes de salir de casa. Necesito salir de este aturdimiento. Necesito que mi vida gane algo de claridad, y pronto.

Me inclino para atarme el zapato correctamente y me fijo en una mujer vestida con ropa oscura a media manzana por detrás de mí. Se me queda mirando y se detiene en seco, saca su teléfono y se apoya en un árbol cercano. Se aparta sus rizos rubios sobre el hombro.

Me pongo de pie y respiro hondo. Owen tiene mi mente dando vueltas, así que siento la necesidad de ir más rápido. Empiezo a trotar ligeramente, abriéndome paso por el sendero. A pocas manzanas está el río. Me encanta estar cerca de él. Al otro lado está Detroit, Míchigan. Solo he estado en los Estados Unidos un puñado de veces, pero me encanta mirar al otro lado de las aguas movedizas y saber que otro país me está devolviendo la mirada.

Al llegar al camino que bordea el río, disfruto de las maravillosas vistas. El propio río reluce mientras la luz del sol baila sobre su superficie.

Siempre me pregunto qué pensarán los estadounidenses cuando miran al otro lado del río hacia Windsor. No tenemos ni la cuarta parte de los edificios altos que tienen ellos en el centro, pero aquí es verde y espacioso. Uno de los pocos edificios grandes que probablemente ven es nuestro casino, donde los estadounidenses pueden cruzar un puente y apostar a los dieciocho años en lugar de a los veintiuno.

Casi sin aliento, me detengo para descansar un poco, apoyándome en la valla de hierro negro, contemplando el río Detroit y Estados Unidos, observando las motas que son las personas y los coches al otro lado.

Una pareja de ancianos pasa caminando lentamente a mi lado. Sonrío al reconocerlos. Es la misma pareja que vi en la cafetería cuando esperaba a Owen. Hay algo al verlos que hace que se me derrita el corazón.

Yo podría tener eso con Owen. Lo sé. Sea lo que sea que tenga que decir, hay una posibilidad de que aún podamos estar juntos.

Puede que tenga que dar algunas explicaciones, pero si creo que vale la pena, podemos hacer que funcione. Imagino que la pareja de ancianos está jubilada y que dan largos paseos por el río, haciendo varias paradas breves en las cafeterías del camino.

Es un pensamiento hermoso.

Mi ensoñación se desvanece cuando me fijo de nuevo en la mujer de ropa oscura. Viene por el camino hacia mí.

Me sacudo los pensamientos extraños que tengo y, en su lugar, vuelvo a mirar hacia Detroit.

Mucha gente usa los senderos junto al río para caminar, correr o montar en bicicleta. Probablemente la mujer también viva en el centro. Pero no puedo quitarme esta extraña sensación.

Sigo caminando por el sendero. El otro día caminé hasta el puente Ambassador. Hoy quiero ir por el otro camino y ver cuánto puedo aguantar antes de querer dar la vuelta.

Cuando empiezo a caminar, me giro y veo a la mujer de ropa oscura haciendo lo mismo que yo hacía hace un momento: disfrutando de la vista del agua y de la ciudad más allá. Paso por su lado, asiento con la cabeza y la saludo. Ella me devuelve la mirada y evidentemente se fija en mí, pero no dice nada. En lugar de eso, gira la cabeza y vuelve a mirar hacia el agua.

Después de treinta minutos de una mezcla de trote ligero y caminata a paso ligero, he pasado de largo el casino y me he alejado de la mayoría de la gente.

Sonrío al darme cuenta de que he cumplido mi misión de no pensar en Owen. Por supuesto, en cuanto me doy cuenta de ello, no puedo pensar en otra cosa.

Bajo por una pequeña colina hacia un sendero que se aparta del asfalto. Es un camino por el que no pasa mucha gente. De hecho, la semana pasada encontré un pequeño asentamiento de personas sin hogar por aquí. Cuando pasé hace poco, se habían ido, pero algunas de sus pertenencias se habían quedado atrás. Una sábana sobre unos árboles para dar sombra y algunas botellas vacías.

Camino entre los árboles hasta la orilla. Es rocosa, y el caudaloso río Detroit rompe contra las rocas a mi lado.

Sonrío al ocurrírseme la idea de quitarme los zapatos y los calcetines y meter los pies en el agua fresca. No he hecho esto en mucho tiempo. Guardo los calcetines en los zapatos y meto un dedo del pie para probar cómo de fría está el agua. El verano casi ha terminado, pero la humedad sigue aquí. El agua fresca es un alivio para mi piel caliente.

Oigo el crujido de una rama y giro la cabeza. Un árbol se agita y veo aparecer a una mujer. Es la misma de antes.

Cuando la vi, pensé que era mayor. Era difícil de saber con sus gafas oscuras y su ropa. De cerca, puedo ver lo tersa que es su piel y sus largos rizos rubios. Por un momento, creo que la conozco.

—¿Quién es usted? —pregunto, sabiendo que no puede ser una coincidencia que esté aquí. Me ha seguido, pero ¿por qué?

He dejado mi bolso sobre las rocas, fuera de mi alcance desde donde estoy. Mi navaja está allí. Me dirijo de nuevo a la mujer, que se limita a mirarme fijamente.

El corazón me late más deprisa al darme cuenta de que esta misteriosa mujer puede tener malas intenciones. Se mete la mano en el bolsillo, sin prisas. Mis ojos se agrandan mientras me pregunto si debería correr a por mi bolso o intentar alejarme nadando.

En lugar de eso, me limito a observarla con horror, esperando a ver qué hará a continuación. Saca su teléfono móvil, lo apunta hacia mí y pulsa la pantalla antes de bajarlo y mirarme de nuevo.

Luego se da la vuelta y se va.

Observo con confusión cómo la extraña mujer vuelve por el camino y desaparece de la vista.

CAPÍTULO 27

Owen

El día transcurre cada vez más despacio. No es solo que la presentación obligatoria sea aburrida. Aunque no tuviera la cabeza en otra parte, me costaría mucho que me importara lo que la ponente está diciendo.

Hemos tenido un descanso y mi jefe, Doug, nos ha preguntado a algunos qué nos estaba pareciendo hasta ahora. Unos cuantos colegas han asentido con la cabeza y un lameculos ha mencionado que las habilidades blandas de ventas que estaban aprendiendo podrían ser muy útiles para una jornada de puertas abiertas que tienen el próximo fin de semana.

Me han dado ganas de poner los ojos en blanco ante la idea de que alguien pudiera sacar provecho de esto. Por supuesto, cuando he intentado marcharme de nuevo, Doug me ha detenido. Esto era obligatorio.

Ojalá hubiera tenido la sensatez de llamar para decir que estaba enfermo.

De vez en cuando, asomo la mirada fuera de la sala de reuniones hacia la recepción, con la esperanza de ver entrar a Alexandria. Sé que eso no va a suceder.

La verdadera pregunta que me hago es: ¿dónde está? No está enferma. Eso lo sé de sobra. No se le oían ni tos ni estornudos cuando la pillé acechando a mi novia.

No, no está enferma en casa. Está demasiado ocupada arruinándome la vida.

Eso reduce las posibilidades a dos lugares: mi casa, cerca de mi mujer, o cerca del apartamento de mi novia.

Durante el descanso, incluso he intentado llamar a Alexandria, pero ahora es ella quien me ignora.

—¿Dónde estás? —le he escrito por mensaje—. ¿De verdad estás enferma? ¡Por favor, no hagas nada! ¡Lo digo en serio!

Me hierve la sangre mientras la presentación comienza de nuevo y me veo obligado a sentarme en una sala a escuchar a una mujer parlotear sobre cómo escuchar mejor.

Mientras la ponente habla, me suena el teléfono. Pido disculpas mientras lo pongo en silencio. No oculto que estoy mirando el móvil por instinto cuando estoy a punto de volver a guardármelo en el bolsillo.

Somos agentes inmobiliarios. Vivimos y morimos con el teléfono en la mano. No debería haber ninguna diferencia, a pesar de que veo que Doug me lanza una mirada que sugiere que no está nada contento.

Es un mensaje de respuesta de Alexandria. —Te he visto hoy en tu cita privada para tomar café con ella. Quizá yo también debería pasar un tiempo de calidad con Emma. ¿Tú qué crees?

Se me abren los ojos de par en par y rápidamente empiezo a teclear con furia en la pantalla. —¡Alexandria! ¡Déjala en paz! No…

Doug me susurra: —Guarda eso, Owen. Podrás hablar con los clientes después.

Le ignoro por completo e intento terminar mi mensaje cuando aparece una foto en mi pantalla. Es Emma. Está de pie en el agua, mirando a la cámara. Su cara lo dice todo. Está confundida y asustada.

Me quedo boquiabierto. Alexandria está cerca de ella ahora mismo. Emma está en peligro. Y yo aquí, aprendiendo técnicas de escucha activa.

Me levanto abruptamente, haciendo que la ponente deje de hablar. Mi jefe también se levanta de su silla, con las manos en alto, sin duda molesto conmigo.

—No puedo quedarme, Doug —le digo con tono brusco—. Es un asunto personal. Tengo que irme.

—¡Owen! —grita Doug mientras salgo de la sala y echo a correr por la puerta principal, pasando por delante del escritorio vacío de Alexandria.

CAPÍTULO 28

Karen

He estado de pie en la oscuridad durante lo que me parecen horas. Sin embargo, en tiempo real, han pasado casi treinta minutos.

Treinta minutos repasando en mi cabeza lo que ocurrirá cuando Emma cruce la puerta principal. Una vez que esté cómoda en su apartamento, haré notar mi presencia. Una parte de mí está emocionada por ver su expresión cuando salga de su armario.

Imagino diferentes escenarios en mi cabeza. En algunos, Emma me domina. En la mayoría de los casos, yo llevo las de ganar.

Agarro el cúter con la mano, deslizando la cuchilla hacia fuera y hacia dentro con el pulgar. Respiro hondo pensando en lo que sentiré cuando el filo le corte la piel.

Esto saldrá a la perfección. Me encargaré de Emma, colocaré las pruebas y me marcharé. Tendré que volver a casa de mi padre lo antes posible, asegurándome de que no me pillen cuando salga del edificio de apartamentos por la ventana del baño.

El disfraz me ayudará con eso.

Una vez en casa de mi padre, a pesar de haber hecho la parte difícil, mi día no habrá terminado. Establecer una coartada no es fácil. Tendré que parecer normal, lo que puede resultar difícil cuando la adrenalina me recorra el cuerpo.

Con el tiempo, mi querido esposo acudirá a su preciada Emma, solo para encontrarla indispuesta. Su bonita cara será irreconocible.

Todas las cualidades atractivas que tiene Emma se las arrebataré.

Llamaré a la oficina de Owen cuando se acerque su hora de salida. También me encargaré de llamar al 112. Usaré una línea externa para hacerlo. Fingiendo ser alguien cercano a la escena del crimen, diré que he oído un alboroto en el edificio de Emma.

Con un poco de suerte, la policía pillará a Owen con las manos en la masa en el apartamento de ella. Me lo imagino llorando sobre la cama, donde colocaré su cadáver, y a la policía irrumpiendo y arrestándolo de inmediato.

Incluso después de su arresto, mi trabajo no habrá terminado. Tendré que mantener el papel durante más tiempo. El Asesino de Corazones Rotos habrá regresado y Owen será el principal sospechoso.

Él no es el Asesino de Corazones Rotos, por supuesto, pero eso no importa. Estará vinculado al asesino para siempre. En lugar de preguntar si Owen es inocente de matar a su amante, los medios de comunicación y el tribunal de la opinión pública se preguntarán si él es el notorio asesino en serie o simplemente un imitador.

Independientemente de a qué respuesta lleguen los tribunales, la especulación sobre si mi marido es el Asesino de Corazones Rotos perdurará para siempre.

Tendré mi coartada con mi padre. Tendré mi vida intacta.

Owen estará en la cárcel, probablemente el resto de su vida. Se pudrirá en una celda sabiendo que su amada Emma está muerta, y será procesado por su asesinato. Durante lo que le quede de su patética vida, se preguntará qué le pasó realmente a Emma. ¿Quién la mató?

Pobre Emma. Echa mucho de menos a su madre. Yo ayudaré a que se reúnan.

Me encanta todo de mi plan. Rebosa el tipo de ironía que me hace sonreír cuando pienso en ello.

Una vez que el mundo vea el verdadero monstruo que es mi apuesto marido, lo dejaré. Divorcio. Será fácil y comprensible.

Todo el mundo lo esperará.

Chloe verá a su papá como la escoria que es. Seguiremos adelante con nuestras vidas juntas, encontrando un camino mejor para ambas. Owen y sus mentiras no volverán a perseguirnos jamás.

Claro, puede que él sospeche que tal vez su tonta esposa, la que él creía que se tragaba sus mentiras, tuvo algo que ver en el asesinato.

Mi padre confirmará que pasamos toda la noche jugando al cribbage y viendo dibujos animados con Chloe. Sí, salí a correr por mi cuenta, pero fue en un parque donde no hay cámaras y hay menos testigos para demostrar que estuve allí.

Después de cumplir la tarea, incluso puedo ir al parque y dejar mi coche en el aparcamiento un rato.

El único problema con mi plan es que Emma llega tarde a su propia muerte. Sabía que estaría fuera un tiempo, pero mi esperanza era que fuera un paseo corto por el barrio.

Respiro hondo, de pie en su oscuro trastero. Me apoyo contra la pared, golpeando el cúter contra mis pantalones negros. Sea cual sea el material del que está hecha la peluca rubia, me irrita la piel. Una parte de mí quiere quitarme el disfraz.

Mi lado más siniestro sonríe cuando pienso en la cara de Emma al abrir de golpe la puerta del armario y en mí corriendo hacia ella con mi cuchilla. No se lo esperará y no asimilará lo que está ocurriendo. «¿Quién es esta mujer de pelo rubio y labios de un rojo intenso que viene hacia mí? ¿Eso es un cuchillo grande en su mano? ¿Qué está pasando?».

Antes de que pueda procesar gran cosa, mi hoja entrará en ella y pronto todo habrá terminado.

Mi móvil suena en mi bolsillo y lo silencio rápidamente. Estúpida. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Con la adrenalina a tope, consigo poner el móvil en silencio.

Miro el móvil y veo que es papá: «Chloe quiere saber si podemos hacer una fiesta de pijamas. ¿Tú qué piensas?».

Bueno, preferiría que no. Necesito pasar tiempo con él en su casa después, pero preferiría desconectar de esta noche en mi propia casa después de matar a Emma, a solas.

Sacándome de mis pensamientos, oigo pasos que vienen de fuera del apartamento de Emma. La puerta se abre y los pasos están ahora más cerca de mí. Puedo oír a Emma soltando las llaves del

coche y quitándose los zapatos. Suspira audiblemente mientras se mueve por su apartamento.

Hago todo lo posible por apenas respirar y apenas moverme. Cuando me doy cuenta de que no está tan cerca de mí, vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y agarro el cuchillo con fuerza.

CAPÍTULO 29

Emma

¿Quién era la mujer de negro que me seguía?

Es lo único en lo que puedo pensar mientras regreso a mi apartamento. No la he visto nunca. Por un momento, debido a las gafas de sol oscuras, pensé en Karen. Mi nueva amiga, supongo que así la definiría. No estoy segura de si tomar el té una vez en mi casa nos convierte en colegas. Ni siquiera le pedí su número de teléfono. Solo me di cuenta después de que se marchara a toda prisa.

Con suerte, volverá. Dijo que lo haría. Estaría bien hacer una amiga en la ciudad.

La mujer que me seguía no era ninguna amiga, y definitivamente no era Karen. Su pelo rubio y rizado la delató.

Fuera quien fuese, me eligió como objetivo por alguna razón.

¿Cuánto tiempo llevaba siguiéndome? La vi por primera vez en un sendero que llevaba al río. Luego en el río y finalmente fuera del sendero, cerca de la orilla. Una vez que me tuvo a solas, me hizo una foto.

Otra pregunta en la que he estado pensando mientras camino a casa. ¿Por qué me hizo una foto?

Mi parte paranoica está empezando a tomar el control. No estoy a salvo. Esa mujer podría saber ya dónde vivo. Podría estar esperándome cuando llegue a casa.

¿Pero por qué la foto? ¿Qué me tiene reservado después la misteriosa mujer? Por la sonrisa de loca que tenía en la cara cuando me hizo la foto, sé que no es nada bueno.

No puedo quedarme en esta ciudad. Es hora de marcharse. Aquí no estoy segura.

Pienso en Owen. Siempre podría visitarme en el campo. Aún podríamos estar juntos. Sin embargo, faltan horas para que venga a mi casa. ¿Estoy siquiera a salvo en mi propio apartamento mientras espero a que llegue?

Tras el incidente con la desconocida, he sacado mi navaja para asegurarme de que está lista para usarla si me atacan de camino a casa. Tardo mucho más de lo habitual en volver a mi apartamento. Doy un rodeo extraño, zigzagueando por diferentes manzanas, asegurándome de que nadie me sigue.

Sabiendo que me estoy volviendo demasiado paranoica, finalmente entro en mi apartamento. Abro rápidamente la puerta principal y me aseguro de cerrarla con llave tras de mí. Respiro hondo, deseando vivir en un edificio de apartamentos que tuviera una mirilla para mirar al exterior. La mujer de negro podría estar fuera de mi edificio ahora mismo.

Al entrar en mi apartamento, lanzo las llaves con frustración hacia el sofá, al otro lado de la habitación. Me quito los zapatos rápidamente y bajo las persianas, echando un vistazo fuera mientras lo hago. Siento como si el mundo de repente quisiera atraparme y lo único que deseo es esconderme... y estar con Owen.

La pregunta es: ¿cuán a salvo estoy si me quedo aquí? ¿Sabe la mujer dónde vivo? ¿Está fuera ahora mismo?

Presa del pánico, cojo la navaja de mi bolso y la aprieto contra mi pecho, dejando que su pequeña hoja me consuele.

El timbre de mi apartamento suena y suelto un alarido, incapaz de contener la tensión dentro de mí. El timbre suena por segunda vez. Desde mi apartamento no tengo vistas al frente del edificio. Pienso en salir por la ventana y escapar por el callejón exterior.

Ella está ahora mismo tras mi puerta. Miro mi navaja y respiro hondo.

No tengo por qué tener miedo. Esta mujer no sabe con quién se está metiendo. Me abalanzo hacia la puerta principal y la abro de golpe.

CAPÍTULO 30

Owen

Cuando Emma abre la puerta de su casa, no puedo evitar sonreír. Me invade una sensación de alivio. —Gracias a Dios —digo, incapaz de contener mis sentimientos.

—Owen —dice ella con una mano a la espalda—. Pensé que vendrías más tarde.

Miro a mi alrededor, fuera de su edificio. La única persona que veo es a un hombre desaliñado que empuja un carrito de la compra al otro lado de la calle. Me fijo en un árbol frondoso en el patio del edificio. Siento como si nunca me hubiera dado cuenta de lo grande que es y, por un momento, me preocupa que Alexandria pueda estar escondida detrás.

Cuando vuelvo a mirar a Emma, se queda observándome, confundida.

—Necesitaba verte —digo—. No podía esperar más. —Vuelvo a mirar fuera, asegurándome de que ella no esté cerca. Si Alexandria ha estado lo bastante loca como para acorralar a Emma, ¿qué más estará dispuesta a hacer?

Entonces caigo en la cuenta. ¿Y si Alexandria ya ha hablado con Emma? ¿Y si está dentro de su apartamento ahora mismo?

—¿Estás sola? —le pregunto.

—Sí —dice ella rápidamente—. Por supuesto.

—Bien —respondo, echando un vistazo a mi coche—. Deberíamos irnos. Quiero que hablemos, pero aquí no.

Cuando vuelvo la vista, la expresión de Emma se ensombrece. Es como si pudiera leerme la mente y supiera que esas

cosas terribles que he estado ocultando están ahí.

—¿Se trata de la mujer que vi? —pregunta Emma.

Respiro hondo. Alexandria le hizo una foto. Pero no debe de haberle dicho gran cosa, ya que Emma todavía no tiene ni idea de quién es. ¿Estaba Alexandria intentando asustarla a ella y a mí enviando una foto de Emma a mi móvil?

Misión cumplida. Alexandria tiene mi atención, que es aparentemente todo lo que quiere por ahora. Sé que esto no terminará con ella acorralando a Emma y asustándola con fotos.

No es seguro estar en el apartamento de Emma ahora mismo.

—Vámonos y ya está —digo—. Te lo contaré todo, pero necesito que confíes en mí. —La miro fijamente y nuestros ojos se encuentran. Espero que pueda ver lo sinceras que son mis palabras. Tiene que creerme. Quedarse en su apartamento es peligroso. Después de pillar a Alexandria fuera la otra noche, debería haber confesado entonces. Me fui a casa y dejé a Emma en peligro. Me preocupaba contar la verdad, pero si no lo hago ahora, Emma podría salir herida. No podría vivir sabiendo que mis actos causaron que eso ocurriera.

Tiene que irse. Sacaré a Emma a rastras de su casa si no viene conmigo por voluntad propia.

Tras un momento, su mirada se suaviza y asiente con la cabeza. —Está bien —dice—. Iré contigo.

CAPÍTULO 31

Karen

Pero. Qué. Demonios.

CAPÍTULO 32

Owen

Mientras conducíamos por su barrio, miré a mi alrededor con cautela en busca de cualquier rastro de Alexandria. Oteé los callejones, con la cabeza girando de un lado a otro por si divisaba a mi loca exnovia.

Emma me preguntó qué estaba pasando y le dije que se lo explicaría todo en cuanto estuviéramos a salvo.

—¿A salvo? —repitió ella, negando con la cabeza—. ¿En qué me has metido, Owen?

En qué me he metido, desde luego.

Todo era consecuencia de mis mentiras. Todo nacía del completo desastre que era mi vida. Fue una estupidez por mi parte pensar que podría estar con alguien como Emma, para empezar. Pensar siquiera que se me debería permitir ser feliz. Tener algo que tuviera sentido, en lugar de la vida complicada que he estado llevando.

Emma se mantuvo en silencio hasta que entramos en el aparcamiento del Sleepaway Motel, una estructura alargada y baja que parece no haber recibido una capa de pintura en décadas. Un gran letrero de neón parpadeante anunciaba la piscina y las tarifas por horas.

Tarifas por horas. Todo el mundo sabe lo que eso significa. Era el tipo de sitio al que los hombres llevaban a las mujeres para unas pocas horas de placer, y luego las dejaban y se iban a casa con sus esposas e hijos.

Si al menos fuera ese tipo de adúltero, mi vida sería menos complicada.

Emma no es una mujer con la que solo quiera acostarme. Quiero estar con ella. Ojalá nunca le hubiera dicho «sí, quiero» a una mujer como Karen. Ojalá hubiera sabido que alguien como Emma existía. Todo en mi mundo habría tenido sentido si hubiera sido así.

En cambio, tomé una decisión errónea tras otra en lo que respectaba a las mujeres. Esa es la razón, después de todo, por la que estoy escondiendo a Emma en este lugar decadente.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Owen? —pregunta Emma con tono brusco.

Aparco el coche y la miro con inocencia. —He pensado que tal vez podríamos pasar la noche aquí. Hablar de las cosas.

Ella niega con la cabeza. —No tengo precisamente ganas de pasar una noche aquí.

No puedo creerlo. Puede que tenga un apartamento bonito, pero está en la peor zona de la ciudad, ¿y no quiere quedarse aquí? ¿Por qué no? Pienso en decirle la verdad, pero sé que es mejor hacerlo en una habitación.

—Está bien —digo, sin querer pelear—. Deja que coja una habitación y volveré enseguida.

Salgo del coche, mirando a mi alrededor. Estoy paranoico, lo sé. No hay forma de que Alexandria sepa dónde estamos. Emma estará a salvo aquí, si consigo que acepte quedarse.

No hay forma de hacer esto sin decir la verdad, al menos parte de la verdad.

Podría perder a Emma esta noche. Probablemente ya esté al límite de su paciencia conmigo. Sin embargo, me quiere. Puede que no me devolviera las palabras esta mañana, pero sé que las tiene en la punta de la lengua.

Esto es por su seguridad. Tiene que entenderlo. Hasta que solucione las cosas con Alexandria, necesito que se quede aquí.

Puede que no sepa lo que planea hacer Alexandria, pero no quiero averiguarlo. Mientras hablo con el recepcionista del motel y pago por una noche, me recuerdo que esta es una idea inteligente.

Puede que Windsor no sea una ciudad tan grande como Toronto, pero es lo bastante grande como para esconder a una persona.

Alexandria no sabrá dónde está ella. Tendré tiempo para arreglar las cosas.

El empleado del motel me entrega la llave y me pregunta si necesito algo más.

—Si necesito prolongar la estancia, ¿hay disponibilidad? —pregunto.

Suelta una carcajada. Inmediatamente me arrepiento de la pregunta. Por supuesto que la hay. No he visto muchos coches en el aparcamiento y estoy seguro de que este recepcionista no está acostumbrado a clientes que se queden más de unas horas.

Mientras vuelvo al coche a por Emma, me detengo en seco.

Puede que Emma esté a salvo aquí, ¿pero qué hay de Karen? ¿Y de Chloe? Saco mi teléfono y le escribo rápidamente a Karen.

—Oye, trabajaré hasta tarde esta noche. ¿Qué vais a hacer vosotras?

Espero una respuesta rápida, pero por supuesto eso no sucede.

Emma estará bien quedándose aquí, ¿pero qué pasa con mi familia? Hay suficientes habitaciones para mantenernos a todos a salvo aquí, pero probablemente no sea lo ideal tener a mi familia en el mismo motel que a mi amante.

Aunque ellas también podrían estar en peligro.

Mi teléfono vibra y, por suerte, es Karen: —En casa de mi padre. Puede que Chloe se quede a dormir allí.

El alivio me invade de inmediato. Karen y Chloe están a salvo en casa de mi suegro. Chloe también estará allí toda la noche. Ahora puedo centrarme en Emma.

Le abro la puerta del copiloto y Emma sale. Le hago un gesto para que me siga a nuestra habitación. En cuanto estamos dentro, ella cierra la puerta tras de mí y se cruza de brazos.

—Es hora de hablar, Owen —dice con tono severo. Normalmente irradia ese brillo, esa aura de felicidad, pero la mujer que tengo delante es cualquier cosa menos feliz. Está cabreada, y con razón.

—No es seguro estar en tu apartamento ahora mismo —digo con sinceridad.

Ella niega con la cabeza. —¿Quién es? Una mujer me ha seguido hoy y me ha acorralado en el río para hacerme fotos. La conoces. No me mientas, Owen. Sé que la conoces —me señala con el dedo con severidad.

Asiento—. La conozco.

—¿Quién es? ¿Tu mujer?

Bajo la cabeza. —No es mi mujer. Una ex. Una loca. Trabaja conmigo en la oficina. Se llama Alexandria.

Emma se cubre la cara con incredulidad. —No puedo creerlo. Hay otra mujer.

—¡Es una ex, Emma! La vi unos meses antes que a ti. Terminé con ella mucho antes de conocerte.

Ella suelta un suspiro. —Has dicho que esa mujer «no era tu mujer» —hace el gesto de las comillas en el aire—. Eso significa que también estás casado.

No puedo creer que se me haya escapado. Con mi preocupación por Emma, no estaba prestando atención a lo que decía. Emma sí lo ha hecho.

No hay forma de mentir sobre esto. Quizá sea mejor no estirar más la verdad.

—Estoy casado —admito—. Pero estamos separados.

El rostro de Emma se desmorona mientras digo las palabras, y se tapa los ojos, incapaz de mirarme. —¿O sea que no vives con un compañero de piso terrible? —De repente, se ha dado cuenta de otra de mis mentiras—. Nunca quisiste que fuera a tu casa porque tu mujer todavía vive contigo. No estáis separados, ¿verdad?

Levanto las manos a la defensiva—. Lo estoy. Lo estamos. Es complicado. Separarse no es fácil. La vida es muy complicada.

—Todo lo que me dijiste fue una mentira —dice, con los ojos húmedos—. ¿Acaso sé algo que sea real sobre ti?

Bajo la cabeza—. Sabes que me gusta el café solo. Sabes que odio los pepinillos. Sabes que me encanta mojar las patatas fritas en el helado. Sabes que mi película favorita es *El padrino*, seguida de cerca por *El padrino: Parte II*. Odio la tercera. Sabes

muchísimo sobre mí, Emma, y yo sé muchísimo sobre ti. No mentía cuando dije que te quiero. Quiero pasar mi vida contigo, Emma, si podemos superar esto. Sé que todavía podemos.

—Tu mujer complica un poco las cosas, ¿no crees? —dice con asco—. Tu exnovia, que me acosa, empeora las cosas aún más. ¿Y ahora ni siquiera puedo ir a mi casa por tu culpa? —Niega con la cabeza—. ¿Por qué me has hecho esto, Owen? Te quería.

Sus palabras me golpean en el pecho. Me siento como si estuviera fuera de mi cuerpo cuando dice que me quería en pasado. Nuestra relación se me escapa de las manos y no hay nada que pueda hacer.

—No esperaba que alguien como tú llegara a mi vida —admito—. Cuando viniste a la jornada de puertas abiertas el primer día que nos conocimos, supe que eras especial. No podía decirte la verdad. No podía decirte que todavía estaba técnicamente casado. No podía decir eso. Jamás me habrías dedicado ni un segundo si lo hubiera hecho. Habrías pasado instantáneamente al siguiente hombre afortunado que pudiera estar contigo. ¡Mentí! ¡Mentí! Pero fue porque tú lo valías.

La miro, y se me escapa una lágrima. Pensé que mis palabras podrían conmoverla, al menos momentáneamente. No surten efecto. Ella me devuelve la mirada, todavía con los brazos cruzados.

Hay silencio en la habitación del motel mientras nos miramos el uno al otro. Espero a que diga las siguientes palabras, esperando que sea algo que demuestre que todavía tengo una oportunidad. Su rostro se relaja y deja caer los brazos a los costados. Inspira profundamente y da un paso hacia mí. Mi corazón late más rápido, pensando que va a besarme.

Todo irá bien.

—Se acabó, Owen —dice—. He terminado con esto. —Se aleja de mí y abre la puerta del motel.

—¡Espera! —exclamo—. No te vayas. Tienes que quedarte aquí, ¡por favor!

Ella suelta un bufido—. No me voy a quedar aquí contigo, Owen.

—No es seguro que vayas a casa, Emma —digo. Tengo el corazón roto, pero no puedo dejar que se vaya y ponga en riesgo su seguridad.

—No tengo miedo de Alexandria —dice, dándome la espalda de nuevo.

—Emma, por favor, quédate conmigo —le suplico.

Me mira con asco, una expresión que nunca imaginé que me dedicaría. —No puedo creer que me enamorara de ti. De tus mentiras. Pensé que lo que teníamos era especial.

—¡Lo es! —grito—. Por favor, créeme cuando digo que lo es. Nunca he tenido esto con ninguna otra mujer.

Ella baja la cabeza y, cuando vuelve a mirarme, por un momento veo a la mujer de la que me enamoré. Su expresión cambia rápidamente a una de asco otra vez. —No quiero volver a verte nunca más.

CAPÍTULO 33

Emma

Un infiel. Otro infiel. Otro hombre terrible en la interminable lista que considero mi vida amorosa.

He pedido un taxi y, mientras el conductor me llevaba a mi apartamento, he repasado cómo estaba transcurriendo el peor día de mi vida. Primero, la loca de la ex de mi novio me acosa cerca de mi casa. Después, mi supuesto novio me dice que está casado. También me suelta que la mujer que me acosa es inestable y que no estoy a salvo.

Quería que me quedara en el motel de mala muerte con él. Ha tenido la desfachatez de creer que yo querría estar a menos de un kilómetro de él después de lo que me ha hecho.

Las mentiras. No puedo superarlo.

Sabía que la posibilidad de que estuviera casado existía. Si solo se hubiera tratado de una exnovia loca, habría podido pasarlo por alto. Puedo lidiar con mujeres como Alexandria.

Lo que no tolero son los infieles y los mentirosos.

Me siento muy triste ante la idea de ser «la otra». Está casado y ha destruido sus votos al estar conmigo. ¿Quién es su mujer? ¿El matrimonio de quién estaba arruinando por estar con Owen? Julie bromeaba con que lo siguiera para ver quién era la otra mujer.

Pienso en mi madre. Comprendo perfectamente cómo llegó a desequilibrarse hasta el punto de querer matar a mi padre tras descubrir que la engañaba. Yo lo odié en cuanto vi a una desconocida besándolo, alguien que no era mi madre.

Ojalá mamá nunca nos hubiera llevado a Julie y a mí a ver lo que nuestro padre estaba haciendo. Pero lo hizo.

Vimos a nuestro padre besar a la otra mujer. Observamos con horror cómo mamá arremetía contra él con un cuchillo. Fue Julie quien llamó a la policía.

Después, papá se fue. Mamá fue a la cárcel. El abuelo y la abuela intentaron criarnos lo mejor que pudieron, a pesar de su edad y sus bajos ingresos.

Luego mamá se suicidó. Papá nunca fue a su funeral. Mi vida quedó traumatizada para siempre.

Sé de primera mano lo que una infidelidad puede causar en un matrimonio, no solo a la pareja, sino también a los hijos. Me marcó para siempre. Me convirtió en la mujer que soy hoy. Cualquier rasgo negativo de mi personalidad tiene su raíz en el trauma que creó aquella traición.

Y ahora está sucediendo en mi relación. Solo que esta vez es diferente. Owen está casado. Yo soy la otra.

Tengo el estómago hecho un nudo. Siento náuseas, y no es solo por la conducción brusca del taxi. Normalmente, me alegraría tener un conductor que me llevara rápido a mi destino. Ahora mismo, quiero que aminore la marcha por miedo a vomitar en el taxi todo lo que he comido en las últimas veinticuatro horas.

Por suerte, nos estamos acercando a mi apartamento. Lo único que quiero hacer es ovillarme y llorar hasta quedarme dormida. Desear que el día de hoy nunca hubiera existido.

Pienso en Julie. No necesito una bola de cristal para saber qué dirá o qué pensará. ¿Cómo no pude verlo? ¿Cómo permití que mi relación con Owen durara tanto tiempo estando tan ciega?

Él me hacía feliz. Lo hacía. Cuando me habló de su situación con el compañero de piso, al principio lo cuestioné. A medida que conocía más a Owen y me enamoraba perdidamente de él, mis dudas fueron disminuyendo.

El conductor gira hacia una de las calles principales del centro. Es entonces cuando lo veo. Owen, sonriéndome desde la esquina, fuera. Me dan ganas de gritar cuando pasamos por delante del anuncio de la parada de autobús. Su estúpida cara mirándome

con tanta confianza. Leo rápidamente las palabras junto a su cabeza.

—La vida de tus sueños empieza conmigo.

Me tapo la boca, con ganas de gritar insultos o simplemente chillar hasta desmayarme. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Durante los últimos días, he intentado convencerme de que no saltara al vacío. He intentado darle a Owen la oportunidad de demostrar que no es como los demás. Es peor.

Está casado y tenía otra amante.

Pero, por supuesto, ha dicho que está separado de su mujer. ¿Cómo puedo siquiera confiar en esas palabras? Todavía vive con ella, según ha admitido él mismo.

¿Eso es normal? Supongo que cuando la gente está a punto de divorciarse, prefiere estar más lejos que en el dormitorio de invitados al otro lado del pasillo.

El conductor se detiene frente a mi vivienda y le doy las gracias antes de bajarme. Mientras se aleja y me quedo sola en la calle oscura, la paranoia me invade de nuevo.

Owen estaba preocupado por mi seguridad. Me suplicó que me quedara. ¿Y si lo que decía era verdad? ¿Y si esa tal Alexandria con la que trabaja es alguien de quien preocuparse?

Miro a mi alrededor en la calle desierta y meto la mano en mi bolso, aferrando la pequeña navaja mientras camino hacia la puerta principal. Una vez dentro, suelto la navaja y saco rápidamente las llaves para abrir. Ya en el portal, me apresuro hacia mi apartamento, cierro la puerta tras de mí y echo la llave.

El miedo se apodera de mí mientras recorro con la mirada mi oscuro apartamento. Intento calmarme, sabiendo que estoy a salvo. Tras respirar hondo varias veces, empiezo a caminar por la casa, encendiendo algunas luces para sentirme menos ansiosa. Cuando el apartamento parece menos intimidante, entro en el baño.

Estoy a punto de hacer mis necesidades, pero no puedo ignorar lo frío que está el pequeño aseo. ¿Habrá algún problema con la calefacción? El edificio es arcaico, pero nunca hace tanto frío.

El resto de mi apartamento parecía estar bien, pero en el baño hay corriente. Miro hacia la ventana y noto que está

ligeramente abierta. Puede que falte menos de un milímetro para que esté cerrada, pero sé que yo no la habría dejado así. Nunca dejo las ventanas sin echar el cierre. Soy demasiado precavida como para dejármela abierta en este barrio.

Me cae el alma a los pies. Alguien puede haber entrado en mi casa. Salgo corriendo de la habitación y cojo mi bolso, rebuscando en él hasta encontrar la navaja. La sujeto con fuerza, alzándola en mi mano mientras escudriño el apartamento.

¿Estaré siendo paranoica? No es que revise las ventanas a menudo ni nada por el estilo. Quizá fuera Owen quien la abrió una de las noches que estuvo aquí.

O quizá sea Alexandria.

En mi estado de paranoia, la llamo a voz en grito:

—¿Estás aquí? ¿Estás en mi casa? ¡Voy a llamar a la policía! —espero una respuesta, pero hay silencio.

Con los nervios manteniéndome en alerta máxima, empiezo a registrar el apartamento, apuntando con la hoja en todas las direcciones posibles. Empiezo por el baño, apartando de un tirón las cortinas y dirigiendo la navaja hacia la bañera.

Creo que he visto *Psicosis* demasiadas veces.

Me tomo mi tiempo para ir al dormitorio. Abro la puerta del armario rápidamente, apuntando con la navaja hacia el interior como si Alexandria estuviera allí. Pero no lo está. Me siento ridícula mientras miro debajo de mi cama, con la navaja lista como para luchar contra los monstruos que, de niña, creía que vivían allí abajo.

Debería estar calmándome a medida que descarto posibles escondites, pero de algún modo me pongo más nerviosa mientras registro el salón. No hay nadie aquí, pienso, intentando calmar mis nervios. Entonces miro el armario que hay junto a la puerta de entrada. Mi casa no es grande y es el único lugar que queda donde podría esconderse un adulto.

Respirando hondo, camino hacia la puerta del armario con la navaja levantada a un lado. Al abrirlo, se me dilatan las pupilas cuando un palo de escoba cae hacia mí. Suelto un chillido mientras golpea el suelo.

Nada.

No hay ningún coco debajo de la cama. No hay exlocas en mi armario.

CAPÍTULO 34

Karen

Debería haber terminado ya. Todo debería haber ocurrido hoy.

En vez de eso, de alguna manera, mi querido esposo apareció en el último momento y salvó a su damisela. ¿Acaso sabía de algún modo que yo estaba allí?

Me quedé en aquel armario oscuro durante casi treinta minutos después de que se marcharan. Por fin ella había llegado a casa; estaba a punto de abrir la puerta del armario para revelarme ante ella y acabar con su vida, y entonces sonó el timbre. Pude oír a Owen y a ella hablando, y de repente se marcharon.

Empecé a urdir otro plan. Podía esperar a que regresaran. Sin embargo, mi plan era matarla cuando estuviera sola. Enfrentarme a dos personas sería muy difícil.

Luego, también estaba el problema de mi coartada. No debía estar fuera demasiado tiempo. Matar a Emma e ir directa a casa de papá.

Ese era el plan, y todo se fue al garete cuando mi marido se las apañó para salvar a su amante.

Ya estoy de vuelta en casa. Chloe duerme en su habitación. Me siento en nuestro lecho matrimonial, sola, odiando quién soy y lo que he permitido que me pasara.

Cuando ideé el plan para matar a Emma, no podía pensar en otra cosa. Me gustaba y pensaba que era sencillo. Matar a la amante de mi marido. Incriminarlo a él por el asesinato. Reírme para mis adentros cada noche mientras él pasaba el resto de su vida en la

cárcel por un crimen que no cometió. Y el mundo pensaría que es un asesino en serie.

Echando la vista atrás, me doy cuenta de lo estúpida que fui. ¿Por qué tuve que complicarme tanto la vida?

Debería matarlo a él. Fácil. Directo y al grano.

Como Chloe está dormida, garabateo mis pensamientos e ideas en mi diario. Todos son oscuros y terminan conmigo matando a mi marido. Estoy motivada y lista para hacer lo que debo. He escondido un cuchillo de cocina bajo la almohada para cuando regrese.

Sé que he perdido la cabeza. Las palabras de mi diario muestran lo lejos que he llegado. Debería haber dejado a Chloe en casa de mi padre. En lugar de eso, fui a recogerla. Mi padre me dijo que me veía rara. Me siento rara. Soy como un zombi caminando aturdida. Apenas siento que tenga el control de mi cuerpo.

Todo es culpa suya.

¿Cree que va a dormir otra noche en nuestro lecho matrimonial después de haberse tirado a su novia? Será su última noche de vida.

Hay un problema con mi plan. No tengo ni idea de dónde está mi querido esposo. Aunque sé con quién está.

Son casi las diez de la noche y no ha regresado de su «visita tardía» a una de sus propiedades. ¿Cómo puede pensar, en su sano juicio, que voy a creerle? Cuando vuelva a casa, ¿realmente cree que me voy a tragar una sola de sus palabras?

Por eso él es el que tiene que morir esta noche.

Quería diseñar este plan intrincado en el que yo salía impune, mataba a la mujer con la que se acuesta y arruinaba la vida de mi marido. Dejar que sintiera lo que es ser destruido por otra persona.

No es suficiente. No es permanente. Es una estupidez.

La única forma de vengarme de él es matándolo. Y, en cuanto llegue a casa, eso es exactamente lo que haré.

CAPÍTULO 35

Owen

Mi vida se ha acabado. Así de sencillo. Todo lo que tenía, todo lo que de verdad importaba, ya no es mío.

Mañana tendré que volver al trabajo. Dar explicaciones de por qué me marché tan de repente. Pronto tendré que volver a casa y rendir cuentas ante mi mujer.

Preferiría pasar por el interrogatorio de mi jefe que tener que aguantar a Karen.

¿Cómo he podido dejar que las cosas llegaran a este punto? Pensé que podría salir de este lío hablando, pero han sido mis propias palabras las que me han delatado.

Por eso nunca quise decir la verdad desde el principio. Me habría llevado al mismo sitio en el que estoy ahora, solo que más rápido.

Ahora tengo que volver con una familia que no me quiere. A una vida de miseria. ¿Qué sentido tiene todo esto?

Eso si es que Karen me acepta de nuevo.

Han pasado horas desde que Emma se marchó, pero me he quedado en la habitación del motel. No puedo moverme. Me siento paralizado. Lo único que he logrado hacer ha sido intentar llamar a Emma. No ha respondido a mis llamadas ni a mis mensajes.

Debería haber pagado la tarifa por horas del motel en lugar del precio por noche. No estoy seguro de qué puedo hacer.

Debería haber vuelto a casa hace horas. Ahora es tarde y todas las mentiras que le conté a Karen no se sostendrán. Tendré

que mantener otra conversación difícil. Una de la que no podré librarme hablando.

No soy el único que ignora llamadas y mensajes. Mi mujer ha estado intentando localizarme. He visto sus mensajes y sus llamadas perdidas. No he respondido. En lugar de eso, me quedo sentado en la cama del motel sin hacer nada más que preguntarme cómo he dejado que mi vida llegue a esto.

Todo es culpa de ella. Si no fuera por Alexandria, habría encontrado la manera de quedarme con Emma. Podría haberme separado de Karen. Si tan solo pudiera volver atrás en el tiempo, habría hecho tantas cosas de manera diferente.

La número uno habría sido mantenerme muy lejos de Alexandria. Ella me ha arruinado.

Pienso en Emma y los ojos se me llenan de lágrimas, fruto de una tristeza profunda en mi interior que sabe que nunca volveré a encontrar a una mujer como ella. Tengo el corazón verdaderamente roto. Nunca me recuperaré.

Después de las cosas que he hecho, quizá esto sea exactamente lo que me merezco. Cojo el móvil y abro un mensaje de texto.

—Estoy en el Sleepaway Motel. Habitación trece. Te esperaré.

Lanzo el móvil al otro lado de la cama con frustración. Golpeo el colchón con rabia, con el puño cerrado, mientras imagino lo que haré cuando ella venga.

No pasa mucho tiempo hasta que se oye un suave golpe en la puerta. Cuando abro, Alexandria me mira intensamente. Esos ojos seductores que antes me encantaban ahora me provocan un asco absoluto.

Si esto es lo que me merezco, ¿qué karma debería aguardarle a Alexandria por lo que hizo?

La obligo a entrar en la habitación y cierro la puerta.

CAPÍTULO 36

Karen

Lo quiero muerto. ¡Quiero que se muera! Quiero matarlo.

¡Lo mataré!

Releo las palabras en mi diario, sabiendo que he perdido el juicio. Sé que me pillarán, pero ya no hay vuelta atrás. Siento que ya no tengo el control, y no me importa.

Si tuviera un ápice de respeto por mí misma o por mi hija, llamaría a la policía. O conduciría hasta el hospital más cercano para que me ingresaran por locura homicida.

Mi casa es un desastre absoluto. Parece que la policía ha registrado la vivienda de arriba abajo. He roto platos y destrozado marcos de fotos. He tirado cojines y he golpeado la pared con un pasapurés. De alguna manera, en medio de mi errático ataque de nervios, Chloe nunca se ha despertado.

Doy gracias por ello. Lo que vería sería la sombra de la madre que conocía. Apenas reconozco nada de lo que hago.

Todo lo que quiero es venganza. Todo lo que quiero es que el dolor cese. Que Owen muera.

Es el único desenlace justificado que me parece correcto.

Al leer mis entradas en el diario de esta noche y la locura que reflejan mis palabras, me doy cuenta de que no hay marcha atrás. He perdido la cabeza.

Debería haber dejado que Chloe se quedara con mi padre. No puedo confiar en mí misma cuando estoy cerca de ella. No solo soy una esposa fracasada, sino también una madre fracasada. ¿En qué me he convertido?

De repente, oigo que se abre la puerta principal. —¡Karen! —El grito en su voz me sobresalta. Owen vuelve a gritar mi nombre—. ¡Karen! ¿Qué ha pasado?

Su voz. Apenas la reconozco. Debe de haber visto el desastre que he montado en la casa.

—¡Chloe! —grita—. ¡Oh, no, por favor!

Cuando bajo las escaleras lentamente, sus ojos se agrandan y se me queda mirando. —¿Estás herida?

Niego con la cabeza. Al menos no estoy herida físicamente. Pero estoy verdaderamente destrozada.

Todo lo que he deseado durante las últimas horas es que llegara a casa para poder terminar con esto. Quería poner fin a nuestro matrimonio de la forma más personal que se me ocurre.

Owen cae de rodillas, cubriéndose la cara. —¡Lo siento! —dice—. Lo siento muchísimo. ¡Todo esto es culpa mía! —Me mira de nuevo, con lágrimas recorriéndole las mejillas—. He cometido tantos errores, Karen. Lo único que quiero es arreglarlos. Solo quiero enmendar mis errores. Fui un estúpido. ¡Te quiero, Karen! Por favor. Oh, por favor, ¿puedes perdonarme por lo que he hecho?

Sus palabras calan en mí. Abro la boca, incapaz de encontrar qué decir. Hubo un tiempo en que esto era todo lo que quería de él. Una disculpa. Que dijera sinceramente cuánto me quería. Ahora está de rodillas frente a mí, suplicándome que lo perdone.

Es demasiado tarde. Intento desprenderme de lo que siento por él. El cuchillo está arriba, debajo de la almohada.

Se pone de pie y da unos pasos cortos hacia mí. —Te he sido infiel. Fue un error. He sido un marido terrible, y tú no has hecho más que ser la esposa más increíble del mundo.

Lo miro con extrañeza, preguntándome si estoy alucinando.

¿Cree que soy perfecta? Si supiera lo que estaba planeando y lo que quería hacerle, no diría tales cosas.

—No puedo perdonarte —digo, bajando la cabeza.

—Por favor —dice—. Nos hacíamos felices el uno al otro y podemos volver a hacerlo. Podemos tener el tipo de amor que la gente cree que no existe. Cambiaré. Haré lo que quieras que haga.

Terapia. Lo que sea. Haré cualquier cosa por mantener unida a mi familia. Te quiero. Quiero a Chloe.

Mientras lo observo y escucho sus palabras, mis propias lágrimas brotan libremente de mis ojos. Da otro paso hacia mí, abriendo los brazos y rodeándome la parte superior de la espalda.

—Te quiero, Karen —susurra—. Por favor.

Lloro sobre su pecho mientras él repite sus palabras suavemente al oído.

—Mami —dice una voz cansada—. Me giro y veo a Chloe mirando la habitación desordenada. Papeles volando por todas partes, comida de la nevera tirada por el suelo. No puede ocultar su confusión—. ¿Qué ha pasado?

Owen se apresura hacia ella, la levanta en vilo y la aprieta con fuerza contra su pecho. —Todo va a salir bien, Chloe —le dice. Me mira—. Todo va a salir bien.

CAPÍTULO 37

Emma

Anoche *bebí*.

Fue uno de mis muchos errores. Intenté acostarme temprano, con el deseo de que, al cerrar los ojos y volver a abrirlos, me despertara siendo otra persona. En otro lugar.

Muy, muy lejos de un hombre como Owen.

Todavía no puedo creer todo lo que pasó anoche. Aún estoy procesándolo.

Lo de dormir temprano no funcionó. Me desperté pensando en él. Pensando en lo que dijo. Si no le hubiera pillado diciendo que tenía esposa, ¿me la habría mencionado siquiera? La cara que puso cuando le eché en cara su mentira no tenía precio. Su expresión fue suficiente para saber la respuesta.

No lo habría hecho.

Aun así, no puedo evitar preguntarme cómo me enamoré tanto de él. ¿Fue todo una mentira? ¿Hubo algo de verdad en lo nuestro?

Me estiro en el sofá, agotada por la noche tan terrible que he pasado. He dormido muy poco.

Han pasado meses desde la última vez que fui a una reunión de Alcohólicos Anónimos, pero después de lo de anoche, me urge ir a una de inmediato. No puedo seguir haciéndome daño por culpa de los demás.

¿Cómo has podido hacerme esto, Owen?

Nunca renuncies al amor. Las sabias palabras de mi difunta madre. Parece el único consejo que puedo recordar de ella, y es una

soberana basura. Cuando se trata de un hombre como Owen, el amor no merece la pena.

Lo de anoche no mereció la pena. Todo lo que compartimos fue un recuerdo terrible que se quedará grabado en mi memoria.

Esta noche hay una reunión a las ocho en una iglesia cercana. Suele asistir un grupo bastante numeroso, al menos eso descubrí cuando fui por primera vez hace tiempo. Puedo quedarme en un segundo plano entre la multitud sin tener que compartir mucho. Empaparme de las palabras e intentar perdonarme a mí misma.

Es difícil cuando lo único que quiero es seguir cometiendo errores. Sin esperanza. Así es como me siento. Condenada a repetir el ciclo autodestructivo una y otra vez.

Julie se pondrá las botas cuando le cuente lo que pasó. Voy a ahorrarle la historia completa. Omitiré lo de la exnovia loca. Tampoco le diré nada de la ventana abierta ni del acoso.

No le contaré lo que pasó anoche.

Enciendo la televisión, con la esperanza de distraerme. Un presentador de un programa matinal está entrevistando a un analista del FBI que se ha interesado por el asesino en serie canadiense, el Asesino del Desamor.

—Entonces, ¿qué clase de persona cree que es el Asesino del Desamor? —pregunta el presentador, removiéndose en su asiento y mirando al público mientras espera una respuesta.

El agente tiene el aspecto del típico hombre del FBI. Pelo corto y bigote fino. Sonríe antes de responder. —El Asesino del Desamor es casi con toda seguridad un hombre. Alguien que siente tanta rabia hacia quienes le rodean que ha perfeccionado la capacidad de ocultar sus verdaderos sentimientos. Es meticuloso, cuidadoso. Probablemente aceche a sus víctimas durante semanas. Conoce sus rutinas mejor que las propias víctimas.

—Interesante —dice el presentador—. Hay un debate abierto, especialmente entre los aficionados al género del *true crime* en internet, sobre si el asesino es un hombre, una mujer o un equipo.

El analista se ríe. —Sí, bueno, puedo decirle que, a diferencia de los detectives de internet, e incluso de otras autoridades implicadas, soy uno de los pocos que ha examinado todos los archivos disponibles relacionados con sus asesinatos. Las autoridades canadienses y la policía de Windsor han sido muy amables al permitirme revisar su labor de investigación. Les agradezco que me hayan dado acceso a su información. Al analizarlo todo en su conjunto, he creado un perfil de lo que creo que es la descripción más exacta del aspecto y el comportamiento del Asesino del Desamor. —Sonríe—. ¿Les gustaría a usted y a su público conocer mis conclusiones?

El presentador sonríe mientras el público vitorea, esperando una respuesta.

—Ahí lo tienen —dice el presentador—. Somos todo oídos. Por favor, compártalas. Como analista del FBI, autoridad destacada en Estados Unidos y agente que ha descrito con exactitud a otros asesinos recientes, comparta con todos nosotros sus conclusiones sobre el Asesino del Desamor.

Él asiente con la cabeza, mirando a la cámara, sabiendo que tiene la atención de todos, incluida la mía.

—El Asesino del Desamor es un hombre caucásico. Casado. Siento que este es otro caso similar a los asesinatos de BTK. El asesino es un hombre del que nunca se sospecharía. Un hombre que posiblemente sea conocido en su comunidad. En secreto, es un narcisista. Una persona capaz de mentir continuamente para integrarse en la sociedad.

El presentador sonríe. —Bueno, no es que ninguno de nosotros conozca a un hombre blanco casado que esté demasiado pagado de sí mismo. —El público ríe mientras el presentador mira directamente a la cámara—. Cariño, si estás viendo esto, ya sé que puede sonar a alguien que conoces, pero yo no he sido. —Se pone una mano sobre el pecho—. Te lo juro.

El público estalla en carcajadas y también el analista. —Bueno, usted era mi principal sospechoso —dice, señalándole con el dedo de forma juguetona.

El presentador hace un gesto para restarle importancia y vuelve a mirar a la cámara. —Volvemos enseguida, pero no se vayan, porque pronto sabremos cómo llegó a sus conclusiones sobre el Asesino del Desamor. —Mientras el público aplaude, aparece en pantalla el logotipo de Crimestoppers—. Y si alguno de ustedes tiene información que pueda conducir al arresto del Asesino del Desamor, llame al número que aparece en pantalla. Su información será siempre confidencial y se ofrece una recompensa en metálico.

«El Asesino del Desamor también me suena a alguien que conozco», pienso.

Miro el número y apago el televisor, preguntándome qué debería hacer con el resto de mi vida. Seguir viendo la televisión matinal no parece estar ayudándome. Salir de casa tampoco parece una gran idea. Ahora mismo se me han quitado las ganas de ir a correr junto al río.

Al entrar en el cuarto de baño, me quedo mirando la ventana. Sigue cerrada, tal y como me aseguré de que estuviera. Sé con certeza que yo no la abrí. Estoy segura de que no fue Owen.

Repaso lo que descubrí anoche. Si tuviera un poco de sensatez, me iría de Windsor de inmediato. No volvería a pensar en Owen nunca más.

En lugar de tomar decisiones sensatas, anoche tomé las peores posibles. En vez de obligarme a dormir, salí de mi apartamento. Puede que no tenga mucho dinero para gasolina, pero cogí mi coche destartalado y conduje de vuelta al motel.

Owen seguía allí. Lo supe porque su coche aún estaba en el aparcamiento. Debería haberme marchado. Volver a casa era una opción mucho mejor para mí. Pero necesitaba saber quién es Owen en realidad. Necesitaba comprender quién es el hombre al que amo.

Que odie lo que hizo no significa que pueda desactivar el interruptor emocional que tengo dentro. Ojalá fuera así de fácil odiarle por completo por lo que ha hecho. En lugar de eso, me pudo la curiosidad.

Fue un error.

Fue un error ver a Owen salir del motel. Fue otro seguirle, conduciendo lo bastante lejos de él para que, con suerte, no se diera

cuenta. Aparcó su coche frente a una casa.

Habiendo cometido ya tantos errores anoche, cometí otro más. Aparqué mi coche más abajo en la misma calle y me acerqué sigilosamente a la casa. Mientras me aproximaba, Owen gritó el nombre de una mujer.

—¡Karen! —chilló.

Se me encogió el corazón al acercarme, al necesitar ver a la mujer con la que está casado el hombre al que amo. Cuando estuve cerca de una ventana lateral, miré hacia dentro, y mi ira y mi curiosidad se tornaron en confusión al ver a la mujer a la que abrazaba.

Era una mujer a la que conocía. Alguien que ha estado dentro de mi casa.

Karen.

¿Qué está pasando?

CAPÍTULO 38

Owen

La bola de bolos de Chloe impacta lentamente contra un solo bolo y lo derriba. Grita como si hubiera hecho un pleno. —¡Lo he conseguido! —exclama con los brazos en alto, triunfante.

Karen la vitorea desde su asiento. Chloe se gira hacia mí y me choca los cinco. —Buen trabajo, pequeña. Pero aún no has terminado, tienes un segundo tiro.

Se le iluminan los ojos mientras corre hacia el soporte de las bolas e intenta coger una por sí misma. Temiendo que se le caiga y se destroce los dedos de los pies, le agarro rápidamente las manos y la guío hacia el retorno de bolas.

—Después de lanzar la bola, vuelve aquí. Mira —le digo, señalando la cinta. Unos instantes después, aparece su bola de tamaño infantil.

—¡Ahí está! —dice con un entusiasmo desbordante.

Le revuelvo el pelo cariñosamente. —¿Ves? Te lo dije. —Un empleado de la bolera se nos acerca con una vara larga acabada en gancho. —Siento haber tardado tanto —nos dice, mirándonos a Karen y a mí—. ¿Todavía quieren las barreras puestas?

Karen asiente. —Sí, por favor. —Él asiente y sube las barreras de nuestra pista.

—¿Qué está haciendo, papi? —pregunta Chloe.

Sonrío. —Bueno, está poniendo las barreras para que nuestras bolas no se vayan por el canal todo el rato. Así es más divertido. —Cuando termina, le hago un gesto hacia la bola que

tiene en la mano—. Iré contigo hasta allí, pero esta vez tienes que lanzarla tú sola, ¿vale?

Chloe acepta y camina con cautela hacia la pista, haciéndola rodar por el suelo mucho antes de llegar a la línea. Inmediatamente se dirige hacia el canal, pero, con las barreras puestas, la bola rebota de un lado a otro lentamente, recorriendo todo el camino hasta que golpea el bolo central y derriba más de la mitad.

A Chloe se le iluminan los ojos ante su nuevo nivel de habilidad desbloqueado. —¡Papi, he tirado muchísimos! ¡Mira!

—¡Buen trabajo, campeona! —grito mientras volvemos a chocar los cinco. Esta vez yo también muestro un poco de entusiasmo excesivo, incluyendo un par de golpes de cadera como baile de celebración. Chloe intenta imitarme y Karen sonríe, negando con la cabeza.

—Mira lo que le estás enseñando a nuestra hija —dice en tono bromista.

Le devuelvo la sonrisa y nuestras miradas se encuentran. Me pregunto si estará pensando lo mismo que yo.

Es increíble lo rápido que puede cambiar la vida. Anoche sentía que todo se acababa. Lo mío con Emma se había terminado. Me derrumbé ante Karen. Para mi sorpresa, ella no discutió conmigo. No me exigió saber todo lo que he estado haciendo.

Curiosamente, no ha hecho ni una sola pregunta.

Esta mañana me he despertado y ella me estaba mirando. Al principio, he podido sentir su rabia mientras deslizaba la mano bajo la almohada. Una lágrima le recorría la mejilla.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —le susurré. No respondió. En su lugar, sacó la mano de debajo de la almohada y me acarició el rostro, besándome.

Karen sabe que le he sido infiel. Sin embargo, no sabe hasta qué punto.

Anoche decidí que la vida que llevaba no merecía la pena. Esa parte de mí se había acabado. Emma nunca me amó de verdad. Karen sí. Me siento tan estúpido por haber buscado fuera de nuestro matrimonio lo que necesitaba, cuando lo que quería estuvo en casa todo el tiempo.

Karen y yo nos habíamos distanciado, tanto el uno del otro como de nuestras necesidades. Somos personas diferentes, pero, a pesar de ello, aún podemos estar unidos. El día de hoy es una prueba de ello.

Después de pasar este rato en familia, Chloe pasará la noche en casa del abuelo. Mamá y papá necesitan tiempo a solas. Tenemos mucho de qué hablar.

Sobre todo, quiero que sepa lo comprometido que estoy con que nuestro matrimonio funcione. Necesito que entienda que los errores que he cometido no volverán a ocurrir jamás.

Chloe corre hacia Karen y la abraza. —Mami, se me da muy bien jugar a los bolos. ¿Me has visto?

Ella sonríe. —Te he visto, cariño. ¡Buen trabajo! —Cuando Karen gira la cabeza, su sonrisa se ensancha. Me acerco a ella y la beso con suavidad, mientras agarro a Chloe y la pongo entre nosotros, abrazándolas a las dos a la vez.

¿Cómo pude ser tan estúpido como para buscar amor fuera de esta familia que tengo?

He estado a punto de bloquear el número de Emma hoy. Veo en mi teléfono que ha leído mis mensajes. Sé que no debería, pero siento que necesito cerrar esa etapa de mi vida. Solo quiero ver cómo responde antes de borrarla de mis contactos.

Cuando he llamado al trabajo esta mañana para avisar de que necesitaba otro día de asuntos propios, Doug se ha molestado al principio. Le he dicho la verdad: las cosas no van bien en casa y mi familia necesita mi atención. Doug Hinchers también es un hombre de familia. Lleva casado más de tres décadas. Lo ha entendido.

Y, de momento, no me preocupa Alexandria. Después de nuestra charla de anoche, está dando un paso atrás. Me duele saber los extremos a los que tuve que llegar para conseguirlo, pero sé que no volveré a saber de ella.

Esta mañana me he sentido como un hombre nuevo. Dispuesto a rejuvenecer mi vida, mi matrimonio y mi familia. Vuelvo a estar centrado en lo que importa en mi vida.

Mi familia. Mi mujer.

Con Alexandria fuera de en medio y Emma fuera de escena, eso es exactamente lo que haré. Un borrón y cuenta nueva.

Me toca tirar a mí. Lanzo la pesada bola por la pista. Golpea con estruendo el suelo. Cerca del final de la pista, se habría ido directa al canal de no ser por las barreras. En lugar de eso, rebota y va directa al centro, haciendo que todos los bolos caigan de inmediato. El sonido del pleno me hace vitorear. ¡Chloe grita aún más fuerte! Está absolutamente fascinada.

—¡Papi, has tirado todos los bolos! Eres muy bueno.

Me río. —Bueno, solo soy bueno con las barreras puestas.

Karen lanza después y logra tirar solo unos pocos bolos. Chloe intenta consolarla, diciéndole que algún día será tan buena como papi.

Dejamos que Chloe juegue por su cuenta mientras Karen y yo nos sentamos en las sillas, observándola y mirándonos de vez en cuando.

—Me lo estoy pasando bien —digo.

Ella esboza una leve sonrisa y asiente. —Yo también. Me alegro de que te hayas quedado en casa hoy.

Respiro hondo. —Sé que tenemos mucho de qué hablar, pero quiero que sepas cuánto te quiero. —Miro a Chloe—. Cuánto quiero a nuestra familia. Lo que hice...

Levanta la mano. —No quiero saberlo —dice. Cuando me mira, tiene los ojos húmedos y cargados de emoción—. Solo necesito que me prometas que nunca volverás a hacer algo así.

—Nunca —digo—. Te lo prometo. Necesito que confíes en mí. ¿Qué puedo hacer para demostrártelo?

Karen sonríe. —Habíamos hablado de hacer un viaje por nuestro aniversario.

Sonrío de oreja a oreja. —Es verdad. Quieres volver al complejo donde pasamos nuestra luna de miel. Me encanta la idea. —Cuando nos besamos, sus labios tiemblan mientras se reclina en el asiento.

—Yo también te quiero, Owen.

CAPÍTULO 39

Karen

¡Hemos hecho el amor dos veces!

Ya es tarde, casi medianoche. A pesar de estar completamente satisfecha, me quedo mirando la nuca de mi marido, preguntándome qué estará soñando. ¿Será con la noche que hemos pasado o con ella?

Me ha dicho muchas cosas anoche y hoy. Ha hecho un montón de grandes promesas. ¿Sentirá de verdad algo de lo que dice? ¿Cómo puedo confiar en su palabra?

El día de hoy ha sido muy divertido. Me he sentido normal. Feliz. Como una familia otra vez.

La mujer enloquecida que fui anoche y los días anteriores parece casi inexistente, hasta que me recuerdo a mí misma lo que él me ha hecho.

Pasar un día con él me ha hecho sentir tan viva... Me ha devuelto la entereza. Me ha encantado verle con Chloe en la bolera. Me cuesta asimilar que este sea el mismo hombre que me fue infiel, que me hizo daño.

Un hombre al que quiero matar.

Deslizo la mano bajo la almohada y agarro el cuchillo que escondí entre el cabecero y el colchón. Lo saco despacio, casi como si la almohada fuera una vaina. Cuando está fuera, me quedo mirando la hoja; la tenue luz de la luna que entra por las cortinas abiertas brilla mientras lo inclino.

Y después miro a mi marido. Es hora de que ponga esto en su sitio.

Respiro hondo cuando Owen empieza a bostezar y se gira hacia mí. Escondo rápidamente el cuchillo a mi espalda mientras él me sonríe y se frota los ojos.

—Hola —dice—. ¿Estás bien?

Asiento y sonrío de oreja a oreja. —Solo tengo problemas para dormir. Ha sido una semana difícil.

Él exhala profundamente y me da la razón. —Lo ha sido. —Mira hacia la ventana—. ¿Nos hemos olvidado de cerrar las cortinas?

Me río. —Las dos veces, sí. —Miro por la ventana hacia la casa a oscuras de mis vecinos, los Bahers. Para variar, puede que hayan sido ellos los que hayan disfrutado del espectáculo. Aprieto el cuchillo en mi mano, asegurándome de que no lo vea—. Tengo que decirte algo.

Vuelve a bostezar. —¿El qué?

Doy golpecitos con el cuchillo contra mi espalda para intentar encontrar las palabras. —Te quiero de verdad.

Él sonríe. —Y yo a ti. —Se inclina y me besa suavemente, posando su mano en mi zona lumbar. Se me abren los ojos de par en par al ver que su mano se acerca a la hoja.

Me aparto de él. —Solo tengo que ir al baño. Ahora vuelvo.

Él asiente. —No tardes mucho —sonríe.

Me empapo de su mirada seductora antes de irme, asegurándome de pasar el cuchillo hacia delante al darle la espalda. Con suerte, no se ha dado cuenta de lo que tenía en la mano. No dice ni una palabra mientras abandono la habitación a oscuras.

Me sorprende el cambio de ciento ochenta grados, no solo en Owen, sino también en mí. Anoche tenía planeado actuar de forma asesina en cuanto lo viera, pero cuando llegó a casa sollozando y suplicándome, cedí. Luego Chloe entró en la habitación y mi corazón terminó de derretirse.

Mis pensamientos oscuros se me escaparon para dejar paso a otros más positivos. ¿Y si de verdad siente lo que dice?

¿Y si quiere empezar de cero conmigo? Ha admitido su error y ha dicho que no volverá a ocurrir.

Quizá sea ingenuo por mi parte creerle, pero es mi marido. El padre de mi hija. La parte cínica de mí quería sacar el cuchillo de

detrás de la almohada y acabar con nuestro matrimonio. No lo hice porque hay una parte de mí que sabe que él puede cambiar.

La gente puede cambiar. Mi padre es el ejemplo perfecto.

Yo le odiaba. Odiaba cómo trataba a mi madre. Después de que ella muriera, dio un giro radical a su vida. Cambió. Ahora es fácil estar con él. Disfruto pasando tiempo con mi padre, algo que nunca pensé que fuese posible.

Paso por delante del baño, golpeando el cuchillo contra el lateral de mi pantalón de chándal. Mientras me dirijo a la cocina, le echo un último vistazo al cuchillo, preguntándome cómo pude llegar a pensar en usarlo contra Owen.

Anoche estaba verdaderamente loca. En veinticuatro horas, mi estado de ánimo ha cambiado por completo. Mi familia vuelve a estar unida.

Soy feliz.

Vuelvo a meter el cuchillo en el taco de madera. Sé que Owen me está esperando en el dormitorio, pero necesito asegurarme de que lo que siento en este momento quede registrado. Si en el futuro me siento disgustada o enfadada con Owen, podré releer mis propias palabras para darme cuenta de que hay esperanza.

Cuando entro en mi despacho, abro mi diario encuadernado en cuero por la siguiente página en blanco. Antes de escribir cómo me siento, decido repasar algunas entradas, sentada y examinando mis propios pensamientos oscuros, aterrorizada no solo por lo que escribí, sino por lo que realmente hice.

Esperé en el apartamento de Emma. Si no llega a ser por Owen, sé que la habría matado. Con el estado mental en el que estaba, era capaz de cualquier cosa. No solo de planear su asesinato, sino de algo mucho más siniestro. Matarla y cargarle la culpa a mi marido.

En mis momentos más oscuros, iba a convertir a mi marido en el Asesino de los Corazones Rotos. Emma iba a ser la última víctima del asesino en serie.

Por supuesto, mi marido no es un asesino. Yo tampoco lo soy. Quizá mi plan estaba condenado desde el principio. ¿De verdad

podría haberme salido con la mía incriminando a mi marido por un asesinato? No por un asesinato cualquiera, sino convirtiéndole en el Asesino de los Corazones Rotos.

La idea era estúpida, más allá de lo imaginable. Leo mis propias palabras en mi diario, ese que irónicamente Owen me compró para que yo planeara el fin de su vida.

Cuando mi plan de matar a Emma fracasó, pasé a la siguiente mejor opción en mi mente: matar a Owen. Si hubiera llegado antes a casa, lo habría hecho. En aquel momento no me importaba nada. Afortunadamente, no volvió hasta tarde.

Para entonces yo estaba mucho más cansada y mis impulsos asesinos se desvanecieron a medida que la noche se oscurecía. La llama volvió a encenderse brevemente cuando lo vi, pero se apagó rápido cuando se derrumbó frente a mí.

Hoy es un nuevo día. Las cosas terribles que hice ayer las hizo otra persona. La pesadilla por la que Owen me hizo pasar ha terminado.

No quiero que me cuente lo que hizo a mis espaldas. Ya sé la verdad. Él no me preguntó qué le había pasado a la casa ni por qué estaba destrozada, pero me ayudó a limpiarla, y en eso es en lo que me centro.

Me resultó simbólico limpiar la casa juntos. Debido a sus mentiras e infidelidad, yo destrocé la casa y le habría destrozado a él, pero ahora está limpia.

Él no me dirá lo que hizo y yo no le diré lo que planeé. Me parece justo.

Este es un nuevo día para nosotros y para nuestro matrimonio.

Cojo un bolígrafo del cajón de mi escritorio y escribo en una página en blanco. Son solo unas pocas palabras, pero como es tarde y Owen me espera en el dormitorio, escribo lo suficiente para recordarme lo agradecida y amada que me siento esta noche.

—Todo irá bien a partir de ahora.

CAPÍTULO 40

Emma

Una mujer normal no se sometería a lo que yo estoy haciendo. Se marcharía. Se disgustaría y buscaría consuelo, lloraría un poco y pasaría página. Pero yo no soy así. Ojalá lo fuera.

Me imagino a mi hermana mirándome ahora mismo, negando con la cabeza, con una mirada de decepción. Tiene razón al sentirse así. Yo estoy decepcionada conmigo misma.

Hoy no he ido a mi reunión de Alcohólicos Anónimos. Debería haberlo hecho. Terminó hace horas. Por suerte, no he recurrido a mis antiguos hábitos, pero es tan tentador…

No, en lugar de encauzar mi vida de nuevo, estoy acosando a mi novio y a su mujer. Dejo que mis propios pensamientos me hieran mientras permanezco sentada fuera de la casa de Owen.

Hoy he presenciado muchas cosas. Ojalá no hubiera visto nada de ello. Me acerqué a sus ventanas y los vi hablar en el salón. Los vi subir al dormitorio. Oí los tenues sonidos del éxtasis mientras reavivaban su matrimonio.

Me quedé en su jardín trasero, tapándome la cara. He estado aquí desde entonces, intentando convencerme de que lo que estoy haciendo es más que estúpido.

Simplemente debería marcharme.

Pero no puedo. No basta con sentir curiosidad por la verdad que Owen me ha estado ocultando. Cuando lo seguí desde el motel hasta su casa, sabía que era una estupidez. Me había dicho que estaba casado. Lo sabía y, a pesar de ello, necesitaba verlo por mí misma.

Quería verla a ella. No puedo enfadarme con una mujer casada porque su marido la engañe a sus espaldas. Me recordé a mí misma que yo era la otra en esta situación.

Sabiendo todo esto, aun así decidí seguirlo hasta su verdadera casa. Pero cuando vi a su mujer, todo cambió.

Quería saber qué aspecto tendría. ¿Sería guapa? Mi lado frío esperaba que yo fuera más guapa que ella. Una vez descubierta la verdad, preferiría que su mujer fuera una supermodelo.

Karen.

La mujer que estaba fuera de mi casa, llorando. La mujer que regresó y llamó a mi puerta, a la que invité a pasar a tomar el té. ¿La misma mujer con la que hablé abiertamente sobre Owen? ¿Ella es su mujer?

Estoy fuera de la casa de Owen mientras recuerdo las cosas que le dije a Karen en mi casa. He tenido a la mujer de mi novio en casa tomando el té.

No puedo superarlo.

Tampoco puedo superar la otra conclusión a la que he llegado. Obviamente, que Karen estuviera llorando frente a mi puerta no fue una coincidencia. Debió de descubrir de alguna manera dónde vivía.

No solo me estaba acosando la mujer de mi novio, sino también su exnovia. Su amante anterior a mí. La sola idea me enfurece hasta el punto de maldecir en voz alta en la oscuridad.

Miro alrededor del jardín trasero y del lateral de la casa de Owen, donde estoy escondida. No hay nadie fuera y nadie está despierto dentro.

Entonces, ¿por qué sigo aquí?

Es porque no puedo quitarme de encima la sensación de que hay algo más en este cuarteto amoroso entre Owen, su mujer, su exnovia y yo.

Anoche descubrí que la ventana de mi baño estaba abierta. Me costó mucho procesarlo hasta averiguar quién lo hizo. De nosotros cuatro, solo tres estuvimos en mi baño. Obviamente, yo no la abrí. Owen no lo habría hecho.

Eso deja a Karen. Pero ¿por qué haría algo así? Necesito saberlo.

Respiro hondo. Debería irme. ¿Por qué estoy haciendo esto? Owen no vale la pena. Mi salud mental tampoco. Todo esto solo me hace querer tomar malas decisiones. Ir a Alcohólicos Anónimos es una decisión mucho mejor y, sin embargo, no puedo moverme.

Se enciende una luz en la cocina de Owen. No puedo evitar mirar dentro y ver a Karen. Se traslada a otra habitación al otro lado de la casa. Rodeo rápidamente la casa y la veo dentro de un despacho, escribiendo algo en un diario encuadernado en cuero.

Apaga la luz y sale de la habitación. Oigo sus pisadas subiendo las escaleras, sin duda de vuelta al dormitorio que comparte con Owen. Se me encoge el corazón ante la idea.

Me quedo mirando la habitación a oscuras y el diario sobre el escritorio.

CAPÍTULO 41

Karen

Ha pasado una semana desde que Owen y yo nos reconciliamos y sigo en las nubes. No solo con mi matrimonio, sino con la vida en general. Cuando todo va bien, es fácil tener una perspectiva tan positiva.

Owen está cumpliendo su palabra. Pensé que la devoción que mostró desde que me confesó la verdad habría disminuido, pero es incluso más fuerte. Hemos pasado más días en familia con Chloe, yendo al Red Lobster para su noche de barra libre de gambas. Es uno de nuestros lugares favoritos para cenar, pero no habíamos ido en más de un año. Mi padre se ha quedado con Chloe a pasar la noche.

Esta noche Owen y yo tenemos otra cita. Tengo muchísimas ganas. Esta mañana, antes de irse a trabajar, me ha dado un beso tan apasionado que, cuando Chloe ha entrado y nos ha visto, le ha dado un ataque de risa. No puedo dejar de pensar en sus labios sobre los míos. Me muero de ganas de que su cuerpo también sea mío.

Es como si estuviéramos viviendo un renacimiento en nuestro matrimonio. Estamos redescubriendo cómo darnos placer mutuamente, y ha sido increíble. Solo puedo pensar en la forma en que me estrecha con tanta fuerza entre sus brazos mientras nos besamos y hacemos el amor.

Y esta noche es todo mío.

Pero no es solo por el sexo. Emocionalmente, también es todo mío. Hablamos como solíamos hacerlo cuando empezamos a

salir, cuando estábamos encandilados el uno con el otro. Tiene interés en conocerme de nuevo y parece que hay mucho que ambos nos perdimos durante la etapa oscura de nuestro matrimonio.

Ya he dejado a Chloe en casa de mi padre. Él me ha dicho que no me preocupe por recogerla temprano mañana. Chloe y él han hecho planes para ir a varios parques de la ciudad. Hay uno que tiene forma de barco pirata en el centro, junto al río. Es de lo único de lo que ha hablado Chloe antes de que la dejara.

—¡El abuelo me va a llevar al parque del barco pirata! —gritaba para luego gruñir como un pirata.

Por una vez, todo en mi vida es perfecto.

Alguien llama a la puerta de casa y todo cambia. Atravieso el salón deprisa mientras la persona de fuera llama con más fuerza. Cuando abro, una mujer me devuelve la mirada.

—¿Es usted la señora Pearson? —pregunta. Lleva unos vaqueros azul oscuro con una americana gris. Lo que me llama la atención de inmediato es la placa dorada que cuelga de su cuello.

—Sí, soy yo —digo con cautela. Pienso en Chloe y en mi padre. Ahora hay una policía en mi puerta. De inmediato, me pongo en lo peor—. ¿Pasa algo malo? ¿Mi hija?

Levanta una mano para tranquilizarme. —En realidad, solo he venido a hablar con usted. Soy la detective Jennifer Nahas. —Se mete la mano en el bolsillo y me entrega su tarjeta. Leo su nombre y su cargo debajo: detective de Homicidios. Se me abren los ojos de par en par.

—¿De qué se trata? —digo, preocupada por lo que pueda decir. ¿Alguien me vio entrar en casa de Emma? ¿Sabe la policía de alguna manera lo que planeaba hacer?

—¿Podemos hablar dentro? —pregunta con una ligera sonrisa.

Asiento con reticencia y le hago un gesto para que pase al salón. Se sienta en un sofá de dos plazas, frente a mí. Le ofrezco algo de beber, pero lo rechaza.

—¿Sabe mucho sobre las personas que trabajan con su marido? —pregunta.

Respiro hondo, intentando calmarme y concentrarme en responder a su pregunta, que afortunadamente no es sobre mí. —No mucho —admito—. No suele pasar tiempo con ellos fuera del trabajo.

Ella asiente. —¿Y sobre Alexandria Sutton? ¿La conoce?

La miro con extrañeza. —Sí —respondo—. Es la recepcionista de la inmobiliaria de mi marido. ¿Ocurre algo?

La agente examina mi rostro mientras responde: —Sus padres están bastante preocupados por su seguridad. Lleva desaparecida más de una semana. No ha ido a trabajar en toda la semana. Su jefe está igualmente preocupado, ya que no es propio de ella faltar.

Miro la tarjeta que tengo en la mano. —¿Cree que le ha pasado algo terrible? —pregunto.

—Eso es lo que estoy investigando, señora Pearson. —Se remueve en la silla—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con la señorita Sutton?

¿Por qué hay una detective de homicidios en mi casa preguntando por Alexandria? Intento por todos los medios no empezar a exigirle que me lo cuente y, en su lugar, respondo a más de sus preguntas. —Creo que fue en la fiesta de Navidad en diciembre. Fui a la fiesta de la oficina de mi marido.

—¿Y no ha hablado con ella desde entonces? —pregunta.

Niego con la cabeza. —No —digo, aclarándome la garganta —. ¿Por qué está hoy aquí en mi casa? ¿Por qué me hace estas preguntas?

La detective me mira con empatía. —¿Tiene conocimiento de alguna amistad que su marido pudiera tener con la señorita Sutton fuera del trabajo?

La miro de forma extraña. —No —digo—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Está diciendo que mi marido y Alexandria se acostaban?

La agente respira hondo. —Tenemos la confirmación de sus padres de que ella y su marido podrían haber mantenido algún tipo de relación desde hace algún tiempo.

Suelto una carcajada en mi momento de confusión. —¿Qué? ¿Alexandria? —pregunto desconcertada. Quería soltar que mi marido

me estaba engañando, pero que era con otra mujer. O eso pensaba yo.

¿Con cuántas mujeres me ha engañado mi marido? Me siento mareada mientras estoy sentada frente a la detective en el salón.

—¿Sabe dónde estuvo su marido el pasado jueves? —pregunta la detective.

Niego con la cabeza, pero no respondo. Mi mente sigue procesando las palabras de la detective. Owen tuvo una aventura con Alexandria. Ahora ella ha desaparecido. La detective me hace la misma pregunta otra vez.

—No —digo esta vez—. Estaba fuera de casa. Dijo que tenía que enseñar una casa por la noche. —No le digo toda la verdad, solo la versión de Owen. No hablo de Emma. No hablo de mis propios actos esa noche. La agente no está aquí por mí.

—¿Sabe a qué hora volvió a casa esa noche? —pregunta.

Vuelvo a negar con la cabeza. Esta vez digo la verdad absoluta. Era tarde, pero yo estaba un poco ida esa noche con mis propios problemas.

Miro a la detective, con nuestras miradas fijas la una en la otra. Puedo ver la empatía en sus ojos. Debe de intuir que yo no sabía nada de lo de Alexandria.

—¿Me está diciendo que cree que mi marido mató a Alexandria Sutton? —pregunto.

Me mira un momento antes de responder. —Puede que necesitemos que venga a la comisaría.

CAPÍTULO 42

Emma

Lo que estoy haciendo me da escalofríos. Resulta extraño. A pesar de cómo me hace sentir, sigo sentada en el banco del parque, observándolos.

Una niña pequeña llamada Chloe juega con su abuelo en una zona infantil. Llevo un rato viéndolos interactuar, pensando en todo.

Owen tiene una hija, otra cosa que mi novio olvidó mencionar. Con cada nueva revelación sobre Owen, más lo desprecio.

¿Cómo he podido caer en sus mentiras tan fácilmente? Es como si supiera lo vulnerable que era, lo mucho que deseaba encontrar a alguien como quien fingía ser; sabía qué decir y cómo actuar. Me enamoré locamente de un cúmulo de mentiras, no de una persona real.

Y ahora estoy observando a su hija mientras su abuelo la columpia. Ella suelta una risita cuando él hace ruidos de pirata.

—¿Dónde está mi tesoro enterrado? —grita él.

—No lo sé, abuelo —dice ella con inocencia. Se baja del columpio y le exige que la persiga por los juegos, que tienen forma de barco pirata.

Él se ríe. —Soy demasiado viejo para perseguirte —dice—. Ve a buscar mi tesoro enterrado. —Le hace un gesto con la mano, pero ella parece confundida.

—No tengo una pala —dice con gesto de desconcierto.

Él niega con la cabeza. —Simplemente ve a divertirte. —Se ríe. Ella lo comprende ahora y corre hacia el barco, dirigiéndose a un

tobogán largo y mezclándose con los otros niños que gritan y corren de un lado a otro.

El abuelo emite quejidos de dolor al sentarse en un banco cerca del mío. —No puedo seguirle el ritmo —bromea. Tardo un momento en darme cuenta de que me está hablando a mí.

Me río con nerviosismo. —Ya, bueno, no es fácil.

—¿Cuántos tiene usted? —pregunta, cruzando una pierna sobre la rodilla con una leve sonrisa. Al ver que no respondo de inmediato, reformula la pregunta—. ¿Cuántos hijos?

—Oh —digo, mirando el ajetreado parque—. Dos.

—¿Niñas o niños? —pregunta—. Esa es mi nieta, Chloe. Tiene cuatro años.

Asiento. —Dos niñas —digo con una sonrisa forzada—. Julie y Emma. —Miro alrededor del parque—. Ni siquiera sé dónde están. Supongo que debería estar preocupada.

Él se ríe y le quita importancia con un gesto. —Siempre es un caos total cuando traigo a Chloe aquí. —Como si hubiera oído su nombre, Chloe corre hacia su abuelo.

—¿Podemos comprar un juguete? —pregunta—. ¡Por favor!

Él niega con la cabeza. —No puedes tener un juguete cada vez que te veo —dice.

—Pero de verdad quiero esa muñeca Barbie —dice ella—. Tiene un jersey de unicornio. ¡Y —dice más alto— tiene un cuerno en la cabeza! ¡Por favor! He sido muy buena.

Él se ríe. —Bueno, siempre eres buena. Quizás Papá Noel te la traiga.

—¡Papá Noel! —dice ella, incapaz de ocultar su tono de decepción—. Para eso falta una eternidad.

Él vuelve a reírse. —Ve a jugar, cariño. Luego iremos a mi casa y tomaremos un helado.

—¡Bien! —grita Chloe entusiasmada mientras corre de vuelta a los juegos, uniéndose al creciente número de niños.

Me tomo un momento para buscar a Chloe entre el mar de rostros infantiles. Los niños son tan inocentes. Si supieran lo terribles que son sus padres… Yo nunca comprendí lo malos que eran mi madre y mi padre hasta mucho más tarde. Me levanto del banco.

—Que pase un buen día —le digo al anciano mientras él sonríe y asiente.

—Igualmente.

Mientras me alejo, lo único en lo que puedo pensar es en la cantidad de mentiras que me contó Owen. Pienso en todo lo que he descubierto sobre él. Pienso en todo lo que he averiguado sobre su mujer.

Me doy cuenta de que he conseguido olvidarme de llevarme a mis hijos imaginarios al salir del parque. Miro hacia atrás, donde Chloe vuelve a hablar con su abuelo, tirándole del brazo hasta que él se levanta a regañadientes y empieza a perseguirla alrededor de unos árboles. Ella grita de risa mientras él se acerca.

Dejo que esa imagen de la hija de mi novio me acompañe todo el camino de vuelta a mi apartamento.

Infieles.

Mamá decía que nunca renunciaría al amor. Debería haberlo hecho. Los infieles no aman nada excepto a sí mismos.

Hay otra reunión de AA esta noche y sé que no iré. Lo que estoy haciendo es muy autodestructivo, pero no parece inquietarme.

En mi desesperación, llamo a la única persona que me apoya. Responde al teléfono de inmediato.

—Oye —dice Julie—. Me preguntaba cuándo me devolverías la llamada. He estado intentando localizarte. Estaba muy nerviosa porque no respondías a los mensajes ni a las llamadas. ¿Está todo bien?

Ha sido cruel no llamarla. Ha telefoneado muchas veces y ha enviado un número aún mayor de mensajes, pero la he evitado como a la peste durante la última semana. Lo único que llegué a hacer, solo para asegurarle que no estaba muerta, fue responder con un pulgar hacia arriba cuando me preguntó si estaba bien.

—Lo siento —digo. Me tomo un momento para encontrar las palabras—. Está casado. Tiene una hija.

—Oh —dice ella con tono sombrío. Se hace un silencio entre nosotras que parece eterno—. Lo siento mucho, Emma. Que le den. ¿Qué puedo hacer?

Mi hermana, siempre pragmática. No le gusta que me desahogue con ella. Solo quiere pasar directamente a cómo solucionar el problema que tengo. En parte por eso tardé en llamar. No estaba preparada para resolver problemas. Solo quería lamentarme.

Lamentarme y acosar a mi exnovio.

Me siento en el sofá y me cubro la cara mientras pronuncio las palabras. —No me han ido bien las cosas por aquí —digo. Respiro profundamente antes de preguntar—: ¿Crees que podría volver? ¿A tu casa?

Hay una pausa al otro lado y, por un momento, se me encoge el corazón por miedo a que diga que no.

—Por supuesto, Emma —dice—. Siempre estaré aquí para ti. ¿Cuándo quieres venir?

—Pronto —respondo.

Debería irme ahora mismo, pero no puedo. Después de lo que he descubierto sobre Owen y Karen, necesito quedarme un poco más.

Al terminar la llamada con mi hermana, cometo otro error más. Con el móvil todavía en la mano, le escribo un mensaje.

—Owen, tenemos que hablar.

CAPÍTULO 43

Owen

Otra venta de una casa finalizada. Los nuevos propietarios están encantados. Es la parte de este trabajo que más me gusta: decirles a mis clientes que han vendido o comprado su nuevo hogar.

Hoy la alegría ha sido doble. Una pareja llamó por un anuncio que tenía y quería ver la casa. Ningún problema. Es una vivienda unifamiliar. Pocos metros cuadrados y solo dos dormitorios. La primera vivienda perfecta.

Perfecta para la pareja que he conocido hoy. Un joven y su mujer, en un avanzado estado de gestación. Enseguida me han confesado que su motivación era mudarse a una casa nueva antes de que naciera el bebé, lo cual, a juzgar por su barriga, podría haber ocurrido durante la propia visita.

Les habían gustado las fotos de internet e intentaban por todos los medios ocultar lo mucho que les encantaba la casa. Los dos cuchicheaban entre ellos mientras yo me sentaba en la cocina a revisar mis correos en el móvil.

La casa tenía un precio decente para cómo está el mercado. El vendedor tenía prisa por vender debido a un divorcio reciente. La joven pareja ha entrado en la cocina, ambos sonrientes, con la intención de hacer una oferta.

Siempre me ha parecido muy irónica esa parte de mi trabajo. Mientras una pareja rompe y se marcha, otra pareja nueva se muda con esperanzas y sueños por delante, sin saber que los sueños rotos de los anteriores residentes se quedan entre esas cuatro paredes.

Y lo que es mejor, no venían con un agente inmobiliario propio. Comisión íntegra por la casa. Mientras conducía de vuelta a la oficina para entregar el papeleo de la venta, me sentía eufórico.

Me preocupaba lo que la ruptura con Emma me acabaría haciendo. La amaba de verdad. Pero ella se fue y, de algún modo, encontré el camino de vuelta a mi mujer. De vuelta a mi familia. Me pregunto cómo pude distanciarme tanto de ellos al principio.

He tenido dos ventas solo esta semana. La mayoría de los agentes estarían contentos con cerrar una venta cada pocos meses.

Aparco frente al edificio de mi empresa, cogiendo las carpetas y los documentos, cuando me suena el móvil. Me recuerdo a mí mismo que tengo que retirar el anuncio del mercado ahora que ya tengo la venta y todo está formalizado. Espero que sea esa pareja que conocí la semana pasada para poner a la venta su casa en South Windsor. Una casa preciosa que se venderá rápido. Con mi historial de éxitos al alza, Doug Hinchers estará encantado de mandarme más trabajo. Presiento que tendré unos dos últimos trimestres de ventas muy fuertes este año.

Al mirar el móvil, me doy cuenta de que no tengo tanta suerte.

—Owen, tenemos que hablar —reza el mensaje de Emma. Bajo la cabeza.

Debí de enviarle mensajes y llamarla varias docenas de veces sin obtener respuesta alguna. Después de un tiempo, supuse que me había bloqueado. Qué demonios, incluso pasé por delante de su apartamento para ver si seguía viviendo allí. Me había hablado de irse a vivir con su hermana, que vivía en el campo, en alguna parte.

Pensé que se había marchado de la ciudad hasta que un día la vi salir de su edificio. Me fui de inmediato, esperando que no me hubiera visto.

Todo lo que quería era que respondiera, y ahora lo ha hecho. En mi mente, pensaba que sería una respuesta airada, con mayúsculas y signos de exclamación. Ella diciéndome que soy un pedazo de basura.

No, no es el caso. Quiere hablar.

Sé por mi carrera en las ventas que esto es, muy probablemente, algo positivo. Un cliente no te devuelve la llamada si no está interesado. Una ex no te escribe si no quiere saber nada de ti.

Esto era lo que quería, así que ¿por qué me siento tan fatal? La respuesta es obvia. Acabo de reconciliarme con Karen. Las cosas van mejor de lo que han ido en mucho tiempo. Me siento conectado con mi mujer de nuevo.

Sin embargo, no puedo negar que sigo teniendo sentimientos por Emma. Y ella quiere hablar. ¿No debería al menos ver qué es lo que tiene que decir?

Me guardo el móvil en el bolsillo, intentando sacar de mi cabeza su mensaje y los pensamientos sobre ella. No debería. Sé que no debería.

Pienso en su sonrisa. Sus labios. Su cuerpo. El alma me duele solo de querer estar cerca de ella otra vez. Nunca pensé que tendría una oportunidad después de lo que pasó en el motel.

Al salir del coche, trato de cambiar de mentalidad. No necesito responder de inmediato. Ella ha tardado más de una semana en contestarme. Ahora puede esperar.

Cuando entro en el edificio, le sonrío a la recepcionista. Una joven que ha sustituido a Alexandria durante toda la semana.

—Buenos días, señor Pearson —dice con una sonrisa acogedora.

—Hola, Sarah —digo al pasar.

Es guapísima. Solo tiene veinticinco años. Una morena menuda que quiere ser trabajadora social y va a clases nocturnas para conseguir el trabajo de sus sueños. Me cuenta cómo le va en la escuela nocturna. Le hago saber que me tengo que ir, pero que volveré luego para que me cuente qué tal le ha ido en el ensayo que le devolvió su profesor anoche. Por su expresión, no ha sido una buena nota.

Al acercarme a mi escritorio, Doug Hinchers se me aproxima. —Owen —dice con tono serio.

—Buenos días, Doug —le digo—. Buenas noticias. He vendido aquella casa en Forest Glade. Es…

—La policía está aquí —me interrumpe.

—¿Qué? —digo, sorprendido.

Señala con la cabeza hacia la sala de reuniones. —Ella está esperando para hablar con usted.

—¿De qué se trata? —pregunto.

Me lanza una mirada severa. —Espero que pueda decírmelo después. Antes de que llegara usted, me hicieron algunas preguntas que resultaban muy confusas. Tenemos que hablar luego.

—¿Sobre qué? —digo.

Mira hacia otro lado. —Después de hablar con la detective, venga a mi despacho. —Sin esperar mi respuesta, se marcha.

Me quedo mirando la sala de reuniones. La puerta está abierta. Antes de ir, dejo mis carpetas con el papeleo. Noto que algunos colegas me miran embobados mientras finjo actuar con normalidad.

Mirando de nuevo hacia la sala de reuniones, me dirijo a regañadientes hacia ella, asomando la cabeza. Una mujer con una americana gris me saluda con una leve sonrisa.

—Usted debe de ser Owen Pearson —dice—. Por favor, cierre la puerta a su espalda en cuanto pueda.

CAPÍTULO 44

Karen

Estoy sentada en la cocina, esperando con ansiedad a que mi marido regrese. Se me cae el alma a los pies cuando, al fin, oigo las llaves en la puerta principal.

—¿Karen? —llama él.

—En la cocina —respondo con tono brusco.

—¿Dónde está Chloe? —pregunta mientras lo oigo en el salón, quitándose los zapatos de vestir. Veo cómo se mueve por la estancia y lanza la chaqueta del traje sobre el sofá. Alcanzo a ver el borde de su móvil en el bolsillo.

—En casa de mi padre —digo, siguiendo con mis respuestas de una sola palabra.

—Bien —dice tras un momento—. Escucha, puede que tengamos que posponer nuestra cita. —Entra en la cocina con una leve sonrisa—. Ha surgido algo en el trabajo. Tengo que volver a salir pronto. No debería llevarme mucho tiempo —afirma con confianza.

Todavía me asombra su capacidad para mentirme tan descaradamente.

—Alexandria —suelto, dando otra respuesta corta, pero esta vez capto toda su atención. Se queda boquiabierto mientras me mira fijamente. Creo que por su reacción es obvio lo furiosa que parezco —. ¡También te la estabas tirando a ella! —Golpeo la mesa de madera. Me sorprende que el estruendo lo asuste lo suficiente como para dar un paso atrás.

—Karen —suplica él—. Escucha, yo…

—¡Te estabas tirando a la recepcionista de tu oficina! —grito —. ¿A quién más? ¿En cuántas putas más has metido la polla? — Como respuesta, se queda callado y me mira, así que vuelvo a golpear la mesa y me levanto, señalándolo con el dedo—. ¡Te creí cuando dijiste que me querías!

—Karen, te quiero —dice en voz baja—. Cometí errores. Quería decírtelo, pero tú dijiste que no querías saber nada.

Me cubro el rostro. —¡Pensé que era Emma! No sabía que tenías una lista. ¡No me di cuenta de que mi marido se estaba tirando a todo el mundo menos a su mujer!

De repente, su expresión de preocupación cambia a una de confusión. —¿Cómo sabes su nombre? El de Emma. Yo nunca te hablé de ella.

Niego con la cabeza. —Te crees muy listo soltándome todas esas mentiras. ¡Pero te calé perfectamente! Y te estoy calando ahora mismo. —Pienso en la recepcionista—. Y ahora la policía está llamando a mi puerta. Una detective me ha hablado de tu aventura. —Bajo la mirada—. Creen que la has matado. Ha desaparecido.

—Lo sé —dice él—. Una detective ha ido hoy a mi oficina.

—La detective Nahas —añado. Él asiente—. ¿Qué le has dicho?

Respira hondo. —Nada. Ha hecho preguntas, pero he dicho que no estaba dispuesto a hablar sin un abogado. Me han dicho que consiga uno y que le pida que llame a su oficina de inmediato.

Lo miro, asombrada. —No pensé que fueras capaz de algo así. ¿Matar a una mujer?

—¡No lo hice! —me grita él.

—No, solo te la tiraste —digo con sorna—. ¿Cómo puedo confiar en que me estás diciendo la verdad ahora?

—Esto es ridículo, Karen —dice él, agitando la mano hacia mí —. Quería arreglar nuestro matrimonio, pero es obvio que no queda nada que reparar. Está demasiado roto.

—¿Qué significa eso? —grito.

Da un paso hacia mí y me señala con el dedo. —Quiero el divorcio. ¡Se acabó!

Niego con la cabeza. —Debería hablar con la policía. Estoy segura de que puedo ayudarles con la investigación sobre ti.

—Me voy —dice él.

—¿A dónde? —pregunto—. ¿De vuelta con tu novia, Emma? ¿O ya tienes a otra mujer haciendo cola para reemplazarla? —No responde y se da la vuelta para marcharse.

Me adelanto y paso rozándolo hacia el salón. En el sofá, en su chaqueta del traje azul marino, está su móvil. Mi marido odia llevarlo en el bolsillo del pantalón después de leer un artículo sobre el descenso del recuento de espermatozoides y las emisiones de los teléfonos móviles.

Cojo el teléfono y se lo enseño. —¿No crees que a la policía le encantaría ver qué mensajes tienes aquí?

—¡Devuélveme el teléfono, Karen! —grita, intentando intimidarme con su tamaño y su voz estentórea. No funcionará. El cuchillo de cocina que he escondido en la parte trasera de mi pantalón lo desafía a que me ponga a prueba. Se acerca a mí mientras yo retrocedo.

Da otro paso y yo corro rápidamente al cuarto de baño y cierro la puerta por dentro. Él golpea al otro lado y exige que abra y le devuelva el móvil.

Lo ignoro mientras intento desbloquear el teléfono. Requiere una huella dactilar, pero también tiene un patrón de desbloqueo. Hago unos cuantos zigzags en la pantalla con el dedo, intentando abrirlo sin éxito.

Sin embargo, mi marido no es de los que cambian las cosas. Me cuesta concentrarme con él gritando y amenazando con echar la puerta abajo, pero recuerdo su contraseña de un teléfono antiguo que tuvo hace años. Dibujo una Z con el dedo y lo levanto. No puedo evitar sonreír cuando se abre la pantalla principal. Entro inmediatamente en sus mensajes de texto.

Se me encoge el corazón al ver el primer mensaje de ella. Incluso ha guardado su contacto como Emma. El hombre no tiene ni la decencia de ocultar a su amante en sus contactos.

Abro el último mensaje y lo leo en voz alta, estremeciéndome cuando las palabras me golpean.

—Emma: «Owen, ¡tenemos que hablar!». —grito.

Él aporrea la puerta con más fuerza. —¡Karen, suelta mi teléfono ahora mismo! ¡Te lo juro!

—Tú: «¿Dónde quieres que nos veamos?». —digo, leyendo su respuesta. Sigue hablando con ella. Nunca debí haberme creído ni una palabra de lo que me dijo Owen. Leo el último mensaje de Emma—. «En el mismo sitio que la última vez. En la misma habitación». —Niego con la cabeza con incredulidad—. ¿Vas a quedar con ella ahora mismo? —grito—. ¡No me lo puedo creer!

—¡Abre esta puerta ahora mismo! —exige. Siento cómo su pie choca contra el otro lado. La puerta emite un crujido. La vibración de la patada me duele y doy un paso atrás.

—Veamos tus mensajes a la pobre y desaparecida Alexandria —digo—. Seguro que también has estado hablando con ella últimamente, conociéndote.

—¡Karen! —grita con fuerza. Arrea una patada brutal a la puerta, rompiendo el material barato hasta el punto de que se abre un pequeño hueco. Tras un par de patadas más, la puerta se abre de golpe y queda apenas sujeta por la bisagra.

Entra rápidamente y me acorrala. Sin vacilar, saco el gran cuchillo que tenía escondido y lo apunto hacia él. Mi intento de protegerme es inútil, ya que me agarra del antebrazo y me arrebata el cuchillo, lanzándolo detrás de él. Me empuja contra la pared y me quita el teléfono de los dedos con facilidad.

—¡Te odio, Owen! —le grito a la cara. Él se acerca más a mí y me suelta. Se da la vuelta y se aleja hacia la puerta principal, sin detenerse mientras yo sigo gritando—: ¡Te odio, Owen! ¡Te odio!

CAPÍTULO 45

Emma

Es tarde cuando aparco cerca del Sleepaway Motel. El letrero de neón sobre el aparcamiento parpadea y proyecta un resplandor enfermizo y errático sobre el pavimento agrietado.

Los únicos vehículos estacionados aquí son uno cerca de la recepción, que supongo que es el de la persona que trabaja hasta tarde, y el de Owen junto a nuestra habitación, un poco más allá.

Bien. Está aquí. Es hora de acabar con esto. He practicado y ensayado muchas veces lo que quiero decirle. Me he sentido como si estuviera de vuelta en el instituto, haciendo una audición para una obra de teatro escolar. Literalmente, me senté en mi apartamento a practicar mis frases e incluso, a veces, fingía responder como pensaba que Owen podría hacerlo.

Necesito cerrar este capítulo de nuestra relación.

Se acabó eso de esconderme frente a su casa o seguir a su mujer y a su hija. Me odié mientras observaba a su hija jugar con su abuelo.

Si termino a tiempo, hay una reunión de Alcohólicos Anónimos en unas horas. Ya lo he recogido todo en mi apartamento. Tengo el depósito lleno y estoy casi lista para dejar esta ciudad para siempre.

Solo queda Owen. No puedo irme sin decirle cómo me siento de verdad.

Llamo a la puerta suavemente y, momentos después, Owen abre con una leve sonrisa.

—Me preocupaba que no vinieras esta noche —dice.

—Necesitaba verte —respondo—. ¿Puedo pasar?

Él asiente y abre la puerta de par en par; luego la cierra tras de mí y se gira hacia mí. —Quiero que sepas, antes de que hablemos, que he cortado por completo con mi mujer. Se ha acabado. —Suelta una risa nerviosa—. En cierto modo, es bueno que esté aquí esta noche. Creo que ahora mismo me he quedado un poco en la calle.

No sonrío ni me río de su patético chiste. Probablemente sea mentira de todos modos y, aunque no lo sea, no me importa. Voy directa al grano, tal y como he practicado.

—Tienes un hijo —digo, negando con la cabeza. Él no responde—. No puedo creer que tengas un hijo y una esposa.

—Emma...

Lo interrumpo. No me interesan más mentiras. —Nunca te hablé de mi pasado. De mi padre. Te hablé un poco de mi madre. Sabes que murió —niego con la cabeza con asco—. Pero no te dije por qué se suicidó. Mi madre casi mata a mi padre porque él la engañaba. Después de entrar en la cárcel, se quitó la vida. No volví a ver a mi padre después de que ella intentara asesinarlo.

—Debería habértelo dicho —admite.

No me importan sus estratagemas para que me compadezca de él. No tengo energía emocional para que me importe un bledo cómo se siente.

—¡Nunca deberías haberte liado conmigo, para empezar! —grito, recordándome a mí misma que debo bajar la voz.

Él asiente y me lanza una mirada de suficiencia. —Pensé que querías hablar, Emma. ¿Es esto lo que de verdad quieres hacer? ¿Arremeter contra mí y decirme lo terrible que soy? No, gracias. Prefiero que no. ¿Por qué no te marchas y ya está?

Niego con la cabeza. —No, no he venido solo a decirte que eres un pedazo de mierda, Owen. Sé lo que hiciste. Vi a Alexandria aquella noche.

—¿Qué? —dice, sorprendido—. ¿De qué me estás hablando ahora?

—Volví a este motel. Vi lo que le hiciste. —Respiro hondo, recordándome qué aspecto tenía ella la última noche que estuvo

viva—. Le pegaste. Tenía los ojos amoratados cuando salió de la habitación del motel. Sé lo que hiciste. No eres solo un marido de mierda y un padre de mierda; no solo eres un mentiroso y un mujeriego. También eres un maltratador.

Lo miro con expresión neutra, disfrutando de lo mucho que me divierte arremeter contra este hombre patético al que antes amaba.

Me mira por un instante. Espero su airada respuesta. En su lugar, esboza una sonrisa burlona y se dirige a la puerta del motel, echando el cerrojo. Niega con la cabeza y me mira. —¿Por qué será que todas las mujeres de mi vida me están volviendo absolutamente loco?

CAPÍTULO 46

Karen

Mi marido me tiene en muy baja estima. No cree que sea capaz de averiguar adónde va. Al principio, me preocupaba no poder hacerlo.

Pasé primero en coche por el apartamento de Emma. No había nadie en casa. Intenté entrar en su vivienda a través de la ventana que dejé sin cerrar, pero desde entonces la han asegurado. Miré por cada ventana que pude buscando cualquier señal de vida.

Allí no había nadie. Ni Emma ni mi marido. Aunque sí noté algo extraño. No había objetos personales en su casa. Todo se veía muy ordenado por dentro. Cerca de la ventana había una caja con periódicos en su interior.

Grité frente a la ventana de su apartamento, sin importarme quién oyera mis alaridos de frustración. Después de que Owen me pusiera las manos encima, confirmando que iba a ver a su novia, lo único en lo que podía pensar era en clavarle mi cuchillo.

A Emma también.

De hecho, he traído un cuchillo para cada uno. Esta noche no hay vuelta atrás posible. No importa cuánto finja sollozar y decirme cuánto me quiere. No importa cuánto llore ella suplicando por su despreciable vida. Esta noche, ambos morirán.

Ya no me importa nada. No me importa incriminar a nadie por asesinato ni estar libre de sospechas. De hecho, puede que yo misma no siga viva mucho más tiempo. Ya me da igual.

Lo único que importa es que Owen y su querida Emma me acompañen.

Solo había un problema en mi plan. No tenía ni idea de dónde estaban. Eso fue así hasta que logré deducir adónde podrían haber ido para verse.

Si no era en su apartamento, debía de ser en otro lugar. El mensaje que leí decía que era una habitación. En algún lugar de la ciudad, mi marido y su zorra están compartiendo la habitación de un hotel, sin saber que su tiempo juntos está a punto de llegar a su fin.

Llamé a la compañía de la tarjeta de crédito. Owen y yo compartimos una cuenta. Esta no era la primera vez que pasaban una noche en otro lugar que no fuera el apartamento de Emma. Si Owen era lo bastante estúpido como para usar su propia tarjeta de crédito, lo encontraría.

Solté una carcajada por lo patético que es cuando el representante de atención al cliente me dio el nombre del motel. El Motel Sleepaway.

Estoy ahora mismo en el aparcamiento, horrorizada por el gusto de mi marido respecto al lugar al que lleva a su amante para pasárselo bien. El tipo de sitio que alquila camas por horas. Es asqueroso, pero supongo que Emma no es muy exigente, viendo cómo vive.

Veo su coche solo en el aparcamiento. Hay unas cuantas habitaciones cerca de donde ha aparcado, pero solo una tiene la luz encendida. Salgo de mi coche y me acerco a la puerta.

No tengo planes sobre cómo proceder. No hay lógica en lo que estoy a punto de hacer. He perdido la capacidad de pensar con claridad de camino aquí. Ni siquiera tengo un diario para escribir lo que voy a hacer. De algún modo, lo he extraviado en mi ataque de ira. Actúo por puro instinto. Sigo mis pensamientos asesinos hasta su conclusión natural.

La puerta de la habitación del motel está entreabierta. Mejor aún. Es mi noche de suerte. Me preocupaba cómo entraría. Ahora la pregunta es: ¿cómo puedo causar el mayor daño posible?

Owen es fuerte. Me quitó el cuchillo de la mano en casa con facilidad. Emma no será tan fuerte. Disfrutaré matándola a ella primero y viendo a mi querido marido darse cuenta de que la mujer

que ama está muriendo mientras yo lo ataco a él. Con el elemento sorpresa y el impacto, puedo hacer que funcione.

Pego el oído a la puerta e intento escuchar su conversación, pero, al no oír voces, me pregunto si estarán en plena intimidad. Una situación comprometedora aún mejor para pillarlos y un motivador para herirlos tanto como pueda.

De un empujón abro la puerta y entro en la habitación, con el cuchillo alzado a la altura del hombro, lista para usarlo. Lo bajo de inmediato al verlos sobre la cama manchada.

Owen, con los ojos muy abiertos, mira fijamente a la mujer que tiene al lado. Las múltiples puñaladas que tiene son recientes y la sangre se filtra en el colchón manchado. Su cuerpo sin vida está colocado con el brazo sobre la mujer.

No esperaba verla a ella aquí.

La recepcionista. Alexandria Sutton. La mujer supuestamente desaparecida de la oficina de mi marido yace junto a él, también muerta. Sus cuerpos están colocados para que parezcan una pareja cariñosa a punto de hacer el amor, solo que están muertos.

En la piel desnuda de ambos está la marca de su asesino. Un corazón con una X encima. Con los ojos desorbitados, casi grito ante la imagen. Se me empiezan a saltar las lágrimas mientras mi confusión aumenta.

¿Dónde está Emma? Fue ella quien dijo que quería quedar en el motel.

Miro alrededor de la pequeña estancia y fijo la vista en un cúter ensangrentado sobre la mesilla de noche junto a la cama. El Asesino del Desamor ha estado aquí esta noche. Sus últimas víctimas, mi marido y su antigua amante.

Suelto una carcajada sonora, asimilando la ironía de la situación. Este era mi plan. Así era como el Asesino del Desamor iba a ser capturado. Solo que se suponía que iba a ser Owen.

Es entonces cuando miro al otro lado de la habitación, hacia la otra mesilla. Conmocionada por lo que veo, suelto el cuchillo; el corazón me late con fuerza al comprender lo que está pasando.

Mi diario. Está aquí. Mi nombre está escrito en la portada. Abro sus páginas y veo mis palabras. Mi plan para matar a Emma e

incriminar a Owen.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Me quedo petrificada, pero mi mente corre a toda velocidad mientras ato cabos sobre lo ocurrido.

—¡Abra la puerta! —grita el agente desde fuera.

Me doy cuenta de golpe. Me han tendido una trampa.

CAPÍTULO 47

Emma

Lo único que he querido siempre es ser feliz. Solo eso. Nunca pedí que me pasara lo que me pasó ni lo que sentí que tenía que hacer.

Sentada en mi coche, observando a la gente que hay a mi alrededor en el parque, reflexiono sobre todo. Es fácil hacerlo mientras escucho una emisora de radio AM que habla sobre la noticia de última hora: el regreso del Asesino del Corazón Roto. Los medios han entrado en un frenesí de cobertura sobre el HBK desde que hace unos días se encontró una pareja de cadáveres en un motel de mala muerte y se arrestó a una mujer.

—El Asesino del Corazón Roto está exactamente donde le corresponde —dice un criminólogo por la radio—. ¿Y no les dije a todos que era una mujer?

—Pero ¿es ella realmente el Asesino del Corazón Roto? —pregunta el locutor—. Hay quien sugiere que se trata de un imitador. Al fin y al cabo, no se utilizó el *modus operandi* habitual. No se usó cinta americana para atar a las víctimas y lo normal era realizar un único tajo en la garganta. No sabemos mucho todavía, pero las autoridades han confirmado que había más de una herida.

El criminólogo invitado se ríe. —Bueno, se encontró el mismo símbolo en sus cuerpos. Un corazón con una X encima. Hecho, nada menos, que con un cúter que se halló en la escena del crimen. Y en cuanto a la razón por la que estos asesinatos fueron diferentes, bueno, hay una explicación perfectamente razonable. Esta vez fue

algo personal. Las víctimas eran el marido del Asesino del Corazón Roto y su amante.

—Excelente observación —dice el locutor—. La ciudad se preguntaba cuándo veríamos el regreso del Asesino del Corazón Roto, y ya tenemos la respuesta. ¿Qué opina usted sobre por qué han pasado cinco años desde su último asesinato?

—Fácil —dice el criminólogo—. Amor. Su matrimonio con su marido, Owen Pearson, coincidió con la época del último asesinato conocido del Asesino del Corazón Roto. Karen Pearson, o HBK, como podemos llamarla ahora, estaba enamorada. Su marido infiel ha hecho que vuelva a aflorar su lado oscuro.

—Algunos oyentes siguen sin estar convencidos de que Karen Pearson sea la auténtica asesina en serie. ¿Ha oído los rumores de que se encontró un diario personal de Karen en la escena del crimen?

Cambio de emisora a una de música que pone rock clásico. Ya está sonando *We Are The Champions* de Queen, y me tienta bajar la ventanilla y ponerla a todo volumen. Pero eso dificultaría mi empeño en pasar desapercibida.

Sonrío al mirar a un abuelo que juega con su nieto en el parque infantil cercano. A pesar de todas las cosas terribles que pasan en sus vidas, se tienen el uno al otro. Después de descubrir el tipo de persona que era Karen Pearson, Chloe está mejor así.

Nunca quise que el Asesino del Corazón Roto regresara. Después de mi última víctima, incluso empecé a ir a reuniones de Alcohólicos Anónimos como forma de mantenerme a raya. Para mantener controlados los impulsos de querer arreglar el mundo roto que me rodea.

La gente asume que el Asesino del Corazón Roto mataba por celos o por una mala relación. Debido a esa creencia tan extendida, las autoridades nunca miraron en mi dirección. A la mayoría de las personas que maté no las conocía bien.

Lo que sí sabía era que el mundo estaría mejor sin mis víctimas en él.

Mi primer asesinato fue mi propio padre. Me costó tiempo y destreza en internet localizarlo. Cuando lo hice, no tenía malas

intenciones. Tenía dieciocho años y quería respuestas.

¿Por qué nos abandonó después de que mamá intentara matarlo? Ella estaba en la cárcel. No fuimos ni Julie ni yo quienes intentamos asesinarlo. Fue mamá. Lo necesitábamos cuando éramos niñas.

También quería devolverle su caja de herramientas de acero. De pequeña, me gustaba verlo arreglar cosas por la casa. Solía ser el único momento en el que era paciente conmigo. Yo le pasaba cualquier herramienta que me pidiera mientras lo observaba.

Dejó la mayoría de sus pertenencias en la casa cuando nos abandonó, llevándose sobre todo su ropa.

Cuando descubrí dónde vivía, le llevé sus preciadas herramientas. Era una ofrenda de paz. Al menos al principio.

Cuando hablé con él, estaba borracho y agresivo. Me dijo que yo no valía nada. Se alegraba de que mamá estuviera muerta.

Llevada por una rabia y una frustración acumuladas, abrí la caja de acero y saqué el cúter oxidado. Estaba demasiado borracho para defenderse.

Al trabajar en una zona rural, me resultó bastante fácil esconder su cuerpo donde nadie lo encontrara. Antes de dejarlo en su última morada, grabé en mi primera víctima lo que se convirtió en un símbolo de infamia: un corazón con una X encima.

Los medios y las autoridades creyeron que se debía a que yo era una amante despechada. En el caso de mi padre, tenía el corazón roto de verdad, pero no fue por eso por lo que marqué su cuerpo de esa manera.

Quería que cualquiera que lo encontrara supiera que mi padre no tenía corazón.

Fue la misma razón por la que grabé el símbolo en los demás. Mi segunda víctima, un hombre con el que trabajé brevemente en un club nocturno del centro, era un violador misógino. Una noche, cuando bebió demasiado en el club, habló abiertamente sobre cómo abusaba de mujeres borrachas en el bar y se iba de rositas. Pensaba que era un tipo genial por usar los cuerpos de mujeres ebrias para su propio placer. Algunos de mis

compañeros varones del bar pensaron que aquello era increíble, por alguna razón.

Yo no.

Había un problema y yo tenía que arreglarlo, porque nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Encontraron su cuerpo en el callejón, cerca del club nocturno. Antes de dejarlo, le bajé los vaqueros y los calzoncillos y lo expuse ante el mundo.

Mi necesidad de hacer justicia con aquellos que se libraban de sus crímenes no se limita solo a los hombres. Las mujeres pueden ser igual de terribles.

Melissa Santra era alguien a quien conocí cuando era camarera en un asador. Rondaba los cuarenta cuando trabajé con ella. Tenía un hijo, que debía de tener unos diez años cuando lo conocí. De vez en cuando, venía al restaurante después del colegio. Hacía los deberes en la oficina mientras su madre y yo servíamos las mesas.

Melissa nunca me cayó muy bien. Siempre tenía un tono desagradable y era rápida para despreciar a los demás, incluida yo. Pero su hijo era dulce. Había en él una bondad que saltaba a la vista.

Era un niño tranquilo. No muy sociable. Al principio, me preocupé cuando llegó al restaurante con la cara magullada. Unos días después, traía un ojo morado.

Supuse que era cosa de su padre. Me equivocaba.

Después del trabajo, intenté que mi compañera me confirmara que era su marido quien pegaba a su hijo. Iba a solucionarle el problema. Para mi sorpresa, admitió que era ella.

Me mantuve al margen durante un tiempo. Cuando dejé aquel trabajo, seguí vigilando a su hijo. Un día, cuando estaba cerca de su casa, lo vi con muletas. Llevaba una escayola grande en la pierna derecha.

Aquello fue toda la motivación que necesité para mi siguiente asesinato. No volvería a tocar a su hijo nunca más.

Todas mis víctimas eran personas sin corazón. Cada una de ellas se merecía lo que recibió.

Pero me pasó factura. Sentía que me estaba perdiendo a mí misma en mi batalla por hacer justicia en un mundo despiadado donde tantos males quedan impunes. Yo solo era una mujer. ¿Cuánto podía hacer? Devoraba artículos en internet, enfureciéndome con toda la injusticia que ocurría a mi alrededor en la ciudad.

Decidí hacer un cambio. Me mudé al campo con mi hermana, su marido y mi sobrino. Ayudó. Dejé de ver las noticias y evité las redes sociales como la peste.

Tenía que parar. Cada vez que recaía, leía algo perturbador o descubría que algo terrible estaba pasando en mi pequeña comunidad, iba a una reunión de AA.

Ni siquiera me gusta beber. Me tomo quizá una copa a la semana, si llega. A Julie le sorprendió que le hablara de mi adicción y de que iba a las reuniones.

Pero mi adicción era el asesinato. Me sentía eufórica cuando sentía que ayudaba a otros.

Nunca pretendí que el Asesino del Corazón Roto regresara. Después de que Alexandria me acorralara junto al río y Owen me contara la verdad sobre su mujer, admito que sentí curiosidad. Pero no planeaba matar a nadie.

El asesinato de Alexandria fue en defensa propia. Después de romper con Owen en el motel, regresé. Ojalá no lo hubiera hecho, pero lo hice. Vi a Alexandria salir de la habitación del motel. Estaba confundida. Owen me había dicho cuánto me amaba y que quería mantenerme a salvo de su exnovia loca y, sin embargo, ella estaba en el motel.

Incluso de lejos, pude distinguir su cara magullada y su nariz ensangrentada mientras se apresuraba hacia su coche. Fue entonces cuando me acerqué a ella. Solo quería decirle la verdad. Owen es un hombre terrible. Quería preguntarle si había sido él quien le había hecho eso en la cara.

Me atacó. Me golpeó en el pecho y sacó un cuchillo que llevaba oculto en el bolso. Quizá fue solo instinto, pero saqué rápidamente mi navaja y, sin pensarlo mucho, la maté. Yo no quería eso.

Escondí su cuerpo en mi maletero, mirando a mi alrededor en la calle desierta, agradecida de que nadie nos viera. Ella había aparcado lo bastante lejos de la habitación de Owen como para que él tampoco pareciera haber oído el ruido que hicimos. Volvería más tarde para mover su vehículo.

Mientras la metía en el maletero, Owen salió de su habitación. Lo seguí hasta su casa mientras intentaba limpiarme la sangre de Alexandria de las manos y la cara.

Todo lo que quería saber de Alexandria era si había sido Owen quien la había herido. ¿Por qué estaba en la habitación del motel? ¿Le había dicho Owen que fuera? ¿Le había pegado él?

Tenía muchas preguntas y, en un arrebato de rabia, lo seguí hasta su casa. Iba a hacerle esas preguntas yo misma, ya que ahora era imposible que Alexandria hablara. Fue allí donde descubrí quién era realmente su mujer: Karen. La mujer que fingió ser amable conmigo en un intento de asesinarme.

Una de las muchas habilidades que desarrollé durante mi tiempo como el Asesino del Corazón Roto fue la de entrar en las casas sin ser detectada. No fue difícil entrar en la casa de Owen ni en el despacho de Karen. La observé una noche escribiendo en un diario que llevaba su nombre. Tras concluir que había sido ella quien había desbloqueado la ventana de mi baño, necesité saber más.

Conseguí exactamente lo que necesitaba cuando leí su diario.

Iba a matarme. No solo eso, sino que también iba a incriminar a Owen por ello. De hecho, quería matarme al estilo del Asesino del Corazón Roto.

La ironía fue demasiado para mí. Tenía que devolverle el favor.

Bajo la cabeza mientras observo a Chloe en el parque infantil, columpiada por el padre de Karen. Si no fuera por esa niña, también habría matado a Karen. El criminólogo de la radio tenía razón sobre las últimas víctimas del Asesino del Corazón Roto: fue algo personal.

La muerte de Alexandria fue en defensa propia. En cuanto a Owen, bueno, ¿quién va a echar de menos a ese mentiroso, infiel y maltratador de mujeres? Karen, mi última víctima, pasará una larga

temporada entre rejas, que será el desenlace final que ella misma había planeado para su marido.

Tal como anotó en su diario, la gente se preguntará si Karen era el auténtico Asesino del Corazón Roto o una imitadora, pero no dudarán de que es una asesina.

Inspiro profundamente. Sé que lo que he hecho está mal, aunque en mi cabeza se haya hecho justicia. Pero hay mucha más injusticia en el mundo. Sin embargo, ya no tengo por qué ser yo quien solucione los problemas.

Con Karen entre rejas, el Asesino del Corazón Roto puede retirarse.

A mi lado, en el asiento del copiloto, está la caja de herramientas de acero de mi padre. Miro por la ventana y veo un contenedor grande. Sin pensarlo dos veces, salgo de mi coche y cojo la caja. Me acerco al contenedor y aprieto la caja contra mi pecho por un momento. La vacío, dejando que caigan todas las demás posibles armas que el Asesino del Corazón Roto podría haber utilizado con nuevas víctimas, y tiro la caja de acero vacía al final.

Volviendo a mirar hacia el parque infantil, me apresuro a regresar a mi coche y entro cuando veo que Chloe y su abuelo regresan al aparcamiento.

Este era un momento que no quería perderme, pero tampoco quería que me pillaran mirando.

Chloe va de la mano de su abuelo mientras los dos caminan hacia su coche. Cuando están lo bastante cerca para que ella vea lo que he dejado, señala.

—¿Eso es un regalo? —grita Chloe, señalando la caja estrecha envuelta con un lazo rojo colocada sobre el capó del coche. Incluso con mi ventanilla subida, puedo oír lo emocionada que está.

El abuelo mira su coche, confundido. Intento ocultarme en mi asiento y bajo silenciosamente la ventanilla para escuchar mejor.

—¿Me has comprado un juguete? —pregunta Chloe.

—No, no lo he hecho —dice el abuelo, perplejo. Chloe corre hacia su coche y coge el regalo rompiendo el papel—. Chloe, eso no es nuestro. No sé de quién es…

—¡Abuelo! —grita ella al ver el juguete—. ¡Es la Barbie que quería! ¡La que tiene un cuerno de unicornio! —Rodea con fuerza las piernas de su abuelo con sus bracitos, dándole las gracias efusivamente.

El abuelo coge la caja y mira la muñeca Barbie con una media sonrisa en la cara. —No creo que esto sea tuyo. —Le da la vuelta a la caja y ve la gran C que escribí en ella con un rotulador.

—¡Por favor, abuelo! —dice ella—. ¡¿Me la puedo quedar?!

Su abuelo baja la mano lentamente y le entrega la caja. —Supongo que sí. —Mira a su alrededor por el aparcamiento, pero no me ve.

Sonrío mientras lo veo acomodar a Chloe en su silla infantil atrás y prometerle un helado cuando lleguen a casa. Chloe no responde. Está demasiado absorta mirando la muñeca Barbie que sostiene frente a ella. Siempre he sabido elegir buenos regalos. Es porque escucho lo que la gente quiere. Escucho cuando sienten que nadie más lo hace.

Chloe y su abuelo salen del parque y giran hacia la calle. Me tomo un momento antes de hacer lo mismo, solo que yo me voy en la dirección contraria.

CAPÍTULO 48

Karen

—¡Soy inocente! —le grito por el teléfono de la cárcel a mi abogado, que me vuelve a decir que baje la voz. Si no estuviera el cristal de por medio, lo sacudiría con fuerza hasta que comprendiera la verdad. Ronald Edgers, un abogado de oficio, no se cree ni una palabra de lo que digo. El funcionario de prisiones se me acerca y me dice que, si no logro mantener la calma, mi visita al abogado se dará por terminada.

Pido disculpas a mi abogado y al agente. El guardia retrocede hasta el borde de la sala, vigilándome de cerca.

Miro a mi abogado y, en un volumen de voz adecuado, le suplico que lo entienda. —Yo no maté a mi marido. No maté a Alexandria. Fue Emma.

Él niega con la cabeza. —Tenemos que presentar nuestro caso ante el juez y su declaración de culpabilidad o inocencia, Karen.

—La respuesta es fácil —digo, haciendo todo lo posible por mantener la calma con los dientes apretados—. Fue Emma. Ella lo hizo. Ella es la Asesina del Corazón Roto, no yo.

—¿Qué Emma? —dice el abogado con retintín. Es un tono que ya ha usado conmigo antes. Suelta un bufido—. No sabe su apellido. ¿Quiere que la defienda diciendo que la amante de su marido es la Asesina del Corazón Roto, pero ni siquiera tiene un apellido que pueda utilizar?

Agacho la cabeza. —Pero sé dónde vive —insisto. Es un argumento inútil, pero hay que repetirlo.

—Ya me lo ha dicho —responde él—. El casero describió a una mujer llamada Emma. La mujer pagaba en efectivo. Vivía en una zona donde la gente no se metía en los asuntos de los demás. Nadie la conocía.

Levanto las manos con indignación y el guardia me lanza una mirada. Le susurro un «lo siento» e intento por todos los medios contener mis aspavientos. Es difícil cuando te están tendiendo una trampa. —¿No ha conseguido su número en el registro de llamadas de Owen?

Él asiente. —Lo hemos hecho, pero nada ha cambiado desde la última vez que dijo esto. El número se dio de alta con un nombre falso. Es un teléfono móvil que funciona con tarjetas de prepago. Es lo que llamamos un teléfono desechable. Es complicado obtener información de teléfonos así.

Niego con la cabeza, esforzándome para no gritarle a mi estúpido abogado. —Bueno, ¿no le parece sospechoso?

Él me da la razón. Parece que por fin estoy llegando a él. —A la policía no le importa demasiado esa mujer —dice—. La están buscando, pero, por lo que a ellos respecta, ya han atrapado al asesino. —Señala con el dedo contra el cristal—. A usted.

Sacudo la cabeza con incredulidad. —Ron, tiene que creerme.

Él baja la mirada. —Este es un caso sólido como una roca, Karen. Usted estaba en la escena del crimen cuando llegó la policía. En el lugar se encontró su diario. Eran sus palabras, ¿no es cierto? Esas que describían el asesinato de la novia de su marido.

—Eran mis palabras —admito—. Pero yo no maté a Alexandria. Yo no asesiné a Owen.

Él respira hondo y mira su reloj. —Y, sin embargo, en su diario describía cómo lo mataba. —Niega con la cabeza—. ¿No entiende cómo se ve esto?

Pongo la mano sobre el cristal. —No soy la Asesina del Corazón Roto.

Él asiente. —La policía tampoco cree que lo sea. Una imitadora, más bien. Quiero decir, escribió el plan paso por paso en su diario.

—No soy culpable —digo—. No me declararé culpable de algo que no he hecho.

—La fiscalía tiene el testimonio de una cajera adolescente de una ferretería que recuerda que usted compró un cúter y cinta americana con su hija días antes del doble asesinato.

—Yo no lo hice, Ron. No los maté. El cúter que compré era flamante. El que encontraron era viejo y estaba oxidado. ¿No lo ve?

Vuelve a suspirar. —Esta es una batalla perdida, Karen. ¿Lo entiende, verdad? Si no acepta un acuerdo, pasará mucho más tiempo en la cárcel. No hay forma de ganar este caso. —Se aclara la garganta—. Escuche, tiene una hija pequeña. Su padre tiene la custodia ahora mismo, pero si quiere volver a verla antes de que cumpla los cuarenta, hágase un favor y acepte el acuerdo de la fiscalía.

—¡No puedo hacer eso! —grito. El funcionario de prisiones me exige que vuelva a bajar la voz. Lo ignoro—. ¡Fue Emma! ¡Ella es la Asesina del Corazón Roto!

EPÍLOGO

Emma

Julie me llama la atención desde la pista de baile y me hace señas para que me una a ella y a David. Sonrío y niego con la cabeza. Ella gesticula con más ímpetu para que participe en el grupo de baile en línea mientras ejecutan sus movimientos coreografiados al ritmo de alguna vieja canción country.

No tengo ni la menor idea de qué están haciendo ni de cómo lo hacen. No, gracias. Finjo taparme la cara y, cuando miro, ella me devuelve la sonrisa antes de seguir bailando con su marido al lado.

Aunque no ha pasado demasiado tiempo desde que volví a mudarme a casa de mi hermana, me siento mejor aquí. La vida es más pausada y me parece bien así, de momento.

Acepté a regañadientes un trabajo como recepcionista en la clínica quiropráctica de mi cuñado. Al aceptar el puesto, me vi obligada a prometer que no haría ningún comentario del tipo «tú no eres médico» mientras estuviera en mi horario de trabajo. Sin embargo, cuando no estoy trabajando, nuestras pullas no tienen límites.

Sonrío al ver cómo el marido de mi hermana inclina su sombrero de vaquero blanco ante Julie antes de lanzarse y hacerle un quiebro inesperado. Me río al ver que los dos están a punto de caerse; las copas de más que se han tomado han contribuido a la falta de elegancia de él en la pista.

Doy un sorbo a mi Coca-Cola, sin alcohol por las apariencias, y me doy cuenta de que casi se ha terminado. Miro hacia la barra para ver si está despejada. Solo me llama la atención un par de

hombres. Uno de ellos, un hombre al que conozco como Steve, me sonríe.

Steve es un idiota. Ya ha hablado conmigo otras veces. Intentó ligar conmigo en este mismo bar hace más de un año. Lo rechacé con delicadeza.

Su amigo, en cambio, es nuevo y muy guapo. Se gira para mirarme mientras Steve me contempla embobado. El hombre misterioso parece aún más atractivo cuando nuestras miradas se cruzan. Me recuerda a un joven Channing Tatum. Sus ojos de color verde claro se entrecierran al fijarse en mí y yo aparto la vista rápidamente. Cuando vuelvo a mirar, sonríe mientras se vuelve hacia su amigo.

Respiro hondo. Han pasado meses desde que regresé a casa de Julie. Ella estuvo más que dispuesta a abrirme las puertas de su hogar de nuevo. Sin embargo, puse una condición: no volver al sótano. Necesito luz solar en mi vida para no sentirme como un trol que vive debajo de ellos.

Debo admitir que soy feliz de nuevo en este pequeño pueblo. Por mucho que disfrute pasando tiempo con Julie y mi sobrino, estoy ahorrando para mi propio piso. En un mes or dos estaré lista para mudarme. Julie ha insistido en que no tenga prisa en mudarme.

Después de lo que pasó cuando regresé a Windsor, pensé que me costaría lidiar con mis pensamientos oscuros. Julie insistió en que volviera a mis reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero he estado bien.

Sin malos impulsos. Una vida tranquila, donde los problemas no parecen salirme al paso como ocurre en la ciudad. Siento que la vida de pueblo me sienta mejor. Cuando estoy en la ciudad, me rodea el trauma de la sociedad. Aquí, me rodea la gente que me quiere.

—Perdona —dice una voz profunda. Me giro y es Channing Tatum otra vez, solo que ahora está en mi mesa. Me sonríe cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo. Siento que me derrito bajo su mirada—. Me llamo Jackson. —Me tiende la mano.

—Yo soy Emma —le digo, aceptándola. Su apretón es firme, pero noto que intenta ser delicado.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunta.

Su cortesía me pilla desprevenida. Ya estaba entusiasmada con su físico, pero ahora este Channing Tatum rudo tiene toda mi atención. La de Julie también, me doy cuenta al mirar por encima de su hombro y ver que ella me sonríe mientras le susurra algo al oído a David.

—Claro —digo, intentando no parecer demasiado emocionada—. Solo con mirar a este hombre, me doy cuenta de que es un problema. Puede que sea educado, pero sus ojos ya me están desnudando. Pero también parece el tipo de hombre que querría conocerme después. El tipo de hombre que tiene muchas probabilidades de traer un montón de equipaje innecesario a mi vida. Una persona que tiene un montón de defectos, pero que, debido a su encanto y a su buena apariencia, estoy dispuesta a pasar por alto. Después de todo, puedo cambiarlo.

—Y bien —dice Jackson, sentándose frente a mí—, cuéntame algo de ti, Emma. —Me dedica otra sonrisa diabólica, y yo ya estoy encandilada.

Doy el último sorbo a mi Coca-Cola y sonrío. Las citas no estaban en mis planes cuando regresé a este pueblo.

Pero nunca renunciaré al amor.

* * *

Nota de la autora:

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te

tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí.

Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia La Suegra:

PRÓLOGO

Delores

He estado casada durante más de cuarenta y seis años, hasta hoy.

Puede que Leonard y yo hayamos tenido un matrimonio largo, pero nada en él fue el tipo de romance que los escritores describirían. Nuestra relación no empezó con un estallido, pero ciertamente ha terminado con uno.

Me gustaría decir que fuimos felices juntos. En nuestra defensa, algunos de los muchos años que compartimos lo fueron, posiblemente aquellos en los que éramos nuevos el uno para el otro; pero, para ser sincera, ni siquiera esos fueron increíbles.

Mediocres, como mucho.

El poderoso Leonard Sterling odiaba la mediocridad, lo cual parece irónico cuando pienso en nuestro matrimonio. Sin importar cuánto dinero, tierras o éxito acumuló en su vida, nuestro matrimonio siguió estando vacío.

Me quedo mirando una foto nuestra en nuestro enorme salón. Sus elementos oscuros están iluminados por la luz del sol que entra a raudales por los imponentes ventanales, proyectando un cálido resplandor que resalta los caros muebles y atrae la mirada hacia la gran chimenea con su repisa de mármol.

Teníamos todo en la vida que cualquiera pudiera desear: una casa grande y ridículamente cara, criadas, chefs, jardineros... La gente creería que nuestra vida era tan majestuosa como este hermoso hogar. Sin embargo, no importaba qué objetos caros pusiéramos en esta casa, este retrato nuestro nunca parecía encajar.

La foto de la pareja «feliz», Leonard y Delores Sterling. Pedí que nos la hiciera un fotógrafo profesional hace unos años.

A Leonard no le importaba lo más mínimo. Aquel día me metió prisa para que me arreglara. Se negó a ir al estudio del fotógrafo. Solo aceptó que se hiciera en nuestra casa o en su oficina, donde le resultara conveniente estar disponible.

Así que hicimos que el fotógrafo nos tomara la foto en nuestra casa, en el salón. El mismo salón en el que me encuentro ahora.

Leonard se sentó en su sillón de cuero favorito. Yo me puse de pie al lado del sillón, con la mano sobre su hombro. Incluso en las fotos, parecíamos muy distantes. Ningún abrazo romántico, ni siquiera para los breves momentos que el objetivo de una cámara puede capturar. Ni siquiera pudimos fingir que estábamos enamorados para el fotógrafo.

Leonard exigió al fotógrafo que se diera prisa y tomara la foto para poder volver a su trabajo. El hombre hizo lo que se le pidió. Una toma. Eso fue todo lo que Leonard permitió. Me dio lo que yo quería: una foto nuestra colgada en nuestro hogar. Es la única que hay de nosotros en esta casa.

En lugar de marcharse a su preciada oficina, Leonard sacó un puro grande de su chaqueta de traje. Lo encendió y se sentó en su sillón favorito mientras el fotógrafo recogía su equipo.

Podríamos habernos hecho más fotos juntos fácilmente. Tal vez podríamos haber fingido que éramos felices.

Nunca tuvo sentido por qué no pudimos serlo. Fui la esposa perfecta para mi marido. Cuidé mi cuerpo, sin dejar que la edad me venciera. Me entregué al hombre de buena gana, pero a él no podía importarle menos; solo estaba dispuesto a tocarme en los aniversarios o en noches aleatorias para obtener unos minutos de placer.

Estaba dispuesta a ser cualquier cosa por mi marido.

Si un extraño entrara en mi casa y rebuscara un poco, no tendría ni idea de quién es el dueño, siendo esta foto la única prueba que respalda que era nuestra. A Leonard le parecía de mal gusto colgar fotos nuestras en la pared, pero a mí me daba igual. Ni siquiera él me detendría a la hora de poner fotos de mi querido hijo,

Leo, en las paredes. Supongo que los extraños que entraran asumirían que ese niño pequeño era, de algún modo, el dueño de esta mansión.

Llamamos a Leo como a su padre, pero mi hijo no comparte ninguna de las características de mi marido. Atento, cariñoso y siempre sonriente, Leo es perfecto.

Aunque el rostro de mi dulce niño me recuerda el amor que aún tengo en mi vida, ahora ya es mucho mayor. Se ha convertido en un hombre de negocios, muy parecido a su padre. A diferencia de mi marido, mi hijo todavía intenta que yo participe en su vida, aunque sea menos de lo que me gustaría.

Incluso cuando Leo se dio cuenta de lo despreciable que era su padre, mi hijo siguió manteniendo el contacto conmigo, aunque no fuera mucho. Tras su pelea, me preocupaba que fuera el fin de la única relación en mi vida que valía la pena tener.

Afortunadamente, no fue así durante mucho tiempo, hasta hace relativamente poco.

Mi hijo está casado. Fue ingenuo, joven y supuestamente estaba enamorado. Lo bastante enamorado como para casarse con alguien casi tan despreciable como su padre. Él simplemente no lo ve de esa manera.

Su esposa, Madelyn, puede que sea dulce como la miel, pero carece del origen necesario para merecer a mi hijo. No tenía nada antes de que mi niño llegara a su vida. Le clavó las garras a mi hijo hasta que él aceptó casarse con ella.

Al igual que su padre, ella me mantiene alejada de mi hijo, pero no permitiré que lo haga por más tiempo. Mi hijo se ha mudado a una casa grande cerca de la mía en Summer Hills. Es una pequeña comunidad al noroeste de Calgary donde viven muchos de los más acaudalados. Esto debería ser una oportunidad para vernos más, pero sé que ella no lo permitirá.

Él es de mi sangre. Ella es la extraña.

Me llevó años darme cuenta del error que cometí al estar con mi marido. Espero poder ayudar a mi hijo a darse cuenta de su error mucho antes.

Hago una pausa y miro de nuevo la foto de Leonard y yo.

La colgué en el mismo salón donde se tomó originalmente la foto. Una parte de mí la quería aquí para recordarme lo exasperante que era estar con un hombre como Leonard Sterling. Para recordarme que él tenía todo el poder. Conseguía lo que siempre quería.

Miro a mi marido en el salón. Todavía está sentado en ese sillón. En lugar de sostener el caro puro firmemente en la boca, este ha caído al suelo junto a su pie, con las brasas aún encendidas. En la mesa auxiliar que tiene a su lado hay un vaso de güisqui con un escocés caro, sus gafas de lectura y una nota escrita a máquina que ha dejado.

Enciendo mi propio cigarrillo y disfruto del sabor mientras inhalo.

Tal como hice en el retrato, me coloco detrás de mi marido y le pongo la mano sobre el hombro. Observo el lateral de su cabeza, por donde la bala entró en su cráneo. Su cuerpo está desplomado hacia un lado y sus ojos fríos están muy abiertos.

Al exhalar, una columna de humo cubre el rostro de mi marido.

Por mucho poder que Leonard Sterling tuviera en vida, no pudo controlar la expresión tan absurda que se le quedó en la cara al morir.

Tengo que llamar a las autoridades, pero en su lugar miro a mi difunto marido con asombro. Está muerto y, sin embargo, no me afecta como debería.

Nada en nuestra relación lo hizo jamás. Cuarenta y seis años de matrimonio han llegado a su fin, pero todavía me queda mucha vida por delante.

CAPÍTULO 1

Madelyn

Por favor. Por favor.

Solo he deseado una cosa desde que me casé con mi marido. Todo es perfecto en mi vida. Nos hemos mudado a lo que cualquiera consideraría una mansión. Pese a los estereotipos sobre los hombres ricos, mi marido, Leo, no es para nada lo que cabría esperar. Es atento y empático. Se preocupa por mis necesidades y por las de los demás.

Supe que era diferente de los otros ricos para los que he trabajado.

Cualquier mujer se consideraría afortunada de estar con un hombre como Leo. No solo por su dinero; es que es un tesoro de persona. Es perfecto.

Nunca pensé que mi vida fuera a ser fácil. En todo caso, imaginaba que me ganaría la vida limpiando casas de familias ricas toda mi vida. Fregando sus caros azulejos. Barriendo sus suelos de madera. Sacando el polvo de los estantes que sostienen sus objetos de valor.

Entonces trabajé para Leo Sterling y todo cambió.

Miro la tira del test sobre la encimera del baño. Esperar los resultados me mata cada mes. No sé por qué me hago esto a mí misma. Ya es casi un ritual de fracaso. Creo que disfruto atormentándome con los resultados negativos.

Respiro hondo y pienso en mis inicios. Pienso en la primera vez que conocí a Leo. Parecía tan torpe dándome instrucciones sobre lo que quería que limpiara. Leo era dueño de una casa mucho más

pequeña hace dos años, aunque fuera más grande que cualquier sitio en el que yo fuera a vivir jamás.

Recuerdo lo mono que me pareció cuando me dedicó esa sonrisa burlona mientras se disculpaba por decirme qué quería que limpiase. Intenté decirle que no pasaba nada. Estaba acostumbrada, después de todo. Normalmente, las instrucciones que recibía eran mucho peores. Apenas recibía un «hola» de los propietarios adinerados para los que solía trabajar. Esos ricos apenas se daban cuenta de mi presencia, a menos que me saltara algún rincón; entonces, por supuesto, me lo hacían saber.

Leo era distinto. Él me veía. Me hablaba. Me daba las gracias profusamente al terminar. Tengo que admitir que me tomaba tiempo extra para limpiar cerca de su despacho para hablar con él. Se disculpaba cuando yo entraba y decía que se quitaría de en medio. Yo le decía que no lo hiciera. Limpiaba a su alrededor mientras él trabajaba.

No solo me saludaba cada vez que iba a su casa, sino que también conversaba conmigo. Empezó como una charla trivial. Nunca llegaba a lo personal con los clientes. Mi jefe de entonces nos advertía de que no habláramos con ellos a menos que se nos acercaran. Desde luego, yo jamás hablaba de mi vida privada con los clientes, pero Leo era curioso.

¿Cuánto tiempo llevaba limpiando? ¿Tenía hermanos? ¿De dónde eran mis padres? Hice lo posible por ignorar esa última pregunta. Mi madre me crio sola y siempre pasó apuros económicos. Mi padre falleció cuando yo era pequeña y nunca hablo de él por lo que hizo. Si lo hiciera, me preocuparía que la gente tuviera una mala impresión de mi familia.

Cuando recuerdo nuestros comienzos, me pregunto si a Leo le habría importado siquiera que se lo hubiera contado antes. Creo que no.

A lo largo de unas semanas, nos conocimos bien. Para entonces, ya sabía más cosas de mi vida personal que mis propios amigos.

No fue algo rápido, pero pronto empecé a sentir tensión a su alrededor. De la buena. Esa sensación que tenía en el instituto

cuando el chico que me gustaba se fijaba en mí.

Cada vez me costaba más no decir nada. Sin embargo, no lo hice. Necesitaba mi trabajo. No podía permitirme perderlo, y que la chica de la limpieza se ponga demasiado coqueta es una buena forma de que te echen de la empresa en la que trabajaba. Además, yo no era la única asistenta que tenía. Otras venían durante la semana.

A menudo me preguntaba qué clase de conversaciones mantenía Leo con las otras chicas que iban a limpiar su casa. Una de ellas era mi amiga, Hannah. Ella fue la única razón por la que me contrataron en la empresa para empezar, pero me sorprendí sintiendo celos de ella y de las conversaciones que probablemente compartía con Leo. Es una mujer mucho más guapa que yo. Lo sé. Nadie tiene que señalar lo obvio.

A cualquier hombre le encantaría que una rubia despampanante como Hannah entrara en su casa con un plumero.

Me resultaba fácil imaginar a Leo Sterling interesado en una mujer como Hannah. ¿Quién no lo estaría, después de todo? Ella misma me había dicho lo amable que era Leo. Sabía que eso significaba que hablaban. A pesar de nuestra amistad, no le conté lo que sentía por él. No le dije los celos que me daba que pudiera limpiar su casa los días que yo no podía.

Pero no tardé mucho en ver que no necesitaba tener esas inseguridades.

Un día, mientras limpiaba la cocina de Leo, se me acercó con timidez. Me preguntó por qué nunca le hacía preguntas sobre él. Al principio me quedé desconcertada, hasta que se explicó. Él siempre hacía preguntas sobre mí, mi vida y mis intereses, pero yo nunca correspondía.

Bajó la cabeza y, cuando volvió a mirarme, me preguntó con franqueza: «¿Es que no me interesa conocerte?». Dijo que estaba muy interesado en mí.

Le pedí perdón. Le hablé de las normas del servicio de limpieza.

Entonces, ocurrió algo mágico. Fue casi como en una película de comedia romántica. Me miró fijamente. No dijo nada, y yo tampoco. Frunció los labios mientras miraba los míos.

Al cuerno con el servicio de limpieza.

Me quité los guantes de goma. Se acercó y nos besamos. Las mariposas de mi estómago querían salir volando.

A partir de ahí, todo fue cada vez más perfecto. Empezamos a salir. Lo nuestro se volvió más serio.

Y entonces me despidió.

Se acabó lo de limpiar su casa. Iba a mudarme con él poco después. Sentía que mi vida era un cuento de hadas. Cenicienta había encontrado a su príncipe azul.

Como dice el refrán: primero viene el amor, luego el matrimonio, pero...

Miro el test de embarazo negativo sobre la encimera. Exhalo un suspiro y golpeo el mueble, tirando la tira al cubo de la basura.

Los cuentos de hadas tienen finales felices. Me esfuerzo por recordarme, cada vez que veo la tira negativa, que no debo reaccionar de forma exagerada. Que no debo alterarme.

Leo y yo llevamos casados casi dos años, y siento que nunca podré darle un hijo. Nunca tendré la familia con la que he soñado desde que era pequeña.

De joven, bromeaba con mi madre diciéndole que algún día querría cinco hijos. Ella siempre se reía de mí. Yo conocía los problemas de mi madre para quedarse embarazada. Yo era un «bebé milagro», me decía.

Salgo del cuarto de baño con suelo de mármol y contemplo mi nuevo hogar. Hace apenas una semana que nos mudamos.

Los techos altos están adornados con molduras antiguas y una lámpara de araña grande y deslumbrante que proyecta un brillo suave y dorado. En el centro del vestíbulo se erige una obra maestra: una escalera de caracol de mármol fino que conduce a la planta superior. Arriba es aún más impresionante. Los ventanales panorámicos de un lado dan a las cercanas Montañas Rocosas.

Mi cocina tiene dos islas grandes y espacio para una mesa de comedor enorme. De momento, está la mesa vieja de Leo de su anterior casa mientras esperamos a que lleguen los muebles nuevos. Hay ocho habitaciones en la planta principal. La casa en sí tiene casi mil metros cuadrados.

Tenemos un garaje para seis coches. Por supuesto, lo primero que hizo Leo fue reformarlo para dejarlo a su gusto. Decía que el que tenía el anterior dueño estaba anticuado. De momento aparcamos los vehículos fuera. Leo tiene un Escalade negro y un Lamborghini verde neón. Me ha dicho que, en cuanto nos hayamos instalado, quiere llevarme también a comprar un coche.

Nuestra casa es preciosa y no me puedo creer que viva aquí.

Miro las paredes vacías. Algún día quiero llenarlas con fotos de niños y momentos familiares felices, aunque sé que debería considerarme afortunada.

Si se sumaran las casitas de la mayor parte de mi barrio de la infancia, quizá igualarían la superficie de mi nuevo hogar.

Leo no se disgusta tanto como yo cada mes que paso sin concebir. Tenemos opciones, me dice. Si no puedo quedarme embarazada, podemos recurrir a ellas. Quienes dicen que el dinero no soluciona sus problemas es que no tienen suficiente. Algo que he aprendido al estar con Leo es que el dinero sin duda lo hace.

La fecundación in vitro es una opción. Pero solo quiero recurrir a ella si es necesario. Deseo hacerlo de forma natural, pero con cada test negativo empiezo a darme cuenta de que tal vez no ocurra así. No es que menosprecie otras opciones de embarazo. Puede que algún día tenga que usar la FIV y estaré eternamente agradecida de vivir en una época en la que esto existe para ayudarme a tener la familia que quiero. Sin embargo, no puedo evitar sentirme como un fracaso.

Leo intenta decirme que es natural sentirse así. Pero no puedo evitarlo. El test fallido me hace sentir que el día se ha arruinado.

Y eso que hoy ha sido muy divertido. Leo se ha tomado el día libre en el trabajo para ir a comprar muebles conmigo. Tenemos muchas más habitaciones que amueblar y hoy hemos liquidado varias. Él quería contratar a un decorador para acabar de una vez, pero yo no estaba por la labor. Una de las cosas que me encantaba de trabajar para familias ricas era ver su decoración. Empaparme de la belleza de las habitaciones y de cómo las vestían.

Ahora tengo mi propia mansión para hacer lo que quiera.

Tengo muchas ideas. Le dije a Leo que no tenía que acompañarme si no quería. Una vez que comprendió lo mucho que significaba para mí diseñar nuestro hogar, quiso estar allí conmigo.

Como he dicho, Leo es diferente.

Quizá solo fuera por mi entusiasmo por decorar, pero hoy estaba tan feliz como yo mientras recorríamos varias tiendas de muebles. Ni siquiera pestañeó cuando llegó el momento de pagar.

Las cifras del recibo bastarían para quitarme el sueño por las noches, pero Leo pagó con un solo movimiento de su tarjeta de crédito sin pensarlo dos veces. No quiero ni pensar en cuántas casas tendría que limpiar para pagar solo uno de los muebles que hemos encargado hoy.

Leo entra por la puerta principal con aspecto serio, con el móvil pegado a la oreja. Para variar, no lleva traje y corbata, sino vaqueros y camisa. No necesita ropa elegante para estar guapo.

—Hola —le susurro.

Me dedica una leve sonrisa. —Lo siento —dice—. Sé que dije que hoy no trabajaría, pero ha llamado Charles. Tenía que cogerlo. Lo entiendes, ¿verdad?

Asiento con desgana. Charles Rayer es el socio de mi marido. Juntos crearon Sterling & Rayer, una empresa de activos inmobiliarios. No es un nombre de negocio muy original, pero gestionan una cartera de propiedades en Calgary (Alberta) y tienen grandes planes para ampliar sus inversiones. Supe desde el principio, tras conocer a Leo, que no solo compartiría mi vida con él, sino también con Charles.

Si no está conmigo, está con él. Mejores amigos convertidos en socios.

Leo pasa por mi lado hacia el salón vacío, asintiendo a lo que sea que Charles está diciendo al otro lado.

Quiero contarle a Leo lo del test negativo. Solo necesito su consuelo en este momento. Necesito que me recuerde que todo saldrá bien.

Me altero demasiado intentando quedarme embarazada. Solo quiero la familia perfecta que vaya a juego con mi vida perfecta.

De pequeña no tuve nada y ahora tengo la oportunidad de dar a mis futuros hijos todo lo que yo nunca pude tener. La idea me arranca una lágrima mientras espero a que Leo cuelgue el teléfono.

El estrés lo está empeorando todo. La regla se me retrasó dos días. Pensé que tal vez esta vez el resultado sería diferente. El mes pasado me dije que hablaría con mi médico sobre mi preocupación por la fertilidad si llegaba este mes y no pasaba nada.

Respiro hondo otra vez. Leo se gira para mirarme desde el pasillo y me sonríe un momento antes de continuar con su conversación.

Basta con esa sonrisa para reafirmarme en que todo irá bien.

Oigo un taco y el sonido de algo que traquetea. Hannah baja la gran escalera de caracol con dos cajas pequeñas en la mano. Sonríe y me mira. Ya sé lo que está pensando, ya que yo estuve en su lugar no hace mucho.

«Menos mal que no he roto nada bajando las escaleras, o mi jefe se habría enfadado».

En este caso, eso no ocurrirá porque yo soy su jefa.

—Ten cuidado —le digo.

Hannah se ríe. —Por un momento he pensado que bajaba el resto de las escaleras rodando.

—Yo casi lo hago en mi segunda noche aquí.

Cuando Hannah llega abajo, le cojo la segunda caja. Caminamos juntas hacia la cocina. Abro una de las cajas y empiezo a sacar cosas.

—No hace falta que me ayudes —dice Hannah—. Ya lo hago yo.

—Ni hablar. No quiero ser una de esas personas —bromeo. Hannah y yo solíamos reírnos de los ricos para los que trabajábamos y de lo estirados y remilgados que podían llegar a ser a veces.

Hannah abre otra caja. —Estoy muy contenta de que me hayas dado este trabajo. De verdad, gracias. Era difícil conseguir la jornada completa en el servicio de limpieza.

Le quito importancia con un gesto. —Faltaría más. Necesitamos ayuda, sobre todo con el desembalaje. Es solo que...

—¿Qué? —pregunta Hannah.

—No quiero que esto —señalo la casa con la mano— se interponga entre nosotras. No quiero que nuestra amistad cambie. Prométeme que no va a pasar.

Hannah suelta un suspiro. —Bueno, si no te lo prometo, ¿me despedirás? —dice en tono juguetón.

Sacudo la cabeza. —No tiene gracia, y no, no lo haré.

La verdad es que nunca podría. Podría enterarme de que Hannah ha desvalijado la caja fuerte del despacho de mi marido y aun así no la despediría. Ha sido como una hermana durante los años que trabajé en el servicio de limpieza.

Me entristeció que nos distanciáramos después de casarme con Leo. Me culpé a mí misma por ello. Debería haber hecho más por mantener el contacto con ella. Cuando nos mudamos aquí y Leo dijo que necesitaríamos contratar a una asistenta y a un jardinero, le dije que sabía a quién necesitábamos.

A Leo le preocupaba contratar a una amiga. Yo sabía que Hannah necesitaba el dinero. Además, Leo le paga a ella directamente en lugar de a una empresa de limpieza. Aquella empresa nos daba migajas de cada dólar que ganaba con sus clientes ricos. Ahora todo ese dinero es para Hannah.

Se lo merece.

—Si alguna vez me vuelvo como una de nuestras antiguas clientas, dímelo —le digo—. Lo digo en serio. Sería una pesadilla para mí si alguna vez ocurriera.

Hannah se ríe. —Bueno, pásame tu pesadilla cuando quieras. —Mira alrededor de la enorme estancia—. No me has contado qué tal ha ido la compra de los muebles.

No quiero contárselo todo. Es una tontería, ya que tarde o temprano ella misma verá todas las preciosas piezas, pero contárselo me hace sentir como si estuviera presumiendo.

—Ha ido genial —digo, acortando la respuesta a propósito—. Los de la mudanza lo traerán todo la semana que viene.

Hannah saca un cuchillo de cocina grande de una caja en el momento en que el fuerte timbre del teléfono de la cocina me sobresalta. Lo miro un momento y Hannah deja el cuchillo. —Puedo cogerlo yo —dice.

Le hago un gesto para que no se moleste. —No, no pasa nada. Gracias. —Le sonrío mientras cojo el auricular—. Residencia Sterling, ¿dígame? —Me estremezco al contestar así. Es como solía saludar a quienes llamaban cuando trabajaba para otros. Pero esta es mi casa. Tengo que acostumbrarme a mi nuevo estilo de vida—. Soy Madelyn.

—¿Está mi hijo? —pregunta la voz con brusquedad.

No necesita presentación. El tono estirado, que siempre tiene un deje de condescendencia, superioridad y desdén, no pertenece a otra que a mi suegra, Delores. Como suele ser habitual en ella, no reconoce mi existencia. Ni un «hola» a su nuera ni charla trivial alguna.

Solo un «ponga a mi hijo al teléfono».

—Hola, Delores —le digo, esforzándome por sonar alegre—. Leo está hablando por teléfono en este momento. Le diré que ha llamado usted.

—Eso no servirá —dice tajante—. Necesito hablar con mi hijo ahora mismo.

—Vaya, ¿pasa algo malo? —pregunto.

—Con mi hijo —repite. Pongo los ojos en blanco como respuesta. Hannah me mira confundida, pero asiento para transmitirle que estoy bien.

Vuelvo al vestíbulo y veo a Leo caminando de un lado a otro, todavía al teléfono. —Cariño —le llamo. Me acerco y capto su atención—. Es tu madre.

Me mira un momento. —La llamaré ahora mismo, ¿vale?

Asiento y me vuelvo a poner el teléfono en la oreja. —Lo siento, Delores, Leo no puede ponerse ahora.

Oigo cómo resopla al otro lado. —Dígale a mi hijo que su padre ha muerto. —Cuelga y el sonido de la línea desconectada suena en mi oído. Miro a mi marido y debe de ser evidente que las cosas no van bien, porque su expresión también cambia.

CONTINÚA LEYENDO AHORA